



MANOLO GRANERO ' LA FIESTA D TOROS



Handwritten signature or scribble.

Manolo Granero

Y

La Fiesta de Toros

POR

M. B. A. N.

«Habla-claro»



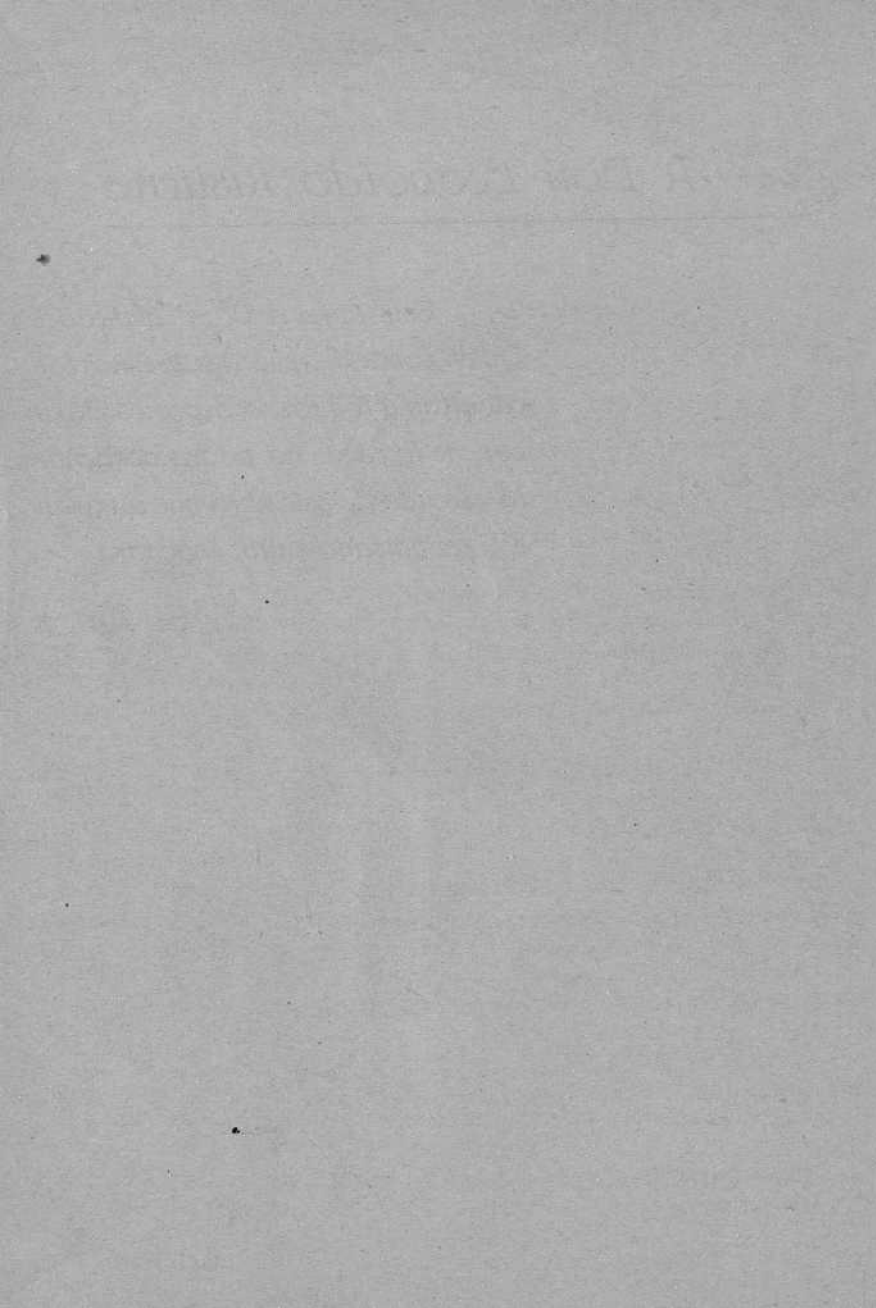
VALENCIA 1921



☞ A Don Leopoldo Risueño

☞ Este libro a U. va dedicado.
Quien como U., amó desde niño los
caballos y los toros, deportes clásicos
de la raza, no podrá desdeñar
la ofrenda de este libro que un gran
torero, paisano suyo, engendra ☞

El Autor





Introducción

Antes de entrar en los pormenores de la vida del famoso matador de toros, Manolo Granero, pormenores que abarcan su existencia toda, desde que comienza a dar sus primeros pasos, hasta este momento de ahora, en que la gloria nimba su frente de luchador, queremos hacer, a guisa de prólogo, una introducción a este libro sobre Manolo Granero escrito, en la cual, discutiremos las grandezas de las fiestas nacionales de todas las razas.

La aparición de Manolo Granero, en los circos taurinos de España, su triunfo esplendoroso, iniciada ya la decadencia de Juanito Belmonte, caliente aún el recuerdo de Joselito, vuelve de nuevo a caldear el entusiasmo de las masas y agitar más fuertemente que nunca el espectáculo taurino, quien, como fiesta de belleza y de arrogancias, necesita de grandes artistas, para no decaer, inundando de tristezas los corazones.

Manolo Granero, alto y esbelto como un doncel griego, fuerte y alegre como un campeón de la belleza, soñador y artista, levantino y apasionado, trae bajo el sol incomparable de Valencia a la clásica fiesta de toros lo proverbial del artista mediterráneo: el color y la audacia, la belleza y la inspiración. Agotado Rafael Gallo, el torero artista, el único que sentía revolar la inspiración sobre su frente, medroso a veces, atrevido otras, elegante siempre, con

una elegancia que nada evocaba, pues era muy suya, Manolo Granero, viene a ser hoy, el artista predilecto de las muchedumbres por su conocimiento de las reses, por su peculiar manera de torear, tan inconfundible, tan llena de la gracia mística de los meridionales, que lo mismo, cuando lancea a los toros, que cuando empapa con la muleta a las reses, se advierte en él esa destreza que sirve lo mismo para provocar oleadas de entusiasmo entre el público, cuando de manera clásica lancea a los toros, teniendo con gracia infinita el capote ante ellos, como al jugar con los mismos con la muleta, al verles dóciles, o al provocar en los mismos su bravura, cuando humilla la cabeza, escarbando la arena con sus patas traseras, dificultando el trasteo...

Granero, es ya popular. Fuera de la plaza, la gente, se detiene a verle pasar, como cuando pasa el héroe. La admiración en España, solo la alcanza el político y el artista, da lo mismo, que éste sea escultor o torero, pintor o músico, porque el Arte es inmortal. En Arte, lo más grandioso, es la emoción. Cuando el sentimiento de la belleza se transfunde con la emoción, sea en el teatro o en el circo taurino, la escena es portentosa, el artista, extraordinario. En España, los dos hombres más representativos de la raza, son el político y el torero. ¿Por qué? Preguntarlo, es necedad manifiesta. Cuando el político, propagandista o escritor, defiende causas justas, el pueblo le adora; cuando el torero, sobre la arena candente del circo, pasma por su arrojo y subyuga por su forma armoniosa de torear, el pueblo aficionado, le aclama; el pueblo, indiferente, le admira, porque el Arte está sobre todas las creencias.

*
* *

Esta primavera, cuando sobre sus botones revienten los claveles y nos penetre el perfume sagrado de las rosas en los jardines, como anunciación del Estío: esta primavera, cuando en las esquinas de las calles, se peguen las franjas

anaranjadas, cruzadas por el rojo sangrante, pregonando las fiestas de toros, es posible, que de nuevo se clame contra la barbarie de la fiesta... ¿Por qué? ¿Lo sabe alguien? No. Pues la crítica del festejo es baldía, infecunda, irracional: la inspira el odio y la fecunda la impotencia. En Europa toda, no hay deporte más bello, cuando el circo taurino se halla animado por esas figuras clásicas del torero, que un día se llaman Montes y Cúchares, otro, Lagartijo y Frascuelo, y en estos tiempos modernos, Rafael el Gallo, José Gómez «Gallito» y Juan Belmonte... Entonces, no en Europa, si no en el mundo todo se ha presenciado fiesta igual, supuesto, que hasta la estructura de las plazas dan un conjunto armónico y grandioso a las corridas de toros.

La alegría de la muchedumbre estacionada en gradas o en asientos ¿qué otra fiesta la provoca? Ninguna. El arte incomparable de los maestros del toreo ¿quién lo posee? Nadie... La emoción, casi fanática que el torero pone en la masa, sin él quererlo ¿quién la genera? No hay paridad de ello en ningún otro arte.

Comparad la fiesta taurina con el fot-ball, las carreras de caballos, el pugilato entre negros o blancos y observaréis que ni vale la pena de compararlos. Es tanta la belleza de la plaza de toros en día de corrida, que ni Velázquez, el pintor intelectual, ni Sorolla, el pintor de la luz, podrían copiarla: es tanta la euritmia de ciertos lances, tanta la elegancia de algunos pases de muleta, que al mirar hacia otras artes, se comprueba que esos destellos del torero, ningún otro artista los posee. Y, en cuanto a valor y a emoción, ese combate del torero con el toro, en que el artista le sujeta en fuerza de sabiduría, para luego destrenzar sobre sus lomos la maravilla de su arte, dice más que todos los discursos... y que todas las controversias.

Sin toreros grandes, sin artistas inspirados, no hay belleza en el circo taurino. Se puede afirmar, que pese a Espartero y a Guerrita, los dos grandes toreros de la edad presente, son Joselito y Granero. Rafael y Belmonte han sido dos inspirados: les ha faltado valor y sabiduría: a la larga, Rafael y Belmonte, son vencidos por toreros como

Joselito y Granero. ¿Por qué? Pues, por que el Gallo es el torero artista, el más genial, si se quiere, pero reducido, por cuanto, todos los toros no sirven para sus proezas: de Belmonte, se puede decir lo mismo.

Entre el arte de Rafael y Belmonte y el de Joselito y Granero, existe una diferencia fundamental: la misma que separa al amor. Ciertas mujeres, aman de una forma tan grande, que es divina casi: se diría que aman como los dioses: mas, fatalmente, a la larga, esos amores-tempestad, que todo lo sublevan, perecen, se agotan, no quedando de ellos más que el recuerdo. En cambio, los otros amores, sin ser tan gigantes, son más eternos, son más amor, porque es el amor que medita todos los días y se renueva como las flores en primavera, siendo cada año más perfecto, porque está amasado por la responsabilidad.

De ese arte incomparable del toreo, de esos dos artistas, que se llaman, Rafael el Gallo y Juan Belmonte, se puede afirmar, que son como el amor-tempestad: nada más brillan en ciertos instantes: en ellos, son geniales, más, cuando decaen, aburren: en cambio, Joselito y Granero más perfectos, más sabios, dominan siempre a la res, derrochan alegría y ciencia, arte y emoción, mas de una forma tan sencilla, tan segura, que los toros parecen juguetes entre sus manos. El toreo «Gallo-Belmonte» entusiasmo: pero no forma escuela: son como el relámpago, su luz es única: al irse ellos desaparecen. El toreo «José-Granero» forma escuela, porque son maestros: en ellos se aprende: éstos toreros pueden morir en el circo de una cornada, porque nadie es inmortal, pero a la larga, son los que quedan, los que además de pasar a la historia, dejan tras sí infinidad de discípulos.

Manolo Granero tiene la severidad clásica de Joselito y la alegría mediterránea de este pueblo de artistas, que es Valencia

Herederó de la sangre árabe de sus antepasados, lleva en su alma los arrebatos del musulmán y la gracia artística de los Orfebres. Valencia, desde la época elegiaca de los Fabrilo, no ha tenido todavía un matador de toros que cruzara España de una parte a otra, entre la admira-

eión de los públicos. Tuvo y tiene, dentro del arte del toreo, excelentes peones, magníficos rehileteros: torero y matador, lo que se llama hoy día, un «fenómeno», no lo posee. El «Valenciano» fué, después de los Fabrilo, solo un gran matador, pero vulgar en todo lo otro: el «Flores» elegante en sus comienzos, no pasó de ahí: el «Carpio» que pareció que iba a deslumbrar a la afición tuvo la desgracia de encontrar la muerte cuando ya la gloria le acariciaba.

Hoy día, solo Manolo Granero, destaca en España: ese muchacho alto y fino, recuerda en la plaza al extender el capote y perfilarse para matar, que nació en tierra de artistas, esta tierra de artistas que se llama Valencia y cuyos hijos conquistan en horas la inmortalidad, cuando el ambiente les es favorable porque llevan en sus almas esa sagrada explosión que es el arte, amasado con sus más indestructibles cimientos: la belleza y la emoción.

En todo triunfó Valencia, hasta ahora, menos en el toreo. ¿Triunfará ahora con Manolo Granero? Ahí está él, esbelto y magnífico en el centro de los ruedos, estirando con suavidad su capotillo, rematando los lances a la usanza clásica y perfilándose al matar, como los Cúchares y los Frascuelo, como una afirmación grandiosa de su arte y como una profecía, que ya encarna en la realidad, de que él, Manolo Granero, será por vez primera en España el torero valenciano, el artista portentoso de los circos que hará estremecer a las muchedumbres con su arte incomparable.





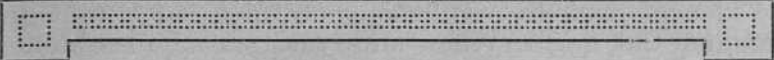
José Gómez Ortega, GALLITO

JOSELITO

Con haberse escrito ya tantas, queremos nosotros escribir unas líneas. Los aficionados no le olvidan: algunos críticos, sí. Joselito no merece el silencio; sabemos que la época turbulenta y desbordante de catástrofes apenas si repara en los nombres, por muy sonoros que sean. Mas ello no puede nunca justificar ese silencio de quienes en vida le convirtieron en ídolo, no admitiendo que nadie le discutiese. Nosotros creemos, seguiremos creyendo siempre, en el arte de Joselito. Fué siempre el maestro. Los que le reprocharon ciertas picardías, debieron no olvidar que a ciertos toros, como a ciertos hombres, nada más con muchas precauciones se les puede lidiar. Y eso fué lo que hizo Joselito durante su vida: liarse a trapazos seguros y eficaces con los toros huidos y reservados; ejecutar faenas asombrosas con los que lo permitían. Decir que fué el coloso de la moderna torería, es perder el tiempo. Cuando pudo, ese que fué niño sevillano, pasmó a los viejos y a los jóvenes aficionados. Frente a sus faenas clásicas y reposadas, desaparece la duda y sólo el entusiasmo germina en los corazones. Joselito fué el único: antes que él, nadie conmovió a la opinión; antes que él, nadie llevó miles de aficionados a las plazas, seducidos por su maestría, demasiado severa, para ser de Andalucía, la cuna de sus mayores.

Nosotros diríamos, si nadie se ofende, que Joselito tenía a veces la serenidad de los mármoles atenienses y la sabiduría prócer de Salamanca. Era aristocrático por su físico y por su arte. Alto y fino, señoril y temerario, en los ruedos él fué a veces el director y el maestro, el artista y el trabajador. Su arte era único: Ni Rafael el grande, ni el pequeño, le superaron con ser los dos grandes. Tan solo Belmonte, junto a él, llenaba con sus lances escalofrantes y sus temerarias faenas de muleta.

José se fué, sí, mas su recuerdo queda. Los grandes toreros de ayer y los de mañana, sin pretenderlo, serán como él, pero superarle es difícil y eso que en el mundo, hasta el milagro se da de vez en cuando.



¡¡ Oro, voluptuosidad, sedas, sangre y muerte!!...

Lector amado; si eres entusiasta de la fiesta taurina, yo te ruego no embriagues con el dulce y trágico vino de la exaltación, que crispa los nervios y pone llamaradas intensas de odio en las pupilas; más, si por el contrario, perteneces a la hermandad de los intransigentes, que abominan por sistema del clásico espectáculo nacional, convendría que reaccionaras, rehuendo la ayuda del fanatismo, que es nuestro peor consejero. A unos y a otros, amigos y enemigos, demando prudencia, mientras lean lo que aquí se dice, aunque tras finalizada la lectura de estas páginas, os creáis con derecho para ensalzarme o vituperar, lo que no puede en manera alguna molestarme, ni inferir agravio, pues a última hora no soy más que un torpe cronista que relata con mayor o menor brillantez, los incidentes de la lidia de los toros y los trazos psicológicos de un gran lidiador, que es hoy, por haberlo conquistado con su arte soberano, el mago de la torería, a quien todos conocéis, amigos y adversarios del festival taurino, pues, de pocos es desconocido ese mozo alto y esbelto, de ojos escrutadores y dominantes, de porte fino

y ademán resuelto, orgulloso como un César y valiente como el Cid, que atraviesa ante vuestras miradas atónitas, quizás jactanciosamente, lo que habréis de perdonar, pues cuando a los dieciocho años se escucha el rugir apasionado de las muchedumbres, se siente uno muy por encima del vulgo, lo que obliga, por efecto del incienso que queman los adoradores ante el altar del consagrado, a sentirse orgulloso como un Dios pagano, si bien a través del gesto desdeñoso del superhombre, adivínase el anhelo en el artista de brindarle a la muchedumbre todos los tesoros de su gracia artística, cuando en el centro del redondel extiende frente a la fiera el capotillo y le aturda con sus lances vistosos, señoriles y sabios, que enardecen a los espectadores, confundidos y sugestionados por la arrogancia, de quien, como Manolo Granero, da la sensación suprema de ese arte bello y trágico a la par, pues que tras la larga vistosa, dulce y perezosa que parece invitar al toro a tenderse sobre el percal que descansa sobre la arena del circo, asoman sus perfiles alucinantes las afiladas agujas, que son mensajeros de muerte, de eterno reposo.

Quiero antes de entrar a inquirir la entraña del asunto que aquí se debate, salir al paso de los detractores de nuestra típica fiesta, poniendo de relieve las diversiones de otros pueblos, para compararlas con la nuestra, a fin de esclarecer los hechos, para que cada cual, vea las cosas como en realidad son, no como quiere cada uno de nosotros que sean. Y, como resulta, que de la comparación, se desprende la verdad en cualquier problema a debatir, procuraremos comparar minuciosamente la llamada fiesta nacional con los espectáculos favoritos de otros países, a quienes tanto alaban muchos de nuestros compatriotas, quizás por no haber estado nunca en ellos, y quién sabe si para hablar con desdén del suelo donde uno ha nacido, pues ya es un tópico viejo en España, el renegar de todo lo nuestro sin tener la certeza de lo que se dice.

Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y Alemania, por no citar más naciones, son idólatras de espectáculos cual el boxeo, los linchamientos y las corridas de ca-

ballos. Sus respectivos moradores se complacen con estas diversiones porque en ellas encuentran objetivo para sus horas de asueto. La multitud, mientras no se varíe el sistema social que rige en el mundo, necesitará de cosas que aún siendo brutalmente opuestas al sentimiento humano y universal, que comienza muy tímidamente a manifestarse en nuestros días, la llenan de júbilo y aún la entusiasman, pues lo mismo el acróbata que el boxeador y el torero, son elementos indispensables para recrear a los pueblos, que aún siendo estos incapaces en el presente, de llevar a la práctica hechos censurables, lloran como niños, cuando pasa ante ellos la desgracia y ríen y gozan ante escenas violentas, no porque sean insensibles a la emotividad del peligro, sino porque les seduce la forma como lo burlan tanto el boxeador como el torero.

Dicho lo anterior, conviene fijarse en las consecuencias lamentabilísimas del boxeo, para que se aprecie la diferencia que existe entre ese espectáculo y nuestra fiesta. Todos conocen la forma con que se realiza. Dos hombres, atletas o bestias (tanto monta el adjetivo), se colocan en el escenario de un teatro frente a frente, desnudos de cintura arriba, aguardando la señal que indique el comienzo de la lucha. Entablada está. Sorprendedles, fijaros bien en sus incidentes, porque así os capacitaréis de su brutalidad. ¡Miradlos! ya han comenzado a darse de puñetazos. Tienen también como todos los luchadores, sus resortes, porque es indispensable que reglamentados se hallen los tales espectáculos, pero notad qué pronto acaba la alegría momentánea que produce el ver a dos hombres que, hurtando el cuerpo al peligro, se persiguen dando y recibiendo ligeros golpes. Pero, ahora, resulta, que el público se harta de presenciar juegos de llaves y pide con ardores en los ojos, emoción. Es menester dársela. Es entonces cuando se abrazan los dos jayanes, dispuestos a probar quien es el más bruto. Les enardece el combate. Además, la expectación del concurso les presta ferocidad. Anhelantes de dar término al juego brutal hacen un esfuerzo desesperado a la par, los dos luchadores. Y resulta, que apelotonados los veis caer sobre el tablado entre el crujir de una costilla que se

hunde por efecto de un certero puñetazo. Es menester advertir que el público que paladea estas tragedias se halla mucho más cerca de los protagonistas, que el que asiste a las plazas; y por tanto, o no hay lógica, o hay que afirmar que es mucho más feroz este público que el otro y que es más sanguinario el boxeo que la corrida de toros, pues mientras que en la plaza puede terminar la lidia sin que resulte lesionado ningún lidiador, en el boxeo es preciso que haya una víctima, pues de otro modo, no iría nadie a presenciarlo. Conviene de paso, el que digamos que por razón de ser los citados pueblos mucho más cultos que el nuestro, les alcanza más responsabilidad. Juzgad como queráis. Si os dicen que es cara la entrada en los circos en los días de función es menester replicar objetando que son tan caros o más los asientos en las tribunas para ver una carrera de caballos. Y si en nuestra diversión favorita hay tumbos de jacos y a veces de hombres, también hay tumbos de caballos y de jokeys en las carreras.

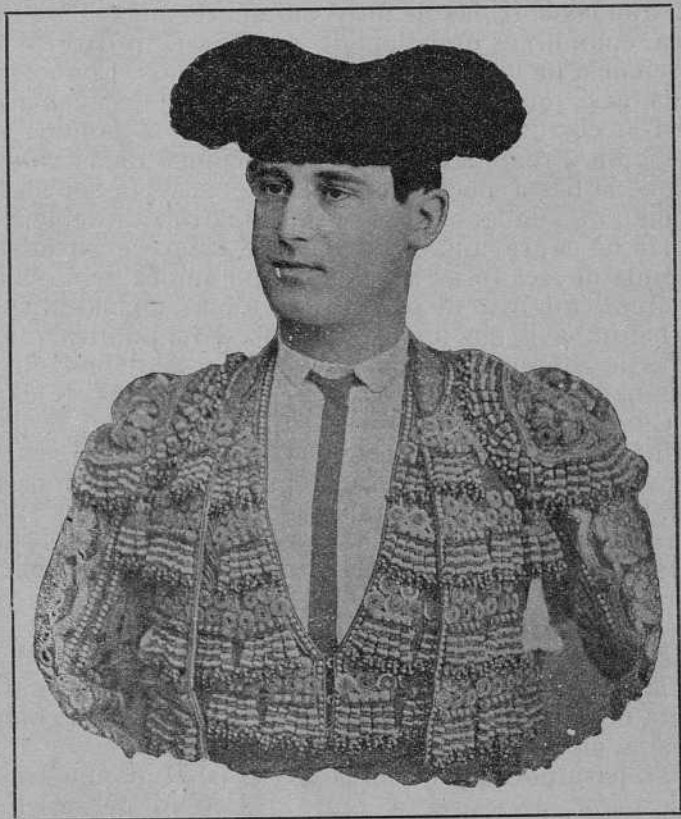
Por donde quiera que se miren las cosas, habrán de apreciar todos, partidarios y enemigos, que tan brutal es nuestra fiesta como la de los países que antes hemos citado. En el terreno de la barbarie, hablamos así por dar gusto a los antitaurófilos, somos un poquitín menos brutos, pero a pesar de los detalles que hemos puesto de relieve anteriormente, resulta, que nuestro máspreciado espectáculo es más humano, aun dentro del aspecto trágico, si bien tiene la profesión del toreo, lo que le falta a la del boxeador y al jokey que monta con agilidad, caballos de todas las razas: El Arte.

Al llegar aquí, pareceme escuchar a alguien: ¿Pero hombre, a quién se le ocurre más que a usted, que por lo visto, es tonto de remate, el decir que es artístico el oficio del torero? No quisiera ¡vive Dios!, enojarme con quien suelte tales exabruptos, porque peco de prudente, y mal me vería si se me soltasen los nervios y detrás la pluma, pues tengo la seguridad de que al descomponerme, veríame precisado a ensartar unas frases duras, que acaso mortificasen a quien tal sandez profiriese. Pero como la

calma es nuestra más fiel compañera, quiero ratificar, diciendo que no solo es artística la profesión del lidiador, sino que las corridas de toros adquieren una belleza magnífica, cuando los que han de realizar el trabajo tienen consciencia de lo que se llevan entre manos. Conocida es por la casi totalidad de nuestra raza la decadencia de nuestras costumbres, de nuestro arte, de la política y de la religión. Frente a estas manifestaciones de la vida española, la fiesta nacional es más digna, y por ser más de emoción que de farsa, más viril. El teatro, que debiera ser escuela de educación, es las más de las veces, academia inmunda de sicalipsis; la religión, que nunca debió salirse del círculo augusto de purificar las almas, no más atiéndose a la balumba de sus luchas exteriores. La política, que es el arte de gobernar los pueblos, según la definición del Diccionario, es negocio para muchos falsos apóstoles.

Comparad, pues. ¿Queréis que sea brutal la fiesta taurina, amables antitaurófilos? Concedido. Pero si quiera por una vez, acudid al circo. Os seducirá antes que nada, la pintoresca algazara de la muchedumbre, la visión soberana de centenares de hermosas mujeres, a las que presta mayores encantos la mantilla, el oro y la seda de los trajes de los toreros, la arena del circo y más que nada la lumbrarada del sol, dando esplendores de apotheosis al festejo. Inquirid sobre todo, cuando el artista se enreda con el toro, en un torneo audaz, en que le sirve la muleta de escudo. Os ha de asombrar la docilidad con que la bestia, electrizada por el trabajo del hombre que tiene ante sí, pasa por debajo de la tela roja. Y cuando tras la preparación necesaria y entre clamoreo de miles de almas, contempléis al astado caído a los piés de su enemigo, bajo el certero golpe del acero, quizás digáis con desconsuelo, aunque con sinceridad: «En el relajamiento de esta raza, es la fiesta de toros lo único grande, aun en medio de la brutalidad.»





...

Julio Aparici, FABRILO

...

Julio Aparici, FABRILLO

Un tiempo la afición valenciana se sintió transportada al infinito por un mozo garrido y bello, de dulce belleza femenil el rostro que en la calle y en el ruedo alborotaba a los públicos y hacía detener la mirada cuando transitaba por la población.

Tenia un nombre sugestivo, Julio; tenía un apellido rotundo, Aparici, y un sobrenombre desconcertante y un poco oriental, *Fabrilo*.

Fué en los tiempos de 1890 y 1895. Entonces triunfaban en los ruedos de las plazas de toros de España el Guerra y el Espartero, Algabeño, Frascuelo y Lagartijo, Antonio Reverte y Mazzantini y Emilio Torres Bombita.

El tuvo entonces esplendor que hasta hace muy poco nadie hubo de alcanzar. Valencia sentíase orgullosa de Julio Aparici «Fabrilo»: Sobre todo, la Valencia aficionada a los toros le convirtió en culto. ¿Quién no conocía a Julio? Por doquier, durante unos años, su nombre vibraba en todos los labios. Fabrilo, como más tarde Blasco Ibáñez, como antes y después otros fué consagrado por la popularidad. Era ya el héroe amado por la muchedumbre. Hasta sus amores, más tarde su casamiento, conmovió a las gentes. Hasta sus disputas internas, su familia toda, era a menudo el tema obligado en las conversaciones. Hasta la bellísima esposa del diestro, Pilar se llamaba, y era dulce y resignada, bella y atrayente como levantina, era conocida por la ciudad toda.

El entusiasmo de su pueblo le acompañó hasta el último instante de su vida. En España y en la Habana fué aclamado como artista. Con el capote era alegre y pinturero: con los rehiletes pasmaba a veces y con la muleta y con el estoque se juntaban en él la elegancia y el valor. Una tarde toreaban en Valencia Algabeño, Villita y Julio. En la suerte de varas, al remate de un quite, Villita se arrodilló de cara a la res. El Algabeño le imitó en sentido contrario, de espaldas al toro: y fué entonces, cuando Julio Aparici «Fabrilo» luego de quitar, se acostó junto a la res, sirviéndole el capote de almohada.

Fué Julio uno de los toreros más populares, más estimados por los públicos, hasta que una tarde, actuando en la plaza de toros de Valencia con Antonio Reverte, encontró la muerte al clavar un par de banderillas a uno de los toros que le correspondía.

El ¡ay! prolongado de la muchedumbre, esparcido por la plaza toda, en el momento de ser cogido el infortunado Julio, se extendió a la calle en que vivía y se difundió en el inmenso gentío que le acompañaba, tras del féretro en que iban sus restos, como solemne manifestación de duelo de la Valencia romántica y apasionada que había visto caer al héroe, tronchado en plena juventud y en plena gloria, por el hachazo del Destino, encarnado en la punta afilada de un toro, a quien él no quería banderillar como presintiendo el peligro y la muerte.



Manolo Granero

Si en este libro que la figura sobresaliente de Manolo Granero inspira, entrara no más el deseo de escribir unas líneas vulgares, tal cual hacen infinidad de sujetos, que han confundido el oficinista con el escritor: si éste volumen fuese no más que la exaltación entusiasta de un cualquiera, fuese éste lo que fuere, artista o político, comerciante o torero, nosotros rehuiríamos el contacto con la pluma, que ésta es atributo sagrado en manos del escritor que de veras lo es, y pretende en no importa cuál fuere la empresa a que se ofrenda, servirse de la misma, no para exaltar sino para difundir, que no es lo mismo, supuesto que la alabanza jamás fué justa, ya que el mérito por sí sólo sobresale, cuando de veras lo es, en tanto cabe y es urgente difundir las virtudes o las proezas de quienes siendo grandes se hallan en la obscuridad, bien por que ellos se lo propongan por excesiva modestia, bien por que el fanatismo o los intereses creados dificulten el que los méritos excepcionales se adviertan a la clara luz del día, sin arrebatos pasionales, por las muchedumbres, cuando de un artista se trate, mucho más cuando el tal torero sea; por cuanto suele suceder en la clásica fiesta de toros, que las más de las veces, se entrecruza la pasión que ciega las fuentes del entendimiento, no permitiendo que la verdad triunfe.

Decimos esto a guisa de pórtico de este libro, para que advierta el lector que aquél no va a ser un a modo de canto entusiasta de las aptitudes artísticas de Manolo Granero, sino una recopilación de sus talentos en el arte de torear, a la vez que la suma de esfuerzos realizados por este muchacho, hasta conseguir, cual ahora ha conseguido, ocupar en el arte del Toreo, preeminente lugar.

Si Manolo Granero fuese un torero más, le miraríamos con respeto, como a cualquier mortal, más a continuación, desviaríamos la mirada del mismo para fijarla en los problemas que más nos preocupasen. Porque artistas de la talla de Manolo Granero necesitan que se les estudie con amor y se juzgue su labor como se merece quien a ella va por vocación y poniendo en la misma los arrebatos de su mocedad y el lírico y profético temblor de quien presiente, como él desde pequeño, el airón de gloria que más tarde circundará su frente, como gloriosa diadema, a guisa de trofeo, delimitador de su grandeza.

Manolo Granero, dentro de la fiesta taurina española, merece el respeto de los adversarios, si los tiene, y la adhesión de sus amigos, esta adhesión levantina, las más de las veces, un poco turbulenta, según nuestra estructura árabe. Estas reflexiones, nos vienen a cuento de la edad de Manolo Granero (dieciocho años cumplidos, edad demasiado infantil, dentro de la hombría del ser, quien necesita alcanzar la plenitud de la vida, esos fatídicos y gloriosos treinta y cinco años, en los cuales o se cubre uno de grandeza o de oprobio) para probar, o lo extraordinario de sus facultades buenas o malas, o su infecundidad para todo aquello que resalte sobre la vulgar y cotidiana labor que los hombres realizamos todos los días. Manolo Granero, fenómeno a los dieciocho años; Juanito Belmonte y Joselito Gómez, a esa misma edad han alterado las leyes de la Tauromaquia con sus faenas portentosas, con su dominio absoluto de las reses, con su destreza incomparable, difícil de sostener más allá de unos años, como venimos observando con Juanito Belmonte, como acaecía ya con el pequeño de los «Gallo», lo que comprueba, que es acaso el arte del Toreo, el más grandioso

de cuantas artes son, pese a su inutilidad universal (ya hemos quedado en que existe el arte por el arte y el arte por la humanidad, por cuanto he aquí justificada la grandeza máxima de estos chiquillos), sucedió hasta que asoman ellos, que los toreros antiguos y los que a Belmonte, Joselito y a este muchacho que ahora nos ocupa, Manolo Granero, hubieron de preceder, que solían sostenerse de quince a veinte años en su profesión, cosa ahora imposible, por cuanto son menester para públicos tan entendidos y exigentes toreros grandes, que a veces traspongan las lindes de lo corriente, por lo que vienen a quedar convertidos en fenómenos. El pueblo y la crítica no han reparado aun en que en ningún otro arte, nadie a los dieciocho años provoca oleadas de entusiasmo y levanta a la muchedumbre de los asientos, sugestionada por la magia de estos lidiadores modernos que se llaman Joselito Gómez, Juan Belmonte y en estos instantes, Manolo Granero y Chicuelo. ¿Es posible a esa edad forjar maravillas?

He aquí lo que desconcierta; lo que hace enmudecer, frente a los grandes toreros de antaño es que estos muchachos no vieron al asomarse a las plazas de toros, con las pupilas llenas de ilusión, a veces augurio de realidades esplendorosas, más que corridas buenas, eso sí, más sin alaridos de entusiasmo, efectuadas por lidiadores, que aun siendo entonces famosos, no podían enseñar nada a quienes como Juan Belmonte, Joselito Gómez y Manolo Granero, han estremecido a veinte mil almas, las más de ellas indiferentes a la fiesta taurina, con unas verónicas prodigiosas, con pases naturales de un clasicismo inconfundible y con lances de capa, efectuados con elegancia tanta, que ni que en ellos escondido hallárase el mago definidor de la Tauromaquia. ¿Comprendéis ahora el alcance de la grandeza del torero portentoso a los Gallo, a lo Belmonte, a lo Granero? Pues ahora más que nunca se comprende, por cuanto de no cruzar las esquinas esos carteles policromos con estos nombres rutilantes: Gallo, Belmonte, Granero, la afición no siente ese espasmo colectivo que la lleva a la plaza, poseída de un entusiasmo inconfundible; el que nos inspira el amor en su más sa-

grada exaltación, o el artista, que sabemos de antemano habrá de ennoblecer nuestro corazón con las más puras emociones.

Como esos muchachos fenómenos que fueron Juan Belmonte y Joselito Gómez, es hoy Manolo Granero. ¿Es un fenómeno? Qué duda cabe. A los dieciocho años, no siéndolo, es difícil agitar España entera, esta España que en su decadencia ama con exceso la fiesta de toros, acaso porque en ella advierte que renacen los fueros de nuestra bravura y de nuestra elegancia, por no haber otro lugar más adecuado para desenvolverlos. Estas líneas no son más que el resultado de observaciones que todos hacen; son ellas en síntesis, la de que en los tiempos actuales es forzoso poseer, ya en plena infancia, ciertos rasgos, que como ocurre ahora con Manolo Granero, se transforman en aptitudes maravillosas, de tal forma desenvueltas que piensa uno ante ellas como a nosotros se nos ocurre, viendo torear a Manolo Granero, observación que hubimos de hacer también hace años, viendo a Joselito: ¿Concluirá este muchacho con los toreros y con la fiesta de toros?





ENRIQUE BELENGUER
"BLANQUET"

ENRIQUE BELENGUER, BLANQUET

Este conocidísimo torero valenciano, este popular peón, bien merece unos comentarios. Nosotros, hoy gustosos, nos disponemos a forjarlos. Estos son: En España toda, dentro de la afición taurina, actualmente, salvo rarísimas excepciones, no existe torero que cuente con mayores simpatías. ¿Por qué? Pues por su arte inimitable que no envejece, como así el propio diestro quien menudo, casi repleto de lozanía, un poco pinturero al andar, como prototipo del arte en que actúa, nos hace evocar la época elegiaca del toreo, en que el *Marsellet* o traje corto, el pavoro y el andar menudo y señoril, un tanto chulapo, daban la plena realidad de eso que ha dado en llamar Eugenio Noel, el flamenquismo de la raza, y que no era «ahora ya los diestros usan el traje de caballero, se peinan a la moderna y usan sombrero de paja», sino el flamenquismo o andalucismo de la fiesta de toros, que no es lo mismo. Enrique Belenguer *Blanquet*, es dentro de la plaza de toros, antes de comenzar la lidia, entre peones y banderilleros, el torero docto, no solo por su conocimiento de las reses, lo que le da autoridad que nadie rechaza, para advertir a sus compañeros este o aquel defecto de la res, o para augurarles este o aquel peligro al lancearlos o al clavar los arpones. En el ruedo, su actuación es bien manifiesta. Esto lo saben todos los públicos: esto lo saben cuantos matadores le llevaron junto a sí, como son: José Pascual, *Valenciano*; Enrique Vargas, *Minuto*; Rafael Gómez, *Gallo*; Antonio Boto, *Regateirín*, *Joselito*, *Machaquito*, *Sánchez Mejías*, y últimamente Manolo Granero, con quien va en la actualidad. Con los toros difíciles, esos bueyes que cabecean luego de la suerte de banderillas y que se entablan, dificultando el trasteo, es donde Enrique Belenguer *Blanquet*, demuestra a entendidos y profanos lo portentoso que es su conocimiento y su destreza para reglamentarle y hacerle eficaz junto a las reses. Con unos cuantos capotazos sobrios levanta la testuz a los toros que la tienen humillada: unos cuantos trapazos le bastan para colocar el toro en el terreno que el matador quiere. En el ruedo, es como un delegado especial de la providencia. ¡Cuántas veces ha librado con su valor y eficacia a compañeros suyos de ser corneados horriblemente! Cuántas veces, por realizar junto al matador con quien actuaba, trabajos insuperables, se ha visto obligado a salir a los medios a recibir la ovación que el público le tributaba, como así la felicitación de su mismo matador. Este es como todos saben, el gran peón valenciano, Enrique Belenguer *Blanquet*, quien con las banderillas, suele destacar por la prontitud y seguridad con que coloca los pares. Hoy junto a Manolo Granero va. En verdad que es en torno a este muchacho donde Enrique Belenguer *Blanquet*, ha de sentir de nuevo florecer sus entusiasmos y su arte, como una resurrección, por cuanto en él ha de provocar el hecho de ser niño aún y paisano el matador con quien va, un como reflorecimiento espiritual, que envolverá también al muchacho, supuesto que no más han de contribuir a engrandecer la fiesta de toros con sus trabajos admirables.



Manolo Granero

Manolo Granero, como casi todos los grandes artistas, procede de los bajos fondos sociales. Cual si la soberbia de los aristócratas del poder o de la sangre hubiera de ser humillada por las excelsas virtudes, que son: el talento, el heroísmo o la santidad, ocurre a través de los siglos que suelen fructificar siempre en familias humildes, estos retoños humanos, que en todo pueblo consiguen alcanzar un relieve extraordinario por sus facultades asombrosas. Ejemplo de lo citado, lo tenemos aquí entre nosotros, en esta tierra incomparable de artistas, donde en estos últimos tiempos hemos podido observar, como en escultura, Benlliure, como en pintura, Joaquín Sorolla, como en música, Serrano, y Blasco Ibáñez, en literatura, han conquistado en el mundo del Arte, preeminente lugar, difundiendo por Europa y América las maravillas de sus cerebros, imantados por el sol esplendoroso de Valencia.

Los citados paisanos, los demás artistas asombrosos que en otros lugares de España hubieron de nacer, proceden en gran parte de familias modestísimas. Fatalmente así tiene que ser. Sin negar que en otros medios sociales sea posible la floración del genio o del héroe, es lo cierto que abajo es donde con mayor abundancia crece y se desarrolla. Las causas son bien sencillas. En el arte del toreo mismo, ese deslumbramiento que enguirnalda la figura

del torero, sirve de acicate a esos muchachitos pálidos y desmedrados, que a lo mejor se echan al ruedo, desafiando los correctivos de la autoridad y el riesgo de ser corneados por un toro, por ver si esos lances que suelen dar a menudo con un pañuelo o con un trapo rojo son para el público, como la comprobación de sus facultades.

El dinero que cobra el torero por cada corrida, la expectación que produce en todas partes cuando la fama ha alcanzado; el aura de popularidad que síguele donde quiera que va, influye poderosamente en esas criaturas que sienten desde sus primeros años los arrebatos entusiastas de la afición. De esas criaturas que apenas si pueden levantarse sobre sus piernas y que no obstante ello ya desconciertan a los que les rodean, surgen las más de las veces los que más tarde serán famosos artistas.

Manolo Granero, desde pequeño, siente en su alma, muy fuertemente por cierto, el aguijón de la torería. En su barrio, ese barrio clásico y pinturero del Pilar, compuesto de callejas retorcidas y oscuras, pero desbordantes de ensueño, donde un día, cuando aun no funcionaba el telégrafo ni sonaba el campanileo de los tranvías eléctricos, tan solo se percibía el sonoro rasguear de una guitarra, difundiendo el hechizo enervante de una copla popular, forjada entre sentimientos y evocaciones, acompañada por el murmullo, casi sagrado de los telares (esos telares, que son para la Valencia antigua, como la anunciación de la industria moderna) solía ya el entonces niño aun distraer sus ocios toreando a los muchachitos, amigos suyos, y clavando arpones minúsculos en los asientos de los sillones familiares.

Manolo Granero, como los iniciados, presente ya en su infancia lo que puede ser. En su mente infantil se aboceta el futuro, deslumbrante de gloria, con esa intuición que golpea el cerebro de los predestinados, el muchacho, sin decírselo a nadie, con ese rubor de quien teme ser reprendido, busca ocasiones propicias para jugar al toro en la calle o para ejercitarse en su naciente profesión, con cuantas sillas halla a mano. A veces, en los atardeceres de los sábados y en las vísperas de los días de fiesta,

Manolo Granero, escucha los pasodobles de la banda de música que va tras el cartel anunciador de las corridas, iluminado por los hachones, que dos hombres del pueblo sostienen; y sugestionado por el clamor de las composiciones musicales, alegres y pintureras como encarnación del sentimiento popular de la raza, siente como dentro de su espíritu se va moldeando ese atisbo precursor de lo que en el día de mañana podrá ser. Los padres de Manolo Granero, como ocurre siempre en tales ocasiones, procuraban disuadir al muchacho de sus propósitos; mas, así como la muchacha que fatalmente ha de arrojarse en la hoguera de la sensualidad, por sus llamas será devorada, pese a las amonestaciones y a la severa vigilancia de sus progenitores, de la misma forma, quien ha de escalar altas cumbres o destacar su personalidad sobre los demás, se arriesga en los preliminares de su profesión o arte burlando toda vigilancia e internándose audaz por entre los obstáculos más insuperables. Manolo Granero, en esos tiempos en que los demás niños juegan inocentemente a sus juegos predilectos, se entretiene como queda dicho en hacer toda clase de filigranas con los muebles de su casa y con los amiguitos que le sirven de toro, cosas estas tan proverbiales en los barrios bajos de todas las poblaciones de España.

¡Calles de San Antonio y de la Beata, de Siurana y del Pilar, más tarde del Triador y de Recaredo!... éstas fueron las calles que recorría Manolo, de pequeño, jugando al toro, cuando podía hurtar la mirada fiscalizadora de sus padres, entre la algazara de las comadres y la desesperación de los guardias del Municipio. Fué también en estas callejas venerables, corazón florido de rosas históricas de nuestra Valencia adorada, donde Manolo Granero, sintió como su alma se abría como el pecho de las vírgenes al más excelso de los sentimientos: el amor a la música. En estos rincones de soledad, rincones que no alteran con su vibración más que el martilleo sobre algún que otro yunque de herrador o los martillazos de algún que otro zapatero remendón y el taconeo gentil de alguna de estas muchachas valencianas, finas y esbeltas,

perfumado el rostro por el azahar de los huertos en flor, que florece en sus mejillas y se asoma a sus ojos, en claros azules o negros, cual si el alma de Valencia (poesía exuberante y arrebatos apasionados se intensificase en ellos, que por ser ojos de mujer, transparentan la belleza sagrada de esta tierra sobre la que la mano de Dios derramó tesoros incomparables), fué donde Manolo Granero sintió arrebatado su espíritu por esas melodías espirituales, lenguaje de las almas excelsas, que no hallan palabras apropiadas en el lenguaje humano para expresar sus más divinas emociones y que no más han podido forjar ciertos genios, extendiendo sobre la humanidad toda esa magnífica orquestación de las más grandes pasiones humanas, que acaso tan solo en otros mundos, puedan tener completa exteriorización. Fué en estos barrios pintureros del Pilar donde Manolo Granero sintió a la vez sus dos más fuertes arrebatos pasionales: el amor a los toros y el amor a la música. Estas sus aficiones a las corridas de toros y a los conciertos musicales, que ahora al escribir estas líneas son ya en Manolo Granero realidades espléndidas, pues como artista del toreo, pasma, y como ejecutante del violín posee cierta destreza sobresaliente, según los entendidos, fueron en sus primeros años, no obstante la horfandad de sus medios económicos, lo que determinó en este muchacho valenciano, esas indeclinables aspiraciones de que antes nos ocupábamos, y que son más fuertes, más indestructibles que todas las imposiciones.

Manolo Granero guarda de la fiesta taurina un recuerdo gratísimo, por demás, cuando al correr de los tiempos, lo evoca: la vez primera que acudió a presenciar una corrida de toros, acompañado de su padre y en la que actuaba de matador Jaqueta, el infortunado novillero. Según cuentan sus íntimos, a partir de ese momento se afianza en él el deseo de ser torero; el ansia de conquistar, cuando sea mozo, sitio privilegiado entre los toreros más en boga. ¿Habrá en estas criaturas un atisbo de su vida futura? ¿Inconscientemente, tendrán la certeza plena y deslumbradora de lo que habrán de ser? ¡Quién

sabe! Penetrar el arcano, descorrer el velo del infinito, es propio no más que de Dioses. No obstante, lo relatamos como comprobación de las palabras anteriores, por cuanto, Manolo Granero, parece confirmarlas, al decirle un día a su padre, con tono solemne e impropio de su edad: «Yo tomaré la alternativa a los dieciocho años». Y como quiera que las palabras de Manolo Granero, fueron enunciado de lo que hoy es realidad, por todos presenciada, unos y otros, habrán de comprender el por qué de asegurar, antes, que estos muchachos presienten ya desde pequeños lo que en esencia vendrán a ser al correr de los años.





... MANUEL GRANERO ...

... fueron las calles de Siurana, de la Beata y del Pilar sus lugares preferidos, pues en ellos jugaba al toro con otros mozalbetes de su edad. Es aquí donde el niño principia por iniciarse en lo que más tarde será por él, en los circos taurinos, arte esplendoroso...



“Granero”

Sus primeros pasos en el toreo.

Desde que Manolo Granero ve la luz primera en Valencia, el día 4 de Abril de 1902, hasta los instantes en que escribimos estas líneas, han transcurrido dieciocho años, casi los mismos (apenas si hay unos cinco de diferencia), que nos separan de la muerte de Julio Aparici, *Fabrilo*, quien esparció entre el gentío inmenso que le acompañaba por las calles de Valencia, ese dolor infinito que parece presagiar la desaparición de algo que jamás podrá ser substituído. Aquella emoción de los aficionados valencianos por la pérdida de Julio Aparici, *Fabrilo*, el excelente matador de toros, emoción fácil de explicar, supuesto que en todas las artes, incluso en la política, se precian y enorgullecen los pueblos de registrar en sus partidas de nacimiento, los nombres de quienes más destacan en sus respectivas profesiones, cariño justificado por demás, por cuanto en el terreno sentimental la patria y el pueblo en que nacimos nos inspiran, como así los seres más privilegiados de los mismos, un amor difícil en extremo de definir.

Porque los pueblos se enorgullecen de poseer artistas que lleven sus nombres por todas partes, se explica el que a partir de la ida del mundo de los Fabrilo, se fijasen los valencianos en esos diestros, que aún siendo excelentes novilleros y que hubieron de llamarse en el coso taurino, Rubio y Petreño, Copao y Gordet, por si alguno de ellos reunía aquellas condiciones que son imprescindibles para alcanzar: o la categoría de gran matador de toros, o esa exaltación apasionada que envuelve siempre al torero que por su clasicismo y arte inimitable arrebató y subyuga. Porque esas ansias son justísimas y pueden ser coonestadas por el orgullo que sentimos por todo aquello que es de nuestra pertenencia, compréndese la expectación que despierta siempre el muchacho arriesgado y habilidoso que sale a los ruedos dispuesto a encontrar la muerte o la gloria. Esto hizo Manolo Granero en el año 1914, pues entre la expectación general se echó a los medios, provisto de un cacho de tela roja, a guisa de muleta, con el que dió al toro unos pases vistosos y apretados que no pudo terminar, por impedirlo los lidiadores que actuaban aquella tarde en la fiesta taurina. Luego de esto se hace el silencio en su vida y en su afición hasta que de nuevo, al cabo de un año, se lanza al ruedo de la plaza de toros de Valencia a lancear un toro, en becerrada que hubo de organizar por cierto, el gremio de peluqueros. La soltura con que mueve los brazos, al torear de capa: la serenidad con que aguanta las embestidas de las reses, a más de complacer a la afición mueven a su padre a permitirle que entre de lleno, en lo que más tarde, había de ser su afición predilecta y era entonces deseo que caldeaba su alma toda, pensando acaso cuerdamente, que nadie debe torcer las inclinaciones de los que estén en torno nuestro, máxime cuando se manifiesten de forma tan arrolladora, como acontecía con Manolo Granero. Vista la conformidad de su padre, Manolo Granero, vestido de paisano, banderillea un toro en esa mencionada corrida que organiza el gremio de peluqueros, siendo esto como su iniciación, pues a poco, torea con elegancia y bravura, 16 de Mayo 1917, seis becerros

de Visentet el del Puig, labor esa que le coloca en el trance de torear más tarde en el mes de Septiembre en el festival organizado por *Sobaquillo*. De forma tan sencilla y elegante torea en la corrida a cargo de *Sobaquillo* efectuada, que en 1917 viste por vez primera el traje de luces, en corrida nocturna que se celebra en Valencia el día de Corpus, siguiendo más tarde su éxito en las dos becerradas en que hubo de actuar, y que por cierto efectúanse también en esta misma ciudad. Los aficionados que recuerdan a Manolo Granero, lo mismo cuando debuta como banderillero, en la corrida por los oficiales peluqueros organizada, como en la que patrocina *Sobaquillo*, y en las dos becerradas en que toreó más tarde, afirman (jamás la sagacidad del entendido es desvirtuada más que por la muerte) que en esas tardes sostuvo el muchacho valenciano la atención del público con su toreo reposado y clásico, solamente esbozado entonces, pero que delineaba ya este otro toreo de ahora, firme y seguro, desbordante de alegrías y plétórico de seguridades, cual si en su cuerpo desmedrado y alto rebullera ya el alma de Lagartijo y la ciencia difusa y desconcertante de Rafael el Guerra, sin disputa éste el más formidable de los técnicos del Toreo, hasta que andando los tiempos, se presenta ese otro portento de sabiduría, hoy ya en brazos de la Eternidad, y que hubo de llamarse Joselito Gómez.

Su actuación.

Manolo Granero torea en alguna que otra plaza, como becerrista, ocurriendo lo que ocurre en esos casos: que son tantos los jóvenes diestros que comienzan a cruzar España de una parte a otra, buscando la forma de conseguir la adhesión de los públicos, que difícilmente se re-

para en ellos, a no ser que posean cualidades relevantes, las más de las veces extinguidas por el brillo de los diestros más en boga, fatalidad inexcusable contra la que nadie debe rebelarse, pues siempre hubo de acontecer, por ser muy humano ello, que la cumbre aplastase al llano por su belleza seductora e inextinguible.

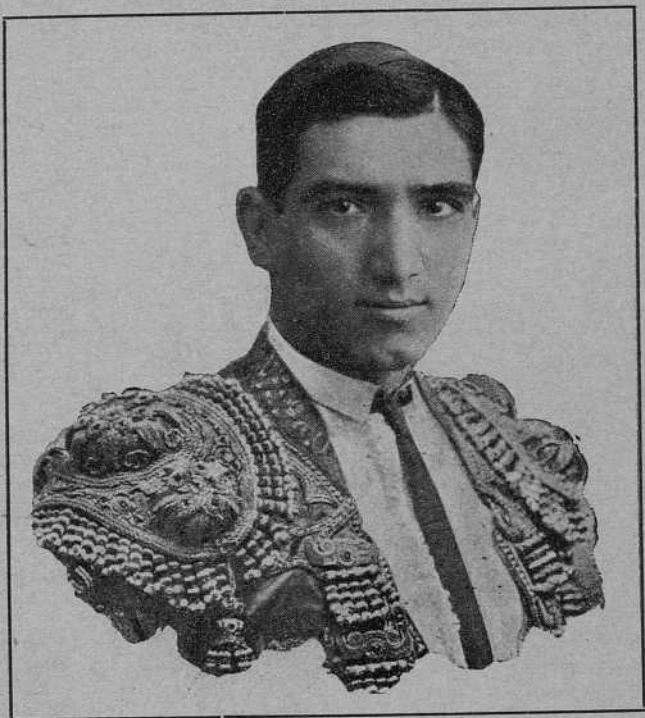
En tanto, el muchacho valenciano iba toreando alguna que otra vez, becerros de distintas ganaderías, triunfaban espléndidamente en los circos taurinos de España, Rafael el Gallo, Joselito Gómez y Juan Belmonte, los tres toreros que en estos últimos diez años, han conseguido por sí solos mantener íntegro el entusiasmo de la afición, decrecido ya en las postrimerías de Machaco y de Ricardo Torres, a los que, es forzoso reconocer que enviaron a descansar, más que los propios toros, el arte insuperable del niño de Gelves y las proezas temerarias del muchacho de Triana. En este paréntesis de la fiesta, de nuevo intenta Rodolfo Gaona desterrar su abulia y desempolvar sus lances finos y señoriles, por ver si con los diestros que más bullen, tales como Posada y Saleri, puede compartir los éxitos clamorosos de la pareja Gallito-Belmonte. El resultado es contraproducente: pues el toreo reposado y docto de Joselito, la elegancia insuperable de Rafael y la trágica belleza del arte de torear de Juan Belmonte, impiden el que nadie linde sus confines, arrebatándoles ni una pulgada del terreno que pisan. Considerad lo que sufriría Manolo Granero frente a tales maestros, uno de los cuales, Joselito Gómez, le fué presentado por el gran peón y banderillero, Enrique Belenquer *Blanquet*, frente a los cuales hubo de torear Granero, de una forma tan limpia, sin temores ni encogimientos, que el famoso torero sevillano pudo admirar en el muchacho ciertos atisbos de lidiador, que hoy por fortuna, son ya una realidad imponderable. Si pudiéramos introspeccionar los pensamientos de Manolo Granero en aquellos tiempos, él nos diría, acaso con hondas y desgarradoras palabras, sus temores y sus ansias, ese anhelo inconfundible y desolador como una maldición de alcanzar la popularidad, ensueño que transporta y arrebatata, cuando

se tiene como tenía Manolo Granero entonces frente a sí a una afición transportada a lo infinito por las proezas que realizaban en las plazas de toros, Joselito Gómez y Juan Belmonte. El muchacho valenciano, sólo, sin otro compañero en quien confiar que su tío D. Francisco Juliá, aguarda ese instante determinado por los Dioses, en que toda criatura que ha de sobresalir, resplandece de pronto, extendiendo en un instante esa luz incomparable que llevan escondidas esas criaturas en su corazón y en su mente y que no necesita para difundirse, más que los tiempos sean llegados. No sabemos si Manolo Granero profesa en religión alguna; suponemos que sí, pues quien como él sintió desde niño el amor al divino arte de Beethoven, por fuerza ha de reverenciar el misterio sagrado del Universo, cuya contemplación sugiere a los espíritus selectos, sensaciones excelsas y arrebatos sublimes, que fuérzanles a escalar las alturas más inaccesibles, como ofrenda del individuo al género humano.

Por fuerza Manolo Granero, en sus correrías de becerrista, acompañado siempre de su buen tío, D. Francisco Juliá, ha de sentirse alguna que otra vez confuso y amedrentado. En su corazón (él mismo lo relata con acento patético y conmovedor como un suspiro o como una oración) no se vea en esta digresión intento de mortificar a nadie, que en el arte de torear, los valencianos son acogidos con frialdad las más de las veces, sobre todo en su misma tierra, en la que privan casi siempre, como así en España toda, los toreros andaluces, por proceder de tierras en las que desde antiguo se forjan escuelas taurinas y se extienden inmensas demarcaciones, destinadas a la cría de reses. Queremos decir (este era también entonces el pensamiento de Manolo Granero) que entre un torero valenciano y un torero andaluz, la gente toda inclina sus preferencias hacia el segundo, por predisposiciones naturales, ya notadas de antemano, lo que en parte descorazona a no pocos lidiadores valencianos. Esas dudas de Manolo Granero, dudas sagradas a veces (la duda engendra sabiduría o precede al éxito), desaparecen por completo, cuando vestido ya con el típico traje

de luces, alterna en Salamanca en una becerrada con Chicuelo. En ella no pudo lancear ni matar más que un becerro, por engancharle el segundo de los que le correspondían en suerte, no obstante lo cual, hubieron de contratarle la empresa de Valladolid y la de Guijuelo, teniendo como compañeros a Chicuelo y a La Rosa.





ANTONIO CARPIO



ANTONIO CARPIO

Desde la muerte de Julio Aparici Fabrilo, no pudo hallar Valencia el héroe de los ruedos. Fué durante los años de 1915-17 cuando un alarido resonó en la anchurosa plaza de toros de Valencia, al lancear Antonio Carpio, de manera clásica y emocionante a uno de los toros que le correspondían. Antonio Carpio, un momento, se apoderó de las mentes de sus paisanos, revoló triunfal sobre sus corazones, se extendió por España toda, como continuador de las faenas temerarias de Juan Belmonte, a quien recordaba más que a ningún otro en sus verónicas, apretadas y escalofriantes. Quien en un principio intentara ejercitarse en la carrera del magisterio, fué luego de sus correrías, por pueblos y dehesas, uno de los novilleros más en boga. Su nombre, figurando en los carteles de todas las plazas; sus triunfos, repetidos por doquier; las alabanzas que tributábanle profanos y entendidos, sobre todo ciertos críticos de la corte, parecían entrever la posibilidad de que Antonio Carpio viniese a substituir en los anales del fervor valenciano, en la torería, a Julio Aparici Fabrilo. Su gloria fué breve. Cuando el infortunado Antonio Carpio parecía estaba ya en la cumbre, un toro, en una modesta plaza provinciana, le cortó la vida. La Valencia que soñó con llenar el hueco que la muerte de Julio dejara, tuvo un crispamiento nervioso por la muerte del torero y del paisano. Y es desde entonces, cuando el muchacho de tez bronceada, ademanes prontos y torear resuelto, cae por siempre en un circo, cuando en las almas florece de nuevo la interrogación: esta interrogación que desde hace ya años late en el alma de Valencia. ¿Quién será el héroe? ¿Quién será el artista? ¿Quién entre los toreros de la tierra, renovará los laureles de los Fabrilo, acreciéndolos con nuevos esplendores?



Continuación.

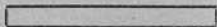
A partir de esas dos becerradas, Manolo Granero siente agigantarse en su espíritu, esa su desmedida afición a los toros, ese su anhelo fortísimo e indestructible, que es el sentirse uno algo, con fuerzas suficientes para arrojar todo aquello que impide el logro de los propósitos desenvueltos entre afanes inmensos y ansias infinitas. Junto a él D. Francisco Juliá, actúa de mentor, de guía; sus años, su experiencia, su claro intelecto, logran moldear el carácter de Manolo Granero, aconsejándole unas veces, exhortándole otras, fraternal siempre, solícito en todo instante, como quien sabe que tan sólo el amor, el tino y la comprensión operan los más grandes milagros. Su tío y el popular comerciante salmantino, D. Pedro Sánchez, en la actualidad su apoderado, vistas las condiciones bonísimas, las artes extraordinarias del artista, se proponen y consiguen encauzar por derroteros anchos y firmes al muchacho. ¿Cómo? La respuesta es bien fácil. Sirviéndole en todo momento de ayuda: el uno, con sus consejos y cuida moral: el otro, con su vasto conocimiento de los toros y de cuanto con ello se relaciona.

Manolo Granero, desde esos instantes, redobla sus fervores y cuidase tanto en lo físico como en lo espiritual; esto último tiene relación con su arte exquisito de torear, de ir avanzando poco a poco en el camino, con tanta vo-

luntad emprendido. Consecuencia de ello, es el que Manolo, acuda en Salamanca a cuantas tientas se efectúen. Su carácter humilde y franco, le abren la hospitalidad de los ganaderos salmantinos, quienes, recuerdan, ahora, complacidos—¡oh, divina emoción del bien esparcido en el muchacho levantino, esmirriado y nervioso, que juguetaba con los becerros y con los novillos, ejecutando con los mismos las más difíciles y emocionantes suertes del toreo!—desde el capotazo sobrio y viril para injertar bravura en la res, hasta el muleteo eficaz y sabio, que sirve para llevar al toro a donde el matador quiere o para hacerle levantar la cabeza, cuando humillada la tiene, todo lo cual, es como corolario de esas otras labores del toreo, que se sintetizan en la suerte de banderillas y en el lancear de las reses, trabajo este difícil en extremo, pues el torero ha de poseer a la vez el conocimiento técnico de la suerte y esa elegancia inimitable, que tan pronto provoca el entusiasmo, como seduce por la suavidad con que la capa va trazando el terreno que el toro ha de recorrer al embestir. Salamanca ha sido para Manolo Granero, como la Jerusalén de sus ensueños. Fué allí, sobre la estepa castellana, criadero de reses, donde Manolo Granero, sintió entre el mugir de los toros, el campaneó de los bueyes y las voces agrias y evocadoras del mayoral. ¡Cuán honda y fuerte es la pasión por alcanzar aquéllo que nos arrebató desde pequeños! Frente a los toros voluntariosos, prontos a la embestida, rápida y desconcertante: frente a los toros mansos, quietos, sin bravura, temerosos de pisar los ruedos de las plazas, como presintiendo ya en la dehesa el riesgo que les aguarda, Manolo Granero, durante meses y meses, tuvo ocasión de probar sus facultades con el capote y la muleta, aprendiendo allí, en el augusto silencio de las heredades castellanas, lo que nadie puede conseguir, si no es en fuerza de atención desusada y de un constante sacrificio. La destreza, principio y matriz de toda superioridad, cuya, es rebasada más tarde por esa ciencia secreta que escóndese en el fondo ultramilenario del alma y que va desenvolviéndose, unas veces, con lentitud, otras, con presteza extraordinaria. Que a

Manolo Granero le fué indispensable la estancia en Salamanca, es cosa que nadie más que el Destino pudiera esclarecer, pues, a veces, esos hombres providenciales, esas ciudades hospitalarias, al mismo tiempo que abren las primeras rutas, ensanchan de tal forma el corazón, que parece que nunca más se haya de volver a la duda y al sufrimiento. Que a Manolo Granero le fué altamente satisfactoria Salamanca, se comprueba con no más que recordar (estas son las evocaciones más bellas y emocionantes de Manolo), que fué allí en la ciudad luz de la España antigua e imperial, fragua de sabios y de aventureros, relicario de la raza, donde aprendió él en innumerables tientas a dominar casi por completo las suertes todas del toreo, cual si el Espíritu, preñado de grandezas intelectuales, se hubiese aposentado en su interior.

Manolo Granero (conste que hacemos un estudio a la ligera del artista valenciano, jamás una loa que a nadie puede convencer, ni siquiera al mismo interesado), retuvo en las tientas salmantinas toda la atención de sus antecesores en el Toreo; y así, como otros toreros famosos, en sus mocedades, saltaron en noches claras de verano, por sobre los cercados que envallan los departamentos de las reses. En todo artista hay audacias enormes, para desafiando el riesgo, ver de retar a las reses a singular combate, de la misma forma, Manolo Granero, toreó allí unas veces, sin permiso, otras con él, lo mismo al buey que semeja un dromedario, por su corpulencia, como al toro diminuto, no por ello menos temible, que, a veces, son esos torillos nerviosos los que llevan en las aceradas puntas de sus cuernos el enunciado de la Eternidad.





Año 1919.

Este año, germen prolífico del año 1920, dedícalo Manolo Granero a descansar. Algún que otro entrenamiento con becerros y novillos: alguna que otra becerrada y una o dos funciones, en las que actúa como novillero, las cuales, son ya como la preparación de su fugaz y rápido encumbramiento. Como quiera que a fines de la temporada de 1919, tiene Manolo Granero contratadas infinidad de corridas, se dedica, ya mozo (diecisiete años florecidos de esperanzas humanas y de fragantes realidades taurinas), a reponer sus fuerzas físicas y a reposar su espíritu, inquieto sobremanera, no tanto por la visión del mañana, sino también por las zozobras del ayer, cuando esforzabase en tientas y en plazas de toros, porque los aficionados reparasen en él. Fué en estos últimos meses del año 1919, cuando Manolo Granero retúvose en casa dispuesto a gozar la calma augusta del hogar, junto a su padre, su tío D. Francisco Juliá y su dulce y buena hermana, en espera de los acontecimientos que él suponía le serían favorables por demás.

En esta época, rodeado de amigos cariñosos, recuerda y discute las efemérides taurinas más sobresalientes y sus correrías, cuando por el mundo va, acompañado todo ello con algún que otro suceso pintoresco, y alguna que otra nota poética, que lo mismo hace mención a las tardes en

que actúa, pensando en entusiasmar a la multitud, fija no más que en los grandes toreros, que a ciertos destellos, muy humanos por cierto, que refulgen de pronto en sus andanzas, como hombre, por tierras de Castilla.

Quienquiera que haya estudiado no más que a la ligera el alma valenciana, sabe de sobra, que entre los nacidos en Valencia existe una predisposición natural a la música, consecuencia del ambiente luminoso de la ciudad y de ese fervoroso entusiasmo que se apodera de los levantinos frente a cualquiera manifestación de arte. Consecuencia de ello es la emoción que siente también Manolo Granero desde pequeño, por el violín, instrumento delicado y sutil, en el que, acaso mejor que en ningún otro, se sintetiza el sentimiento divino de la música, sobre todo, el de aquella que por su fragilidad y elegantes modismos estructurales, se intensifica por completo con las composiciones bellísimas y aromadas de celestes efluvios de Schuman y Beethoven. Fué en este año, 1919, donde Manolo Granero, acaso para olvidar su azarosa mocedad taurina, siempre de acá para allá, sin descanso un instante, comenzó de nuevo a entregarse a su pasión primera: al vasallaje a la música. Y así se comprende el que en ciertos atardeceres de otoño, recluso él en su gabinete despacho, sin otro compañero que su corazón, dejara que éste ascendiera al azul de los cielos, envuelto con los afligranados sonidos del violín, en los que el torero artista pretendía encerrar, tanto el sentido esencial de la música, como la entraña de esa otra música, más sublime aún, que parte del corazón, y en la que lo mismo, Manolo Granero, que los que presienten desde pequeños el florecimiento esplendoroso de sus facultades, pretenden desenvolver esas sus ansias infinitas, que a lo mejor, no más que los besos de la mujer amada pueden recoger.

De estos líricos arrebatos le sustrae la imperiosa necesidad de volver a su profesión, que en los primeros albores de la Primavera, impone ya sus fueros. En este año destaca ya Manolo Granero de forma tan relevante, que a una corrida sucede otra y a unos éxitos otros, sumando aquéllas la cantidad de cuarenta entre novilladas

y corridas de toros, que clasificadas se hallan en la siguiente forma: cuatro, Barcelona; tres, Santander, Zaragoza y Bilbao; dos, Madrid, Sevilla, Huelva y Jerez de la Frontera, Sanlúcar de Barrameda, Marchena y Salamanca, no cobrando sus honorarios en una de estas últimas novilladas, por ser a beneficio del banderillero Tabernerito. Con decir que los públicos de Zaragoza, Sevilla, Santander y Salamanca le han ovacionado estruendosamente y paseado en hombros, basta para que el lector indiferente o no enterado juzgue la labor de Manolo Granero en las mencionadas corridas realizadas. Hasta el instante en que toma la alternativa en Sevilla, de manos de Rafael Gómez, «Gallo», Manolo Granero, no solo entusiasmo, sino que mueve espiritualmente a la afición, por cuanto, a parte, el que muchos aficionados recuerdan viéndole torear, a Joselito, el coloso del toreo moderno, aún hay otros que esperan, como nó (sus dieciocho años, primavera de la Vida, prometen espléndidas cosechas en el Estío, fragua excelsa de frutos, de arte y de almas), que se depure, añadiendo a su clasicismo y bravura de ahora, esos vastos conocimientos taurinos y esa superación del estilo, que pueden (nada existe imposible en el mundo), forjar en Manolo Granero el torero más completo de los modernos tiempos. Como quiera que desde que comienza a actuar como novillero, el éxito le acompaña a todas partes (ahí está el premio de la afición madrileña, consistente en oreja y rabo, el día de su debut), no podrá extrañar nadie, el que nosotros, dejemos ahora el noble empeño de juzgar al artista Manolo Granero, para que se vea que no hubimos de exagerar al apreciar sus dotes, a reputados cronistas taurinos de diferentes lugares de España.

Estos dos juicios que a continuación van, respecto a la labor de Manolo Granero, refiérense como verá el lector, a las novilladas-debut en las plazas de Barcelona y Madrid, los días 4 de Abril de 1920 y 29 de Junio del mismo año. Dice el crítico barcelonés resumiendo en unas líneas la impresión que le sugiere en uno de los toros, el torero valenciano: «Cuando brinda Granero, un fuerte chaparrón obliga a la gente a subirse a gradas y palcos.

El momento es para desconcertar al más audaz. No obstante ello, el diestro valenciano, sin arredrarse, se quita las zapatillas, y descalzo, entre un chapoteo continuo, avanza hacia el toro, al que saluda con un soberbio pase por alto, de rodillas, de pecho, como los grandes toreros; y cuando junta las manos el toro, entra erguido y valiente el diestro con un pinchazo, al que sigue una gran estocada, que echa a la res patas arriba, como herida por un rayo. El público le aclama con entusiasmo y entre vueltas al ruedo se le otorga la oreja».

De la novillada que se celebra en Madrid, recortamos la opinión de D. Quijote, celebrado crítico taurino: «Granero tuvo un debut afortunado. Al terminar el tercio de varas, cogió banderillas: recortó en una arrancada con adorno y dominio, y luego llegó bien, despacio, y puso un par de frente por el lado derecho, muy fino y con maneras. Cambiando el viaje, entró al cuarteo por el otro lado, por el izquierdo, y puso otro buen par. Ovaciones.» Se ha dicho que éste fué el único toro bueno de los seis. Eso pareció. Pero ¿no sería porque a éste se le toreó desengañándole y a los otros, se les dejó todas las ventajas, presentándoles con precaución el pico de la muleta? Granero le metió de primeras dos ayudados por alto, uno por cada lado; si el primero fué bueno, el segundo, por el lado izquierdo, fué mejor. Gran ovación. ¡Qué bien toreado llevó al toro! Luego, dió con la derecha, dos altos y dos de pecho, alternados, el último, rodilla en tierra, y los cuatro mandones y bien templados. Un ayudado por bajo muy erguido y uno de trinchera, mandando mucho y después de unos trapazos con vista y con dominio, metió una estocada alta, salvando el pitón con mucha suavidad. Rodó el toro. Ovación clamorosa y petición de oreja. Supongo que el Presidente la concedió, pues la ví cortar; pero como algunos protestaron, no llegó a cogerla el matador, quien dió la vuelta al ruedo, recogiendo sombreros. Al sexto, muy huído, con la cabeza torcida y tuerto, muy grande, le lanceó bien. Lo aliñó mejor, aque-renciado entre dos tablas y lo despachó al minuto de una estocada. Hay torero. Tengo que verle más: pero, me

parece de la escuela Joselista; en varias ocasiones nos la recordó.» Como es natural, Manolo Granero, como todo diestro, encuentra en cada localidad un censor. Nuevo en las más de ellas, los críticos taurinos le juzgan según su leal y sabio entender. He aquí al reputado crítico sevillano A. N. Dres, sintetizando en unos párrafos, la labor del diestro valenciano en la novillada en que actúa en Sevilla: «Y vamos a ocuparnos de Granero. ¿Se acuerdan ustedes de Joselito el Gallo, no cuando llegó a su apogeo, sino cuando se presenta, ante nosotros, como matador de novillos? Se acuerdan ustedes ¿verdad? Bueno; pues Granero, no desmerece, ni tanto así de aquél novillero que más tarde llegó a ser el asombro de todos los públicos. Es más: Granero se ha presentado. Granero ha puesto de manifiesto en la plaza de toros de la Real Maestranza, de Sevilla, y muy particularmente, en el tercer bicho de su primera y en el sexto de la segunda, que posee condiciones y está dispuesto a merecer, y, a ocupar el puesto, que tan honrosa como brillantemente ocupara el nunca bastante llorado Joselito. Granero torea de capa como pudiera hacerlo el mejor, con el mismo arte, igual elegancia e idéntica valentía. Sus quites, son variados, artísticos y oportunos. Banderillea bien: nada más que bien; en esta suerte no es una eminencia. Con la muleta está hecho un maestro, pudiendo abrir cátedra de valor, arte, finura, elegancia y majestuosidad, dando en muchas ocasiones la sensación de estar viendo torear al desgraciado José, no cuando empezaba, sino cuando ya estaba completamente cuajado. Y todo esto lo practica Granero con conocimiento de causa, con una seguridad grandísima, como si ello fuese cosa, de sabida, olvidada por él. Por tanto y a pesar de no habernos demostrado que es buen estoqueador, el joven valenciano tiene condiciones para escalar el puesto de Gallito, vacante aún. Tampoco era buen estoqueador Joselito y sin embargo, poseía tantos y tan grandes méritos, que para nada le hizo falta entregarle el pecho a los toros en el momento de entrar a herir. Igual puede suceder con Granero. Hoy es el único que está llamado a ocupar el trono, en unión de Juan Belmonte. Y

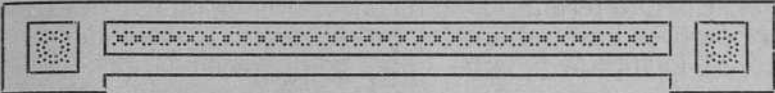
así lo habrán creído también sus consejeros, cuando en la primera tarde de feria de San Miguel, recibirá la alternativa de manos del famoso torero sevillano Rafael Gómez, Gallo. Bien otorgada está la alternativa. Así fueran todas. •





■ Miguel Sales, GARRUFO ■

Este popular torero valenciano, fué un artista y un esbozo de Enciclopedia. Fué en los ruedos excelente novillero; más tarde inicia suertes, como la del *hombre hierba* y la del pedestal, que otros immortalizan. Es justo aventurar, muy meridional, lo mismo actuaba en las suertes bufas como ascendía a los cielos en el antiguo aerostato llamado *globo*. Fué artista voluntarioso y vivió y murió como los artistas: pobre y envuelto por el aura popular.



Juicios de la Prensa

GRANERO.—Había grandes deseos de verle, después de su triunfo en la plaza de Sanlúcar y del obtenido en la de Sevilla. La afición, ratificó ayer el juicio que de él formamos la vez primera que le vimos. Toreó por verónicas y medias verónicas, magistralmente; ejecutó faroles, serpentinatas, gaoneras, la suerte del delantal, todo con una elegancia, con una tranquilidad y con un arte, como sólo sabía hacerlo el llorado Joselito.

A sus dos toros, los banderilleó superiormente, poniendo cátedra de maestro.

Con la muleta, ejecutó unas faenas hermosas, escalofriantes, valientes, a dos dedos de los pitones, adornándose y jugando con los astados, como un fenómeno.

Dió pases naturales, el de la muerte, de pecho, redondos, con rodilla en tierra, y para que más nos recordara al desgraciado José, en el mismo sitio, que ante la Reina se hincó de rodillas, ante el toro y dió un pase cogido al pitón, ayer también lo hizo Granero.

No diremos más, que el público se puso de pie, que las ovaciones fueron ensordecedoras y que la música no cesaba de tocar.

Quando terminó la corrida, los aficionados lo llevaron a hombros hasta el hotel, y por la calle fué ovacionado.

Y hasta hoy, que las horas nos parecen largas.

Bautista.

LA CONFERENCIA.—*Jerez.*

LA FAENA DE LA FERIA

No han sido Belmonte, Gaona, Rafael, Chicuelo ni Mejías, ni ninguno de los primates de la torería, los que la hicieron. Torearon corridas y más corridas, lidiaron toros andaluces, limpios y bravos, y ninguno consiguió sacarnos del sopor que durante esas corridas nos invadió; un par de banderillas, una media verónica o algún pase suelto, han sido, a lo sumo, los únicos destellos de arte que vimos. Vulgaridad y carencia absoluta de amor propio.

Ha tenido que venir un novillero a darnos esa sensación de alegría y arte que siempre en los toros buscamos y que ninguno de los «ases» se ha dignado concedernos. Ha sido un muchachillo imberbe el que ha borrado a todos y al público le ha dado una lección de toreo, de toreo clásico, de toreo elegante.

No comprendemos cómo a los pocos años de Granero se puede hacer con el toro lo que él hace, ni saber lo que él sabe. Es un caso de precocidad sin petulancia y sin necesitar del público esa benevolencia que todos los «niños prodigio» requieren. Domina, manda, se estira y temple, como hoy sólo Belmonte es capaz de hacerlo.

Belmonte y Granero. Granero y Belmonte. Hoy por hoy son los amos del cotarro.

No rebajamos ni un ápice de esta afirmación, y en el año 1920, a pesar de no ser matador de toros y, por consiguiente, no haber tomado parte en las corridas generales, Granero ha hecho la faena de la feria.

Fué en el toro cuarto. Un toro negro, flaco y cornicorto, llamado *Marujó* y señalado con el número 14 en la ganadería del infausto Sr. Pérez, antes Gama. Un torillo pequeño y bravo, el más bravo de la corrida.

Frente al 1 le tomó de capa y le dió unas verónicas suaves, templadas, dejando llegar; dos de ellas no hay quien las mejore. Luego, en un quite, dobló tan bien con el toro, le remató tan estupendamente, con tal elegancia, que el público, puesto en pie, le hizo una ovación formidable, presagiando, sin duda, lo que después iba a venir.

Se cambió el tercio y Granero cogió las banderillas. Cuatro pares magnos, sobre todo el segundo y tercero; pero levantando los brazos como antes no lo hacía y ganando la cara con asombrosa facilidad.

Todo esto fué prólogo de una faena grandiosa, inenarrable, que tuvo el solo defecto de pecar un poco de larga, por emborracharse toreando. Una faena que empezó con un tremebundo pase con ambas rodillas en tierra y siguió con tres naturales ligados, que han sido la cosa más grande que se ha visto en esta plaza. Después, todo el repertorio de los grandes maestros—incapaz nadie de superarlo—con un dominio, una seguridad y una elegancia que verdaderamente asombran.

Todo ello amenizado por la música, que el público entusiasmado pidió. Y, para final, una colosal estocada, entrando de verdad, que tumbó al toro sin puntilla. Le dieron las dos orejas y el rabo del toro, y yo le hubiera regalado hasta el flamante hongo del presidente. La ovación duró largo rato, hasta muy entrada la lidia del toro siguiente.

Aquello, AQUELLO, había sido muy grande. Cuando el tiempo pase y veamos alguna faena que se le asemeje algo—igual creo que no se repetirá—diremos: «Esto tiene algo de Granero...»

En su primero, un toro reparado de la vista y mansote, se hizo con él con sólo cinco muletazos magistrales. Parecía la muleta, por lo que castigaba, un látigo, aquel famoso látigo que decían era la muleta de Joselito. Fué la faena, como un aperitivo, como una preparación de lo que

después iba a venir. Para que el público apreciase que este maravilloso torero torea con la misma facilidad al toro bravo que al manso, lo mató de un pinchazo y una estocada atravesada, entrando ambas veces desde largo.

Con el sexto, un toro tuerto del derecho, después de ponerle un par superior, hizo una faena tirando solamente a aliñar, pues no estaba el toro para muchas floriculturas. Una estocada atravesada y perpendicular y un descabello pusieron fin a la corrida, vista la cual nos ratificamos en lo que anteriormente habíamos dicho respecto a Granero: Que hoy sólo Belmonte puede competir con él. ¿Hemos dicho algo?

El que hizo aquella faena con el toro *Marujo* tiene derecho a tratar de tú a todos los toreros y a pedir cualquier imposible: la luna, el Poder...

Resumen.—Que Granero sigue donde desde el día del Corpus estaba. A una altura inaccesible para los demás toreros. Y la faena con *Marujo* guardada para archivarla. ¿Que el toro fué chico? La faena fué grande y quedó compensado. Pero, a pesar de todo, con ese toro, con otro más pequeño o el toro de mimbres, no hay ningún torero que haga aquello. ¡¡AQUELLO!!

Padilla.

EL CANTÁBRICO.—*Santander.*

MANOLO GRANERO

Este flamante diestro, que en la primera corrida de San Miguel recibirá la alternativa de manos de S. M. (El Calvo), es otro mago de la torería.

Las circunstancias extraordinarias que rodean su vertiginosa y brillante carrera para ocupar un puesto privilegiado en la fiesta nacional, recuerda la de los grandes maestros que en el arte han sido.

Manuel Granero, que hace varios meses salió de su tierra como Juan particular, regresará a Valencia, pasada la feria, doctorado en materia taurina e incluido en el grupo A.

Es una carrera parecida a la del infortunado «Maoliyo el Espartero». Manuel se doctoró a los sesenta y dos días de su aparición, después de actuar en contadas funciones.

Para la ciudad del Turia es caso único. En él no han intervenido los paisanos de Granero para elevarlo. Andalucía, y especialmente Sevilla, que recibieran un quinto, devuelven a Valencia un general.

Nadie es profeta en su tierra, y por lo mismo, este diestro, que no recibirá el espaldarazo en Valencia, tendrá como consecuencia de ello más cartel y más valimiento que tuvieron Julio Aparici Fabrilo, Juan Ripoll, José Pascual Valenciano, Isidoro Martí Flores y tantos otros buenos toreros que salieron de la Ciudad del Turia.

No hay duda alguna de que los toreros valencianos encontraron siempre en Sevilla favorable acogida, tan favorable que en algunas ocasiones y en igualdad de faenas con toreros sevillanos, hemos aplaudido entusiásticamente al forastero, restándole méritos a los nuestros.

No quiere decir esto, que Granero no se lo merezca como el que más. Granero sin llegar a la calidad de fenómeno, es un torero extraordinario, con las condiciones necesarias para seguir camino adelante el noviciado en la forma emprendida, sin volver la cara atrás, a fin de que en día no lejano, moldeado y educado artísticamente, pueda competir con el mejor.

El camino del trono, sembrado de flores y espinas, solamente lo han atravesado con dignidad profesional dos toreros, que hicieron de su arte un culto. Ricardo Torres (Bombita) y José Gómez (Gallito).

Desde que nació el primer *pitón* hasta nuestros días, no hay más casos. Ríanse ustedes de los toreros antiguos con patillas y de los toros con melenas.

Ricardo y José, cargados de millones, dejaron siempre en segundo lugar dinero y familia para buscar en plazas y cerrados, por medio de su arte, el momento

oportuno de arrancar más aplausos que sus compañeros, cuando a éstos los premiaba el público con sendas ovaciones.

En ese espejo hay que mirarse, pues de no hacerlo así se está expuesto a ir siempre despeinado.

La característica de Granero en mi modesto saber y entender es la siguiente: 1.º El capote. 2.º Las banderillas. 3.º La muleta. 4.º El estoque. Esto es por lo que se refiere a hoy, pues andando el tiempo los números pueden sufrir alteración con la práctica y carino a una u otra cosa y a los más o menos grados de calorías con que funcione el lado izquierdo.

Con el capote, Granero es un torero perfecto. Sus lances a la verónica son admirables, contando además con variado repertorio de quites ceñidos y elegantísimos que en su mayoría termina suavemente, sin abrir el compás, con rigidez casi estatuaría.

En banderillas, sin estar cuajado, llegará a ser un rehiletero inmenso. En esta suerte además de conocerla, se necesita tener hechuras a falta de percal y de la franela, puesto que con el tipo hay que fijar y ejecutar y Granero, en cuestión de tipo, no me negarán ustedes que es hombre bien.

Como muletero empieza su carrera apuntando enormemente: ha hecho faenas de mérito extraordinario, pero a todo buen aficionado no se le habrá pasado desapercibido, que aun estando bien todas las tardes, no está tan seguro como con el capote. Con la *espá* Granero no es el perfecto estoqueador, es el matador fácil y habilidoso. Con esto se dice bastante y tiene bastante. Los mejores astros pecaron del mismo defecto y esto no fué inconveniente para que en una y otra temporada sumaran contratas en tal número que casi se pusieron al nivel del Banco de España.

Concurre también en Granero otra cualidad que ha coadyuvado mucho al buen cartel conquistado en tan poco tiempo.

Muchos aficionados creen ver en los pases ayudados por bajo y en los de tirón como así mismo en la

preparación para la suerte de banderillas, la silueta y desplantes artísticos del malogrado José Gómez (Gallito).

Yo estoy con esos aficionados; es más, creo que la sombra del muerto ha sido el mayor reclamo que ha tenido Granero.

De su brillante tournée por las plazas andaluzas hay que anotar como modelo de éxito extraordinario la segunda corrida de Huelva y las dos novilladas de Jerez.

En Sevilla no ha dado aun el golpe definitivo para asegurar su prestigioso cartel. En la plaza maestrante ha hecho cosas muy grandes de torero, pero las faenas ejecutadas distan mucho de ser como las practicadas en las plazas mencionadas anteriormente.

Entre nosotros cuenta con generales simpatías, como quedó demostrado en la novillada del 12, al ovacionarle el público grandemente por haberle la presidencia enviado un aviso antes de tiempo.

Granero, que desea pagar al público sevillano en la misma moneda, hace un sacrificio y aun acordándose mucho de su Valencia, brinda la alternativa a Sevilla, que taurinamente le adopta, alentándolo en sus primeros pasos desde la plaza sanluqueña, hasta salir doctorado por la puerta maestrante.

Hasta Valencia llegaron las noticias de los triunfos del paisano, y desde allí emprenderán el camino para Sevilla numerosos amigos, que se proponen adornar varios palcos, para presenciar desde ellos la corrida alternativa del valenciano Manuel Granero.

Salud y suerte, y sepa el flamante doctor que Sevilla ahora y siempre ostentará en su escudo el santo lema de fidelidad y gratitud.

Españita.

Granero tuvo notas brillantísimas como torero. Donde más se destacó fué toreando de capa, especialmente al sexto, al que administró unas cuantas verónicas

que, con ser superiores las que ejecutó en el tercero, fueron aquéllas soberbias, irreprochables, magníficas, y la magistral faena de muleta que realizó en el bicho que cerró plaza. Hizo además, en este mismo animalito, un par de quites magistrales y verdaderamente artísticos que le acreditaron una vez más de buen torero.

Granero quiso corresponder a estas demostraciones cariñosas del público, y al variarse el segundo tercio del último novillo, ordenó que se retiraran todos los peones al estribo, quedándose solo con el animalito. La faena que practicó fué superiorísima, artística y valiente, de buen torero, de excelente torero. Dió, sobre todo, cuatro pases de pecho, con la derecha, y dos altos, colosales, sacando la muleta por el rabo, siendo también superior el pase natural y el de pecho, con la izquierda, con que inició la faena, que fué la de la tarde. Una faena magnífica. Una estocada hasta la empuñadura, quedando el acero al lado de acá, bajo, hizo morder el polvo al animal. Granero, que durante la faena había sido ovacionado, salió a hombros por la puerta del Príncipe, y en esta forma fué trasladado a su domicilio.

Don Criterio.

EL LIBERAL.—*Sevilla.*

GRANERO.—Esta corrida, como ya hemos dicho se había organizado a base de este novillero valenciano. La impresión que dejara en su debut, agradabilísima para unos, de dudas para otros, determinaron la organización de la fiesta, y Granero, a pesar de los muchos detractores con que ya cuenta, llenó él solito la plaza de la Maestranza, en un sábado laborable. Esto es evidente, y ya dice mucho en favor del torero que lo consigue, con solo su actuación, en una corrida.

A la organización de esa fiesta, contribuyó grandemente el muchacho valenciano, porque perseguía un fin — dado el cartel que ya tenía en Andalucía, — perseguía con-

quistar algo para él grande, algo que se le había ido de las manos el domingo 5 del actual, por esas dudas que dejó en determinados elementos de la afición sevillana.

Granero salió ayer decidido a dar satisfacción a sus aspiraciones, que no eran otras, que la de obtener la alternativa de matador de toros en la plaza de Sevilla, en la tierra de los toreros clásicos, de los toreros que mayores días de gloria y entusiasmos depararon en todas las épocas, a la sugestiva fiesta de los toros.

Así lo expresaba, hace días, el simpático torero, con la ingenuidad y sencillez con que habla, ante una reunión de gente buena del típico barrio de la Macarena, a la que casi diariamente concurre y a la que también, ha concurrido algunas veces, este muchacho valenciano.

Allí, o en una de las ventas próximas, al final de un ágape succulento y netamente andaluz, de los que con frecuencia organizamos y pagamos sólo los de la reunión—hacemos este alarde de esplendidez por si quiere concurrir algún amigo—y al que fué invitado Granero, nos refería éste que era un admirador de Sevilla, un verdadero enamorado de sus costumbres, del desinterés y carácter de sus hombres y de la gracia y donaire de sus mujeres; y que el mayor galardón que podría tener en su carrera taurina, sería realizar en nuestro circo taurino, una faena grandiosa que le hiciera conquistar las simpatías de los sevillanos y la alternativa ante ellos, en la «cuna» del Toreo, en la tierra más famosa del arte de la Tauromaquia.

Que Granero, con gran cartel en otras plazas, prefiera la nuestra para «doctorarse», nos satisfizo. Esta importancia que concede a la afición sevillana, por lo menos, debemos mirarla con simpatías. ¿Consiguió sus propósitos ayer tarde? ¿Realizó la faena que le diera motivo para aspirar a la alternativa? Creemos que sí.

Toda su labor ayer con el capote y la gran faena que con la muleta ejecutara en el sexto, le acreditan de torero enterado, de torero que puede tutearse con la mayoría de las figuras, que actualmente abarcan el favor de las empresas de corridas de toros formales.

Granero no ignora nada en el toreo; lo que no realiza

bien, no es por falta de conocimiento, sinó por ausencia de valor, y ésta, lo mismo ha de existir, toreando al toro, que al novillo. Además, a Granero no le ha ocurrido, al dejar de ser becerrista lo que a otros que lo fueron. Granero, al dedicarse de lleno a los novillos, no ha elegido ganado, no se ha negado a torear bichos de determinadas vacadas, y a Granero, por ello, no ha de serle muy dura la transición de novillero a matador de toros.

Si Granero, por medroso, ha de fracasar en el arte, como matador de toros, lo mismo fracasaría de novillero, y en cambio, es una lástima que pierda el tiempo, ejecutando lo mucho bueno que sabe con el novillo defectuoso, cuando puede hacerlo con el toro, aprendiendo, si algo tiene que aprender, de las preeminentes figuras de la Tauromoquia.

Por si todo esto no fuera razonable para creer lógica su resolución, ahí está el mar revuelto en que se halla la torería, desde la fatídica tarde del 16 de Mayo. Y... ya se sabe el adagio: «A río revuelto, etc.»

¿Quién puede prejuzgar lo que la temporada próxima ha de ocurrir en España?

Entendemos, pues, sin meternos a consejeros, que el espada valenciano, no comete ninguna locura con llevar a cabo su resolución.

Ocupándonos de nuevo de su trabajo de ayer, repetimos, que cuanto hizo con el capote, fué del agrado del público. Toreó de capa soberbiamente a sus dos novillos; quieto, ceñido, elegante, con arte y dominio, y fué ovacionado y mereció los honores de la música. Hizo varios quites, especialmente los dos del sexto, que fueron portento de temple, suavidad y arte, y estuvo siempre en su sitio, bien colocado.

Con la muleta, en el primero, empezó bien, marcando admirablemente algunos pases, pero, luego, el novillo se apagó, empezó a gazapear y el torero lo aguantó poco, estuvo poco decidido y la faena careció de lucimiento.

Atacó la primera vez, sin gran coraje, pero al recibir con manifiesta precipitación un aviso de la presidencia, se encoraginé el espada, el cual, demostrando gran amor

propio, atacó decidido a matar, y cruzando muy bien, colocó la estocada delantera que dió enseguida en tierra con el enemigo. Para desagraviarlo del ignominioso aviso, este público, siempre noble, le tributó una ovación al final de la faena, que sólo merecía un profundo silencio. Las broncas al Presidente se sucedieron; al señor Colorado lo pusieron «verde», y al final de todas ellas, hubo aplausos, de desagravios para el valenciano, que le alentaron para seguir animadamente hasta realizar su hermosa faena final. El favor que con el aviso le hizo el Presidente fué inmenso. Granero debía manifestarle de alguna manera su gratitud.

En el sexto ejecutó la faena grandiosa a que aspiraba. Toda ella fué torera, artística, de depurada elegancia y de suma brillantez. Toreó con los pies juntos, erguido, hecho estatua y corriendo con temple, arte y suavidad el brazo, peinó el lomo de la res cuantas veces quiso, produciendo en el público, gran entusiasmo, siendo justas las ovaciones y los olés que se le tributaron, así como fué justo que la música, con sus acordes, amenizara tan hermosa faena. Después, entró recto al volapié, tuvo la desgracia de dejar el estoque bajo y el público volvió a ovacionarlo, pidió visiblemente la oreja, haciéndose el sueco la presidencia y lo sacó de la plaza en hombros.

Granero, con esta faena y con cuanta realizó con el capote, convenció a los que querían convencerse de sus grandes condiciones toreras, no a los que de antemano fueron a la plaza, dispuestos a que no les convenciera, y convenció también a la empresa, porque, según tenemos entendido, anoche mismo comenzaron las negociaciones para que Granero, reciba la alternativa, de manos del gran Belmonte, en la primera corrida de nuestra próxima feria de San Miguel, alternando con ellos, Chicuelo

¡Sea enhorabuena!

Onarres.

EL NOTICIERO SEVILLANO.—*Sevilla.*

Alguna que otra vez, Manolo Granero torea con tan gran éxito, que aparecen engendradas por el entusiasmo, opiniones como ésta, que íntegra, entresacamos de *La Corrida*, Revista de toros barcelonesa: «La fama y los triunfos de Granero iban de boca en boca y se extendían y agrandaban con rapidez extraordinaria. Cada actuación, era un éxito; cada éxito, un reguero de pólvora que se extendía, recorriendo toda España. Barcelona, Zaragoza, Santander, Bilbao, Salamanca, Madrid. Todos, todos los públicos de España, proclamaban las excelencias de Granero. En este estado, organizó nuestra Revista, la novillada de los ases, y en ella fué definitivamente proclamado Granero, como uno de nuestros mejores toreros. Ya desde este momento, pasa a ser torero de postín, torero de cartel grande y la afición piensa en una alternativa justa, en buena lid ganada. Pero Granero no se precipita. Antes de tomar la alternativa, quiere conocer la opinión del público de Sevilla; cree tener razón para doctorarse; pero quiere tener más... y a Sevilla va.

Y en Sevilla, el 5 de Septiembre de 1920, escribe Granero otra página de triunfo, en su historia ya gloriosa. El público le recibe con cierto recelo, con cierta duda; pero a los tres lances de capa, al primer quite, Granero ha ganado ya la pelea y el público, de pie, le ovaciona y le otorga la oreja. Llega un instante emocional en que el público de Sevilla evoca el recuerdo del otro, al ver torear a Granero y un escalofrío de emoción recorre toda la plaza y llama a todos los corazones... El otro... el otro. Pero, preguntamos nosotros: ¿Cuál de los dos? ¿José? ¿Juan? Y convencido Granero de sí mismo, piensa en tomar la alternativa definitivamente.»



...

Rafael Gómez, GALLO

...

Es sevillano, esbelto y genial. Por los trazos, un árabe y un mediterráneo. En él, el torero gitano, la inspiración es verso y armonía, lo mismo al lancear a los toros como al citarles con las banderillas. Cuando despliega la muleta ante la res, el público enmudece, como ante lo inesperado...

CAMINO DE SEVILLA

Manolo Granero, luego de las novilladas en que actúa en Sevilla, recorre otras plazas. Junto a él, otro muchacho, muy de la bella escuela sevillana, va arrebatando a los públicos de España. Alguna que otra vez torear juntos, y al verles tan dueños de sí, tan reposados y artísticos al torear, tan dominadores de las reses con la muleta, la gente, presume, que acaso sean Granero y Chicuelo, los que sustituyan a Joselito y Belmonte en las cumbres de la torería. El azar o el destino les juntó en Salamanca: les fundió en Sevilla, pues, como dignos compañeros que nada temen el uno del otro, procuran cada cual, cuando actúan, sobrepasarse en su labor, para deleitar con sus faenas bravas y elegantes, a los públicos todos de España.

Manolo Granero, consagrado como novillero, piensa tomar la alternativa. Este galardón es el más inapreciable para el novillero. Con todo, es paso que se ha de meditar serenamente, pues a veces, la alternativa no es más que un título de honor que para nada sirve, supuesto que muchos diestros, luego de doctorarse como matadores, apenas si torear unas corridas al año. Sucede ello así, porque el ansia de muchos puede más que la realidad; algunos novilleros debieran pensar, antes de alcanzar la borla de doctores de la Tauromaquia, en que el público varía en sus predilecciones y en sus exigencias, supuesto que no es lo mismo ser novillero que matador y que su retribución, por acrecerse, justifica siempre las exigencias. Esos novilleros debieran pensar, que sus condiciones son las mismas y que sus méritos, forzosamente, han de decrecer al torear con grandes toreros. Muchos diestros no lo comprenden así: se adelantan al tiempo y éste los rechaza como a los frutos primerizos, por no estar aun en sazón. Esos deseos, muy humanos por cierto—no es lo mismo ser autor que crítico—rebullen también en el alma de Manolo Granero; pero, más cauto, espera entrenarse, perfeccionarse, para lo cual, torea unas cuantas corridas

más. Así lo hace, tanto para perfeccionar sus facultades artísticas, como para recibir el beneplácito de los públicos. Con todo, su ansiedad es enorme: el corazón le palpita, estremecido por un presentimiento fatal, que no sabe si es augurio de desventuras o de bienandanzas. ¡La alternativa! Siente vacilaciones infinitas en su alma: tan pronto se cree seguro de ella, como indigno de merecerla. ¡Es tan difícil el trance! Pero, puede tanto el entusiasmo, es tan fuerte la ansiedad que le oprime el corazón, que por fin se determina a alcanzarla y a merecerla, por cuanto no es lo mismo pretender una cosa, como ser digno de la misma. De ahí, que para afirmarse más en sus condiciones, actúe aún en unas cuantas novilladas, en las que en fuerza de sobrepasarse, tanto al lancear de capa a los toros, como al pasarles de muleta y herirles con habilidad y dominio de sí mismo, consigue alcanzar ovaciones estruendosas, que son como la confirmación de sus dotes, como pública y manifiesta forma de licitud, que el público, soberano, le otorga para doctorarse con el grado de doctor de la Tauromaquia. La alternativa. A su encuentro va. ¿Cómo? Desbordante de entusiasmo, sin titubeos en el corazón, plenas las pupilas de lontananzas triunfadoras, que es la fuerza sagrada que arrastra y empuja a los novicios a avasallar todos los obstáculos. ¿Dónde se efectuará aquella?

En Sevilla, nombre mágico en los anales de la Torería, ciudad trágica y bella como las estrofas de sus poetas populares, que al resbalar por sobre la urdimbre de acero de sus guitarras, nos llenan el corazón de besos y de sangre; de correrías por los montes, con disparos certeros y alucinantes y con ofrendas piadosas que reciben manos humildes de hermanos nuestros, que en lo más profundo de los llanos sociales, situados están. ¡Sevilla! Ella espera a Manolo Granero para doctorarle. Será la Real Maestranza el circo en el que el muchacho valenciano habrá de demostrar que merecedor es de tan alta consagración. ¡Sevilla! ¡Sevilla! Tienes nombre de mujer, como tu guitarra, como Andalucía, tu madre. Hacia tí va un mozo levantino, alto y esbelto, taciturno y soñador, sobre cuya



...

PASTORA IMPERIO

...

Pastora Imperio

¿Es sevillana? ¿Es cordobesa? No: es una artista. ¿Por la voz? ¿Por el gesto? No: por el alma. La Pastora Imperio es la entraña y es el ritmo de Andalucía. ¿De cuál? De la trágica, de la bella, de la emocionante. Sus coplas, sus bailes, son únicos. Cuando retuerce los brazos y enrosca el cuerpo e inclina gentilísima la nuca y las pupilas moras se alzan al misterio y al infinito, hay en ellas un resonar de guzlas y un rumor de besos.

frente parece resbalar el cielo ancho y desolador de Castilla, y la alegría rumorosa y elegíaca, mística a veces, pagana otras, de Valencia, su tierra. ¡Sevilla! Hacia sus dominios se dirige Manolo Granero.

Si Madrid es la capital de España por ser residencia de los reyes y capital geográfica del arte porque allí acuden los artistas y los políticos para recibir su consagración, Sevilla es la áurea capital del Toreo, por derecho propio, no tanto, porque así le plugó a unos cuantos ganaderos, al extender allí sus demarcaciones, donde las reses se crían, se forman y salen destinadas para diferentes lugares de la Península, sino porque tan sólo Sevilla, antigua capital del arte más sutil—la diplomacia y el tejido; el barro amasado con exquisitez suma, que propio de hadas parece, y sus expediciones a las Indias—le da ya desde antiguo, derecho a ser fragua intensa y continuada de tanto lidiador como difundió, ennobleció y corrigió el arte de torear, tan magno cuando es arte—ahora se presentan erguidos y clásicos Cúchares, el Gordo y Espartero, los Gallo y Juan Belmonte—que en la tierra—perdón ¡oh dómínes enfurruñados, que confundís el escándalo de la plebe con el arte exquisito del Toreo, desbordante de suavidades y de precisiones matemáticas!—no existe otro que compararse a él pueda. ¡Sevilla! Hacia tí va Manolo Granero. No va sólo el torero: va también el artista. Con él Valencia saluda a Sevilla: la sombra de Julio Aparici Fabriolo, saluda a la sombra de Antonio Reverte: el Miguelete, torre orgullo de Valencia, saluda a la Giralda, torre orgullo de Sevilla. ¡Sevilla! La ciudad cuajada de huertos en flor, de casas blancas y pulcras, que evocan la Valencia perfumada por la huerta maravillosa y las barracas enjalbegadas y deslumbrantes bajo la luz del Sol, es cuna-forja de la torería.

¿Quién no soñó, de chaval, cuando salía temerario al encuentro de los bueyes en los pueblos y en las dehesas, con Sevilla? ¿Quién, aragonés o madrileño, no entrevió en sus mocedades taurinas a Sevilla, enunciadora de mercedes, recipiente que recibe el entusiasmo de los mozos españoles, que sueñan con alcanzar fama y fortuna

en el trágico y elegantísimo arte de torear? Pues esas reflexiones alborotan también la mente de Manolo Granero. Por allí desfilaron otros paisanos suyos, Rubio, Copao, Carpio, Gordet, Flores y Valenciano, entre otros.

Unos se sostienen como novilleros: otros, o apenas si actúan. Ese temor propio del neófito, sacude también a Manolo Granero: y, eso, que él ha toreado ya en Sevilla y con la aprobación entusiasta de los aficionados; mas, no era lo mismo ayer que hoy, pues si entonces actuó como novillero, ahora se presenta como matador. ¡Sevilla! Ya faltan pocos instantes para que Manolo Granero tenga la borla de doctor. Se la confiere Rafael Gómez el Gallo. El instante es conmovedor para el artista. Va a consagrarse en Sevilla, la tierra maravillosa, poblada de bellas mujeres y de viviendas ágiles y seductoras, cabe las torres de sus templos, que se tienden como vigías augustos de la ciudad sobre el río henchido de embarcaciones y sobre el apretujamiento infinito de los edificios. Le doctora Rafael el Gallo, el torero inspirado, que semeja ser a veces el artífice de la Tauromaquia, pues nadie antes que él improvisó un lance o pase, ni recortó al terminar los quites con esa gracia única, morena y sevillana, «perdone el poeta la irreverencia», que se asoma a su rostro, quien delata, así como el de Antonio Fuentes, otro excelso torero, a Andalucía, la tierra incomparable de los rostros de bronce, en cuyas pupilas — hombres y mujeres lo atestiguan — parece reencarnar la Andalucía de los Abderramanes: esa Andalucía oriental, que ahora en estos modernos tiempos en que no se forjan alcázares, ni kasidas, ni combates contra el moro (después de todo, hermano nuestro), forja, templa y esparce por el mundo, no sólo los frutos de la tierra y sus monumentos y sus blancos caseríos y sus jardines, que apenas si admiten comparación, por la belleza sagrada del Sol que los ilumina y esos tipos admirables, siquiera sea a través de la historia, que se sintetizan en el bandolero (ahora ya extinguido, hidalgo y temerario): en el obscuro combatiente que sube la escalera del cadalso por un ideal y en el torero y la bailadora, tipos éstos complejos y seductores de la raza, tan variado



...

PILAR GARCIA

...

PILAR GARCIA

Su nombre es famoso en España: su arte también, pues que al decir Pilar García, florece aquel de forma inmaculada. ¿Cuál? El arte que interpreta el alma de las regiones por conducto del canto que es la primera y sagrada explosión del Regionalismo, supuesto que es el poeta el que determina la Ciudad antes que el legista trace los planes de justicia y el guerrero torne a sus tiendas de campaña.

Pilar García es valenciana: con todo su arte es preferida en Andalucía más que en ninguna otra región, con ser la bellísima cantadora, diestra por demás en la interpretación musical del alma de las regiones todas.

Pilar García, esbelta, sonrosado el rostro en el que inquietan los ojos negros de penetrante mirar como si el esfuerzo y la voluntad en ellos se reflejasen, lo mismo canta unas valencianas que una aragonesa, el lindo canto galaico trasunto del fado portugués, como la Malagueña, la Cartagenera, o las soleares.

Alma de artista, Pilar García con no más cantar atrae y subyuga. Cuando en el escenario, entre la expectación del concurso por la sala derramada, abre sus labios para que en ellos florezca una de sus canciones preferidas, no se sabe si en ellos oculto hay un ángel o un ruiseñor.



el uno, tan eurítmica la otra, que cuando se acompañan del maestro que pulsa la guitarra, Europa toda no puede ofrecer, dentro del Arte, tipos tan sugestivos, tan clásicos, tan perfectos, supuesto que ni nadie arrebatara a la muchedumbre, aparte la belleza física de los rostros y el cuerpo ondulante de las artistas, como el gran torero al lancear por verónicas a las reses o la cantadora y la bailadora al modular y retorcerse entre compases de música los más excelsos sentimientos, que tan pronto se plasman en los labios de la cantadora, como en el de la bailadora andaluza, cuyo elogio no es menester hacer, porque frente, por ejemplo a Pilar García y a la Pastora Imperio, no sólo Andalucía se presenta en las pupilas moras de la Imperio y el mago hechizo de la voz de Pilar García, excelsa como artista, sino España, la España toda, a la que representa la famosa bailadora sevillana, con sus bailes enervantes y sensuales, en los que florece, a veces, al ritmo de Atenas y otras, la delicadeza sutil y penetrante como un perfume de la Arabia, cuna espiritual y física de nuestros pueblos meridionales.

¿Comprendéis, ahora, la zozobra de Manolo Granero? Sevilla espera sus proezas: un diestro famoso, el más representativo del toreo moderno, le va a consagrar. La espectación es enorme. De provincias, de su tierra, infinidad de aficionados han acudido. El regionalismo y el amor no necesitan de doctores ni de doctrinas para legalizarse, pues sentimientos inmortales son. Manolo Granero, no puede menos que emocionarse, al contemplar un palco enjuiciado con la franja, cruzada por un letrado entusiasta que amigos suyos de Valencia han colocado. Esos segundos que preceden al toque del clarín y que pregonan que el chiquero va a abrirse, engendran en Manolo Granero una emoción indescriptible, pues al fijarse en el cartel que sus fraternales amigos de Valencia han colocado en un palco, evoca su hogar, su tierra, sus amigos, sus padres y entonces, siente que le flaquea el corazón.

De esta inquietud sobrehumana, le sustrae el esplendor de la plaza. Esta atestada se halla. La visión de los tendidos en los que se funden el campesino y el artesano:

las gradas y palcos, repletos de mujeres bellísimas, donde el color moreno sobresale en los rostros, como así los ojos negros bajo el encaje sutilísimo de las mantillas: la alegría única e imposible de reflejar del conjunto humano que por la anchurosa plaza se desborda: el pasodoble, ligero y juguetón que esparce el contento en las almas, pues nada como la música popular seduce y subyuga: los pregones de los vendedores de licores y de revistas taurinas consiguen iluminar la mente de Granero, un poco obscurecida por los recuerdos amables y le hacen enfrontar la realidad apremiante y emocionadora, pues que dentro de unos segundos, la lidia va a comenzar. El circo taurino centellea. El Sol derrama sobre la Real Maestranza sus luces inmortales y bajo su influjo—¡oh, esa visión de la muchedumbre levantina bajo el Sol!—la gente siéntese como sugestionada y advierte como por sobre su espíritu, corre magnífico, un fuerte estremecimiento de vida, que en España, en las tardes de domingo, no más puede forjar el espectáculo taurino y los grandes artistas, al mismo adscritos.

En el coso taurino aún repercuten los aplausos al Gallo, por sus faenas vistosas y variadas, y a la ciencia un poco infusa, pero desconcertante por lo segura, del Chicuelo. En pie, ojo avizor, Manolo Granero, con el capote al brazo, aguarda junto a la barrera. Tatarí... un fuerte y prolongado murmullo se extiende por la plaza toda, cuando Manolo Granero, erguido y pálido—¡oh, divina emoción del peligro a lo desconocido, frente a millares de almas!—extiende ante la res, que avanza recta y firme como una exhalación, su capote.

Al llegar aquí, será lo mejor, que nos describan sus méritos y sus faenas, distinguidos y notables críticos taurinos de la bella ciudad andaluza.

EL LIBERAL.

Granero, matador de toros

¡Valencia está de gala! Valencia, la espléndida mujer levantina, que envuelve su pecho con claveles, magnolias y flores de azahar, sonríe al ver su ovalado rostro, reproducido en el Turia.

¡Ya tiene Valencia, además de pintores y escultores, músicos y poetas, lo único que le faltaba: Matador de Toros! ¡Ya es feliz Valencia!

El día de San Pedro, el 29 de Junio de 1920, debutó en la plaza de Madrid, un matador de toros valenciano, que se llama Granero. Debutó como matador de novillos, porque la modestia y la costumbre, y el escalafón taurino, así lo exigen; pero, Manuel Granero, desde el día que vió la luz primera, es un gran matador. Su aspecto simpático y atractivo de artista; su talla esbelta y arrogante; su afición desde niño, a la fiesta nacional; su rápido conocimiento de las reses; su toreo fácil, natural, templado y bonito con capa y muleta; su adornado banderillear, su segura forma de herir, todo él, en una palabra, nos ha confirmado con sólo verle torear una tarde, que Manuel Granero, salvo contingencias imprevistas, será en muy breve plazo un matador de toros de precio.

¡Valencia, está de gala! ¡Valencia, sonríe! Lo que no pudieron lograr por unas u otras causas los Fabrilo, Valenciano, Flores, Gordet, Carpio, Vaquerito, Rubio, Copao, y tantos otros valencianos, temerarios y pundonorosos, va a conseguirlo esa criatura de rostro infantil, simpático y alegre, cuya sonrisa parece presagiar sólo triunfos y éxitos.

¡Paso a Manuel Granero, matador de toros de primera fila!

Don Pepe.

TOROS Y TOREROS.—*Madrid.*

Siguen al anterior trabajo crítico, sobre Manolo Granero, las siguientes opiniones, juzgadoras de sus méritos y de sus aptitudes.

UN TORERO

Que Manolo Granero, es la figura más culminante de la temporada taurina que agoniza, es innegable, como indiscutible es, que en el retablo taurino, su figura se acusa con trazos bien rotundos: con vigoroso relieve. En los anales de la historia del Toreo, el caso Granero, es raro, por lo infrecuente: seguramente es único. Al menos, yo no recuerdo carrera tan rápida y de tan brillante resultado, como la del joven lidiador valenciano. Una temporada le ha bastado para pasar del innominado a la envidiable popularidad que hoy disfruta. Y lo asombroso, lo inexplicable, es que tan excepcional acontecimiento no haya sacado de quicio a los barbarizantes, que con sus fantásticas hipérboles hacen de estos sucesos inverosímiles, ejercicios de funambulismo. Manolo Granero puede estar altamente satisfecho. Ni es fenómeno, ni Mesías, ni prodigio. Afortunadamente y gracias a tales señores, Manolo Granero no es ninguna cosa rara: es sencillamente, un torero. ¡Un torero! ¡Es este un vocablo que se aplica tan pocas veces con justicia! Nosotros, hemos visto torear pocas veces, al flamante matador de toros. Pero, en tan escasas actuaciones, hemos podido ver ese algo que distingue a los seleccionados: un sello acusador de una personalidad fuertemente definida: unos detalles, prometedores de futuras y espléndidas realidades. Hemos visto, como siendo siempre él, tiene a veces, su arte, destellos evocadores de otras figuras consagradas. Pero, esto, no es para Granero un demérito por la forma tan perfecta con que practica esas evocaciones. Porque Granero, no es plaguario. Enamorado de la pureza del estilo, se complace en seguir las huellas nobilísimas de los que prestigiaron el arte de torear, con su estilo depurado. Granero

es un intuitivo: nos lo ha demostrado. Su arte tiene el raro privilegio de fundir en uno, dos estilos: las dos tendencias o modalidades que en estos tiempos, tanto apasionan a los aficionados. Es gracioso y dominador como el que se fué: es emocionante y plástico, como el que queda. Es Benvenuto Cellini, cincelando un vaso de delicada orfebrería. Es Miguel Angel, esculpiendo el Moisés del Vaticano. No soy profeta; creo que pasados los tiempos bíblicos, aquellos fracasan casi siempre—pero sospecho, no es aventurado afirmar—que en plazo no lejano, estas risueñas esperanzas que nos ofrenda el torero de la ciudad del Turia, tendrán espléndida cristalización. Y será un caso raro en estos tiempos ir derechito al solio de los elegidos, sin antes pasar por el aro del fenomenismo, del prodigiosismo y demás ditirambos desconcertantes.

Trincherilla.

EL MERCANTIL VALENCIANO.—*Valencia.*

Granero, el torero valenciano, triunfa

Ya ha triunfado de un modo clamoroso, rotundo, definitivo. En los pliegues de la capa llevó el secreto mágico de una suavidad y temple admirables. Llegó con las banderillas al toro y su figura adquirió los relieves más estupendos de arte. Banderilleó y la ovación seguía sin decrecer. Después, con la muleta, realizó una de las faenas más completas que se han efectuado. Pases de todas marcas, elegancia, finura, esencia torera, y todo hecho con supremo gusto, con un sello de verdad, con algo, sólo reservado al genio. Iba a sus dos toros, sin desmayar, sin que se viera en él ni un momento en que perdiese la inmensa cantidad de torero que alberga este chaval de dieciocho años. ¿Es Joselito? ¿Quién es? Es Granero:

es hoy el genio taurino, elevado a la cumbre que nadie pudo soñar. Tendrá detractores o envidiosos; tendrá enemigos; pero, será siempre, él mismo, el torero genial, sin ejemplo, que a los dieciocho años ha sabido colocarse y hoy, ha tirado por tierra la frase del Guerra. Dijo éste: «Se acabó la torería con la muerte de Joselito.» Hoy dice Valencia, Valencia toda: «Continúa la torería con más esplendor o con tanta gloria.»

Tonico Alamares.

**:: Boca abajo
todo el mundo**

1916-1920.—Permítasenos, que por unos minutos, nos pongamos tontos ante el grandioso éxito que el día 10 alcanzó en Valencia, nuestro paisano, Manolo Granero. Porque, aunque sea inmodestia, queremos consignar que somos los autores de las siguientes líneas, en las que resumíamos el juicio que nos había merecido, cuando hizo su presentación en público: «El niño Granero, es algo más que una esperanza: es una realidad. Si alguna vez, soñaron los valencianos en tener un fenómeno, creemos que ya pueden vanagloriarse de haberlo logrado.» Esto digimos en Septiembre de 1916. En cuatro años de ausencia se ha consagrado ya matador de toros: habiendo acertado, sin presumir de profetas, en nuestros vaticinios, creo que tenemos derecho a gritar con toda la fuerza que nuestros pulmones permitan: ¡Boca abajo todo el mundo! Paso al heredero de Gallito. Heredero, digimos y no estamos solos, ya que los 20.000 espectadores que presenciaron la corrida, votaron a nuestro favor.

Heredero es, por su escuela, por la difícil facilidad con que ejecuta todas las suertes: porque no necesita el soñado torito ideal de los especialistas; y porque tiene su mismo temple, su misma flexibilidad de cintura y su

misma línea. Y como al reducido espacio de una cuartilla hemos de someternos, terminaremos repitiendo lo que en 1916 digimos: «Si alguna vez soñaron los valencianos en tener un fenómeno, creemos que ya pueden vanagloriarse de haberlo logrado. ¡Paso al heredero de Joselito!»

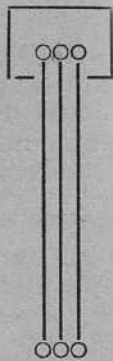
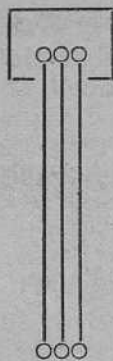
Latiguillo.

LAS PROVINCIAS.— *Valencia.*





MANOLO GRANERO



...

MANOLO GRANERO

...

MANOLO GRANERO

En Geometría, la figura más eterna e indestructible, es el triángulo: como símbolo, es desconcertante. En religión, José, María y Jesús, encarnan el más sagrado resplandor de los tiempos, supuesto que en la Santísima Trinidad, no sólo se perfila la familia, sino que se presenta ésta como prototipo de perfección. En las leyes naturales del Universo, tres son los elementos inmovibles, que le sustentan: el Cielo, la Tierra y el Mar. En gramática, lo mismo que en la Naturaleza, tres tiempos determinan la creación del cosmos, tales, como: Ayer, Hoy y Mañana. Además, el tres es el número más armónico, por su belleza, cuya, resalta por demás en las tres determinantes del espacio, altura, latitud y profundidad.

En el mismo arte del toreo, tres son los componentes sobresalientes. El picador, el banderillero y el matador. Valencia, en el toreo, ha tenido dos tiempos: uno de ellos, tenía un nombre y se llamaba, Julio: otro, Antonio hubo de nombrarse: le faltaba uno para complemento: ya lo tiene. Manolo Granero se llama.

Cada uno de ellos, es como un símbolo: cada uno de ellos, encarna una época: cada uno de ellos —permítase la paráfrasis literaria— se debe a su siglo. Julio Aparici Fabrilo, fué alegre y pinturero: Antonio Carpio, fué clásico y emocionante: ahora, Manolo Granero, cierra el triángulo con su arte limpio y puro, en el que la arrogancia se funde con el tecnicismo y el clasicismo con la serenidad. Valencia, artista, aclamó e hizo un culto del nombre de Julio: Valencia, no más un instante, se estremeció frente a Antonio Carpio, como presintiendo la cumbre: ahora, la Valencia aficionada a los toros, siéntese deslumbrada, frente a Granero.

Julio fué el triunfo de la época aquella, en que el toreo necesitaba la innovación incesante para renovarse: Carpio, fué durante unos meses, como un alarido sucesor del que hubo de forjar el arte sutil y emocionador, por demás, de Juan Belmonte: Manolo Granero, es la confirmación. Frente a él y en torno suyo, el toreo, magnífico como una apoteosis, florece. Manolo Granero es el arte. Al lancear, recuerda a bastantes que un día fueron famosos: al muletear las reses, asoman Córdoba y Sevilla, fraguas imperecederas de arte. Cual si las sombras de Lagartijo y de Joselito encarnaran en su peculiar forma de torear, la muchedumbre, frente al torero valenciano, siente en su interior, una alegría indescriptible.

«¡El otro, el otro, se parece al otro!», clamaron en Sevilla al verle torear. ¿A quién? ¿A Juan? ¿A José?

La duda, flotando quedó en las almas. Nosotros, creemos que Manolo Granero, no se parece a nadie. A veces recuerda a Joselito; más ello no es por copia fidedigna, sino por ese arte incomparable que no más el gran torero sevillano poseía. Con todos sus reflejos, Manolo Granero, es muy suyo, dentro de su arte. En momentos, parece que sigue huellas lejanas; pero al pronto, se rehace, y las evocaciones se desvanecen, como por ensalmo, frente a su estilo propio, conciso, elegante y armónico. Pues que en su toreo se funden la línea y la grandeza, la temeridad y la inspiración. Hoy, Manolo Granero, con no torear aun mas que unos meses, sobresale por demás entre los primeros.

Dentro de poco, es posible que asombre. Por ello, Valencia, la Valencia que se inclinó prosternada ante los cadáveres de Julio Aparici y de Antonio Carpio, se yergue para saludar al héroe, al artista, al Esperado ahora...

Y es en estos instantes, estremecidos de emociones infinitas, cuando las sombras de Julio Aparici Fabrilo y de Antonio Carpio, revuelan místicas sobre Valencia, como augurando, dentro del toreo moderno, la anunciación, quien no más encarna por ahora en este machacho valenciano, cuyo nombre y hazañas no es menester reflejar sobre el papel.





o **Una interwieu
con Manolo Granero.**

Con el propósito no más que de satisfacer las ansias de multitud de aficionados, transcribiremos, sin omitir detalle, con cambio tan sólo de algunos vocablos, y con el ropaje literario que el escritor presta a las palabras sencillas de las gentes, en las que no puede brillar el estilo, por ser este arte común nada más al literato, la conversación sostenida con el popular diestro valenciano y con su querido tío, guía espiritual del muchacho, D. Francisco Juliá. Hubo de celebrarse la entrevista en el domicilio de D. Francisco Juliá. Nosotros ansiábamos conversar con Manolo Granero, pues, que luego de su campaña brillantísima, año 1920, repleto de atisbos y de confirmaciones, de aplausos de simpatía y ovaciones clamorosas, forzosamente habría de relatarnos, entremezclados con ciertos detalles de su vida, que en otra parte del libro va compuesto, ciertas manifestaciones importantes respecto a su arte y el arte del Toreo, como así de su vida misma, cosas éstas que, fragmentadas, han aparecido ya en algún que otro periódico, en alguna que otra Revista. Luego de esto esperábamos que él nos dijese cuáles eran sus propósitos en el año 1921, en que el arte de Manolo Granero florece ya magnífico, triunfador, y en que a juzgar por todos los públicos y todos los críticos, habrá él sólo con su empuje

y con su destreza, de escalar la más alta cumbre del Toreo, ahora desierta, con iluminarla aun la figura trágica y emocionante de Juan Belmonte. Nosotros, lector amigo, no somos entusiastas de Manolo Granero; admiradores, sí. Nosotros amamos en el arte del Toreo lo que de por sí le eterniza, forjando de una forma indestructible la clásica fiesta nacional, en la que la audacia y la sabiduría, el clasicismo y el valor son sus más preciados componentes.

Nosotros hemos aplaudido faenas del Guerra y de Lagartijo, de Fuentes y de Reverte, de los hermanos Bomba y de Machaquito; y en estos últimos tiempos (al omitir ciertos nombres, no es que despreciemos la labor de nadie, siempre lo extraordinario abate a lo mediano) nos hemos saturado de emociones exquisitas con el arte siempre esplendoroso de Rafael el Gallo: con el aplomo y sabiduría de Joselito y con la belleza trágica y escalofriante de Juan Belmonte. Porque entusiásmos la fiesta nacional cuando la sostienen y abrillantan artistas excepcionales, sentimos ahora por Manolo Granero esa admiración serena y lógica de quien sabe que en Arte no es posible hallar nada que conmueva y arrebate, si no se acompaña aquél de artífices de relieve. Así es Manolo Granero en estos instantes. De ahí nuestra ansiedad cuando la puerta del despacho de D. Francisco Juliá se abre y penetramos en su interior. Sentado al despacho se halla Manolo Granero. Bajo el resplandor rosa de la lámpara que ilumina el saloncito, el diestro valenciano hojea por encima las portadas de unos libros (literatura y música) y fija de vez en cuando sus miradas en gran número de revistas taurinas, que en cierto desorden espárcense sobre la mesa escritorio.

Es tan difícil iniciar una conversación, cuando no somos casi dueños de los pensamientos de quien vamos a interwiviar que se justifica en que el silencio se enseñoree de todo, como intentando quebrar la palabra humana, cuando ésta intenta brotar en los labios. Así, que nosotros, optamos por callar, mirando unas veces un tarjetero repleto de postales, algún que otro cuadrado al óleo pintado, y dos soberbias fotografías que penden



• MANOLO GRANERO •

— Y SU TÍO —

DON FRANCISCO JULIA

de uno de los muros, la madre del torero, ida ya de entre nosotros por desventura para el joven lidiador y el que fué su esposo, retratos que parecen querer saltar de sus marcos para abrazar al niño que forjaran entre ensueños y entre afanes. Manolo Granero fija de vez en cuando la mirada en el retrato de su madre y nosotros sentimos cierto estremecimiento interior, advirtiendo el curso mental de las ideas de Manolo, quien es posible que evoque con desolación infinita la figura sagrada de la mujer que le llevó en sus entrañas y a la que hubiese querido rodear de comodidades y que escapa del mundo, como no pudiendo resistir la alegría inmensa (oh santa alegría maternal) de ver a su hijo aclamado en los ruedos y en las calles y rodeado de ese esplendor inusitado que en los pueblos meridionales acompaña siempre a los grandes artistas.

... ¿Mis comienzos?... y Manolo Granero, como arrancado por sorpresa de su soliloquio espiritual, rompe el silencio de este atardecer de domingo, diciendo con cierta melancolía... ¿mis comienzos? ¡Si apenas tengo historia! Si mi ayer no existe. Sí: recuerdo las calles predilectas de niño; recuerdo a mis padres; mis juegos con los amiguitos de entonces; mis escapadas del colegio para jugar al toro, el entusiasmo que sentía por el toreo; mi alegría, cuando más adelante, con ocasión de llevarme mis padres a una corrida, oí que me decía mi madre: «Yo quiero que seas torero, como Bombita». (Se refería a Ricardo Torres).

A todo esto, Manolo Granero sonríe como complacido en extremo de la evocación. ¡Ah, mi padre, durante mucho tiempo, se opuso a que yo me aficionase a los toros! ¡Como era tan pequeño! Fué entonces cuando le tomé un cariño sin igual a la música que yo quería interpretar, valiéndome del violín. ¡Oh, mis horas de silencio y de éxtasis en que pensando siempre en los toros me disponía a adiestrarme en el violín, secundado por D. Benjamín Lapiedra, mi profesor. Por fin, andando algún tiempo, pese a la emoción que me producía la música, emoción que no se extinguirá jamás, hubo de vencer en mí el arte

de Cúchares al arte de Wagner. Pasó algún tiempo. Actué en dos becerradas, y a poco a Salamanca fuí. Ya mi padre daba a todo su conformidad. En Salamanca encontré protectores, amigos a los que no podré nunca olvidar. Fué allí donde me ejercité en todas las suertes del toreo. A los ganaderos hermanos Tabernero debo infinidad de atenciones: a otros también. A quien hoy es mi apoderado el comerciante salmantino D. Pedro Sánchez, le deberé siempre, como así a mi buen tío, incansable mentor, Don Francisco Juliá, aquí presente, el haberme allanado los primeros obstáculos, buscándome lugares para entrenarme, primero, para torear, después. Más tarde (esto lo saben todos) a torear por esas plazas de Dios, unas veces bien, mal otras, hasta que fuí poco a poco perfeccionando mi arte, mi conocimiento de las reses, cosas que sin duda han complacido a la afición, a la que guardo gratitud inmensa, hasta llegar al estado que ocupó en la actualidad, dentro de la Torería.

... Respecto a torear, para mí todas las suertes tienen un encanto extraordinario: como haya toro, me gusta ejecutar, si me es posible, las más diversas suertes del Toreo, siempre que tenga la certeza de no fracasar en las mismas, para lo cual, pongo siempre en mi labor una atención desmedida y un estudio bastante concienzudo de las reses y del terreno que pisan; pues, que hay casos, en que un descuido de la res o una salida nerviosa de la misma, pueden alterar el cálculo hecho por nosotros al extender el capote o al pasar de muleta...

... Banderilleo por ambos lados. Cuando los toros se arrancan, entonces es cuando creo que se puede practicar con toda limpieza y elegancia la suerte difícilísima de clavar los rehiletos.

... El tema de muletear los toros es muy complejo. En esto creo que Joselito Gómez era el único. Otros, pondrán más vistosidad, más emoción; él ponía cierta destreza y cierta seguridad, que es lo que pasmaba en el gran torero. Yo creo, que a parte del conocimiento de las reses, respecto a variedad y eficacia en los pases, es el natural el más difícil. Para castigar a las reses me parece el más

adecuado el de trinchera o ayudado por bajo. Los demás pases los efectúo con cierta sencillez, excepto el de pecho, que como ustedes saben, las más de las veces es forzado, supuesto que lo engendra la súbita arrancada del toro... Con el estoque, espero enmendarme, corregirme: es difícilísimo; a más de hallarles la muerte a los toros, el conseguir la suficiente serenidad que se precisa para herirles de muerte, pronto y bien, como hubieron de hacer y hacen los grandes matadores.

... Como soy muy joven no puedo mostrar preferencia más que por ciertos grandes toreros a quienes vi torear en unas cuantas corridas. Son ellos, Ricardo Torres y Rafael González, Machaquito; Rodolfo Gaona y Vicente Pastor; y últimamente, a parte de compañeros míos muy notables, tales como La Rosa y Chicuelo, Saleri, el Valencia y aun que otro, los que cierran el actual ciclo tau-rino con sus proezas: Rafael, su hermano José, quien tenía y tiene todas mis devociones y Juan Belmonte, único en su peculiar manera de torear.

... Sí: este año he toreado treinta y dos novilladas y siete corridas, a parte la en que tomé la alternativa, sumando todas ellas cuarenta.

... Mis vicios o mis aficiones en el terreno social son escasos. De carácter modesto, místico casi, en mi pasión por los toros, yo apenas si pienso más que en ser, si ello me es posible, una de las figuras más relevantes del toreo moderno. Después de todo ¿quién no aspira dentro de su profesión respectiva a ser de los más aptos? Ello se legitima con facilidad. ¿Cómo nó? ¡Es tan grato saberse uno entre los primeros! ¡Suena tan bien en el oído y en el alma la música de la popularidad! En verdad, que en nuestra profesión, el amor y la muerte, nos sonríen de continuo, pues, a veces, lo mismo estalla una ovación clamorosa que un ¡ay! penetrante y estremecedor. Pero, esto por ser humano, es para nosotros, muy lógico, porque es tanta la compensación... Como fiesta de arte, la de los toros si seduce tanto—esto es humilde opinión mía—es por fundir la belleza y la emoción, la alegría y la temeridad.

... Manolo Granero, como si escuchase el clamor de la muchedumbre, sugestionada en la plaza por las proezas de los grandes lidiadores, se pone de repente en pie. Bajo el claror de la lámpara (todo rosadas irisaciones), su semblante adquiere cierto tono transparente, como si su mocedad y su arte florecieran en su rostro. A los dieciocho años, bien se puede soñar y sentirse a menudo, envuelto por el don sagrado de los Dioses. Y es frente a nosotros, cuando concluye de responder a nuestras preguntas este muchacho levantino, que tiene frente a sí toda una juventud desbordante de triunfos, como su dominio de las reses no amengue y su arte incomparable no sea cortado bruscamente por la Fatalidad.

... Pues, como les decía, añade a continuación, Manolo Granero, ni bebo, ni me seduce por ahora ningún vicio. Es preciso, dado lo penosa que es nuestra tarea, el conservar todo el vigor físico no resintiéndonos fisiológicamente, en tanto nos sea posible, supuesto que ello significa el deterioro de nuestras facultades.

... No, no es tiempo aún. ¿El amor? Y Manolo Granero siente como si le llegasen auras sagradas desde la Eternidad. Mi amor, mi único amor, sería ahora el de mi madre. ¡Cuánto diera por verla junto a mí! Eso de que consiga uno la consecución de sus afanes, de que comience a sonar en su vida la aclamación y el elogio, y no poder compartirlo con la que uno hubiese querido partirlo todo: el pan y el corazón, la bienandanza y las alegrías cotidianas de la vida, es para desgarrarle a uno las entrañas. Y aún como junto a mí están mi padre y mi tío, y esta hermanita mía (ustedes ya la conocen), que me proporciona los más intensos placeres espirituales, cuando puedo verla junto a mí y me recreo en la contemplación de sus pupilas azules, en las que parece que asoma toda el alma de mi pobre madre. ¿El amor, decían ustedes...? El llegará a su hora: yo, creo que el amor, que es la vida, se presenta y nos conduce a donde le place. Al amor, esto es vulgar, se le encuentra andando por el mundo: no se le busca. Por ahora, cuando los toros me dejan unas horas libres, yo desenfundo mi violín y frente a mis evo-

caciones y mis perspectivas del mañana, me entrego a él con fervor y es por sus sonos, por su algarabía musical, por lo que mi corazón halla contento y mis lágrimas escape. Les digo a ustedes que la música es lo más excelso.

..Sí, me gustan todos los deportes, tanto el andar a pie, como el montar a caballo, siendo para mí el predilecto, el de cazar con escopeta.

...Yo, si la fortuna me sonríe y los públicos me reciben como hasta ahora, pienso ser el torero de mi tierra y el torero de España. Yo amo a mi arte por imposiciones del corazón. Es algo sagrado que me empuja desde pequeño. A ser posible, quisiera poseer todos los secretos del arte de torear y todas las elegancias, al mismo adscritas, para ofrecerlas como ofrenda suntuosa a los públicos de mi patria: que si ellos castigan a veces con silbas y con denuestos, también nos lo dan todo. Por tanto, hay que esforzarse siempre por complacerles, supuesto que ellos nos rodean de aclamaciones entusiastas y nos envuelven con tesoros inapreciables...



Manolito Granero el día de su debut en Valencia, en una becerrada que se dió para un beneficio

LA FIESTA DE TOROS



Se nos piden, por amigos, a quienes en manera alguna podemos negar nada, unas líneas sobre Manolo Granero.

Nosotros, aprovechando la ocasión, discurriremos sobre la por muchos denominada clásica fiesta nacional. Es Manolo Granero un artista extraordinario: tanto, que él nos sirve para forjar unos comentarios en derredor de toros y toreros. Hagamos constar de antemano que no somos aficionados a los toros, pero que preferimos el Arte a cualquiera otra manifestación de la vida, no importa la que fuere. En verdad, afirmamos que no podemos apenas distinguir entre un buey reservón y una res brava y pronta a embestir: mas frente al toro y al torero, sobre todo al iniciarse el muleteo de las reses, no podemos sino actuar de espectadores y de críticos, apreciando, primero, las condiciones esenciales inherentes a la lucha, que nos plenan de emociones inquietantes, observando más tarde cómo en nosotros sobresale sobre el espectador el crítico, quien repara en todo detalle y los juzga siempre, dentro de la divina sensación del Arte, hasta que llega el momento en que el crítico es subyugado por el espectador, quien es arrebatado por la elegancia o por la ciencia del artista, que en esos instantes está por sobre toda razón analítica.

Cuando alguien en su profesión no sólo cautiva, sino que transporta al infinito de la exclamación o del sentimiento admirativo, se sale del círculo de la labor manual para transfundirse con la labor sagrada del artista. ¿El torero es artista? Sí. ¿El toreo es un arte? Cómo no, y de los más eternos: acaso sea el más grande en emociones intensas y en bellezas descriptivas—en esto es hermano de la música:

donde el músico pone sonidos y destreza, el torero derrama línea y sabiduría—. Sabedores, pues, de que el toreo es un arte baladí, nos parece el pronunciarse contra la barbarie de la fiesta. ¿Dónde reside aquélla? ¿En el circo? Luego lo discutiremos. ¿Fuera de las plazas, al trascender el rumor de la fiesta a las calles y a las plazas públicas, a los clubs y a los



Granero en una colosal media verónica

hogares? Ya meditemos sobre ese extremo. El toreo (habla ahora un joven que no ha visto más que unas corridas, no muchas), no puede condensarse más que en reglas. Cuando éstas se allanan en sentido adverso a la naturaleza de aqué-

llas, quien tal felonía perpetra no es un torero, no es un artista: es un gañán. Cuando quien las violenta, no importa si segundos o meses, en un sentido de acrecimiento, no sólo traspone sus fueros, sino que los obscurece, supuesto que entonces se presenta en el torero, el Torero: el superhombre que exigía Federico Nietzsche para superar el tipohombre y dignificar la especie. El gañán de la torería, al lancear, se atropella; sus verónicas son amaneradas: ni florece la gracia al coger el capote, ni al extenderlo, ni al rematar la suerte. Con los pies separados, ladeado el cuerpo, como frente a un peligro insospechado, no sabemos si va a caerse sobre el toro o si éste se echará sobre aquél. Como carece de la gracia del lidiador—ese algo misterioso e ingénito en el artista, que es la forja del mismo—, ocurre que, por mucho que se esfuerce, nunca seduce, jamás arrebatata, en él la escultura no asoma—oh, el milagro de la línea del hombre y de la res y de la suerte bajo los destellos inmortales del Sol—; para provocar el aplauso, recurre al desplante; al intentar lancear, rodilla en tierra o al pasar de muleta, forzando el pase más fuerte y rotundo, más bello y emocionador: el de pecho.

Como quiera que en sí no reúne las condiciones indispensables para crear dentro de la lidia de los toros esos fugaces pero inolvidables momentos de emoción—cuando el gañán de la torería actúa con otros compañeros suyos se da, cómo no, la corrida de toros, pero no la fiesta de toros: porque corrida de toros, en su esencia, cuando el gañán actúa (gañán no es sinónimo de bajeza, sino de inferioridad artística), no es más que simulacro de la fiesta de toros: en aquélla no hacen el toro y el torero más que ir de una parte a otra, cansando al público, quien no espera más que el espectáculo taurino concluya: en ésta se ofrece al espectador la maravilla de la ciencia y la ciencia de las maravillas: ahí está Rafael el Gallo, con sus primores, que no han brotado de ningún tratado de Tauromaquia: ahí está Joselito, apoderándose de las reses y ejecutando, más tarde, sobre sus lomos, al pasarlas de muleta, los más vistosos y concienzudos pases: ahí está Juan Belmonte, lanceando por verónicas a los toros con ese su estilo, limpio y escalofriante, en el



MANUEL GRANERO
A los 18 años, el año

que la geometría y la estatuaria se fusionan, determinando la emoción inmortal del Arte.

Cuando los Gallo y Belmonte actúan y los toros se prestan—jamás con plumas viejas y papel deficiente esculpió el escritor bellezas desconcertantes, ni le es posible al pintor delinear sus fastuosidades sobre cachos sucios de cartón y con potes de pintura sin consistencia ni variedad en los mismos—entonces el Arte aparece, y frente al espectador surge, no la corrida de toros, sino la fiesta de toros, supuesto que fiesta es alegría del alma o del amor, y ni éste ni aquélla fructifican si no les cimientan la emoción y esos gérmenes científicos, dentro del sentimiento, que son los recuerdos y el pensamiento, que se apoya uno sobre otro hasta forjar la algarabía del espíritu—risa o contento—o el desbordamiento del amor—lágrimas o sonrisas divinas, en las que parece que el amor de la creación asoma a nuestras pupilas o florece en nuestros labios—. Porque los hermanos Gallo y Juan Belmonte son artífices supremos—cada cual labra sus vasos y modula sus oraciones en el interior de las Mezquitas del Toreo—se comprende la exaltación de las muchedumbres en estos años, de 1912 a 1920, en que el arte exquisito y sojuzgador de los diestros sevillanos se extiende por toda España. En estos tiempos, la tragedia, si no se acompaña de la belleza espiritual, apenas si nos sobresalta: de ahí la indiferencia que nos produce la caída del héroe, quien las más de las veces no sabe qué causa sustenta, ni qué delimitación tendrá la misma en la humanidad. Esos hombres que en el Toreo se agarran a la cola de los toros y con desplantes provocan la bravura y el encuentro con la res, demuestran voluntad nada más: y como quiera que la voluntad es un factor infecundo en las tareas del espíritu, se comprende perfectamente el que los toreros todos decrezcan y amengüen, casi por ensalmo, cuando Joselito Gómez y Juan Belmonte se presentan en los circos. ¿Por qué? Por su grandeza artística: por su peculiar forma de torear: porque ellos son los que saltan por sobre las reglas, respetando no más que su punto inicial, pero rasgando sus preceptos más importantes, por saberse muy seguros de su arte, que con ellos nace y con ellos se desvuelve. Los viejos aficionados podrán hablarnos de las

proezas de los toreros antiguos: podrán, también de pasada, relatarnos la pujanza y la bravura de los toros que entonces se lidiaban.

Nosotros, como comparados con ellos en el orden del tiempo, somos unas criaturas, no podemos sino asentir a sus palabras: mas, las fotografías y las reseñas de las corridas son más fuertes a veces que sus juicios. La res, como el ser humano (hablamos de España en estos momentos), con los cruces continuos adquiere una nerviosidad extraordinaria. La joven moderna, a los 18 años, es hoy más inquietante que antes la mujer a los 50; entonces y ahora no posee certezas sobre nada de este mundo, pero su alma desbordante se halla de intuiciones; además, el universo lleno de resonancias brutales ha despertado su sensibilidad y son sus nervios (estamos ahora a un mismo rasero hombres y mujeres) como sacudidas del alma que protesta y anhela, que exige y demanda, no hallando en torno suyo, las más de las veces, más que el ensueño roto y la realidad distante. Con los toros ocurre lo mismo: y esa depresión fisiológica que hace sonreír compasivamente a los viejos aficionados no es, ni puede ser nunca, inferioridad, respecto a las reses, sus antecesoras, como ellos suponen, sino hasta cierto punto, superioridad. El toro moderno es más nervioso que el antiguo: viaja más, ve otros cielos, se resiente en la crianza por la precipitación con que es ejecutada la cría que es aguardada con más ansia que nunca por los ganaderos, por celebrarse ahora mucho mayor número de corridas.

Y como quiera que al salir a los medios apenas si tiene mocedad, se comprende el que su exaltación bajo el sol de la plaza y los torrentes nerviosos que engendran su robustecimiento a toda prisa engendrado, determinen en la res moderna esa su bravura que en nada desmerece de la de los toros grandes, cuyos no ofrecen al matarles más que un peligro a los matadores cortos de talla: el de que tengan que empinarse al cruzarles con el estoque, dificultad que desaparece cuando el matador reúne la talla necesaria. Hacemos estas digresiones, no en defensa de las reses modernas —para nosotros son todas respetables— sino para esclarecer entendimientos oscurecidos por la pasión. Y como sabido

es también que lo mismo Joselito que Belmonte torear y mataron reses de todas las ganaderías, huelga el proclamar una vez más que estos portentosos toreros son los que han edificado sólidamente el sentimiento eterno del arte en el



Un colosal quite. ¡¡Hay arte!!

Toreo, prestando con Rafael el Gallo, entre otros, a la fiesta de toros, clasicismos y deslumbramientos hasta entonces insospechados. Cuando se afirma que la barbarie de la fiesta

radica en la muerte de los caballos, debiérase pensar que en la corrida de toros base es de la misma el caballista o picador, y que gran parte del colorido se debe a los caballos, siendo la suerte de picar la más repleta de belleza, dentro de la estatuaria pictórica. ¡Hombre, no hay derecho a que mueran los caballos! A mí me molesta que mueran los jamelgos en la plaza; mas como quiera que el ser humano, caballo o mujer, carece de libertad, no obstante la afirmación de los Derechos del Hombre; y la propiedad obliga a servirse de lo que a uno le place, haciendo de ello lo que se le antoja, no debemos asustarnos de que el caballo muera en la plaza, pues su martirio comienza cuando el carrero se líra con él a golpes al ir a un carro enganchado y termina como saben muchos en el pudridero...

Los caballos que mueren en la plaza merecen toda nuestra conmiseración, pero se ha de tener en cuenta que algunos de los detractores de la fiesta de toros—aquí incluimos a representantes de diversas escuelas filosóficas y religiosas—no se ajustan a principios supremos, cuando para denostar las corridas fuerzan sus argumentaciones, apoyándolas en la muerte de los caballos. Nosotros, como espectadores, admiramos la fiesta de toros, no por sus componentes todos, sino por sus esencias magníficas de arte y gracia, seducción y arrebató. En punto a compadecernos por los caballos, ni el más dotado de sentimientos fraternos podrá aventajarnos en conmiseración a todo lo creado. A más de esto, nosotros creemos que esas exclamaciones que inspira la muerte de los caballos, se resienten de cierta grandeza espiritual, supuesto que esos impugnadores debieran airarse también contra los atropellos que se cometen de continuo contra seres de carne y hueso. Como quiera que a ellos les es indiferente toda infamia social, como así la gangrena humana que en todo momento se extiende frente a nuestras miradas, participamos de la creencia de que esos críticos mencionados no son más que unos respetables señores que, a más de no haber ido nunca a los toros, los más de ellos se han aprendido de memoria unos cuantos anatemas, extirpados sin duda de algún catecismo social. El caballo tiene un fin trágico: mas dada la trágica hermosura de la fiesta de

toros, no es posible celebrarla sin el concurso del picador y del jamelgo que aquél monta. Suprimid la suerte de varas en la corrida de toros, afirma un escritor, Juan A. Meliá, y



Media verónica extra de Manolo Granero

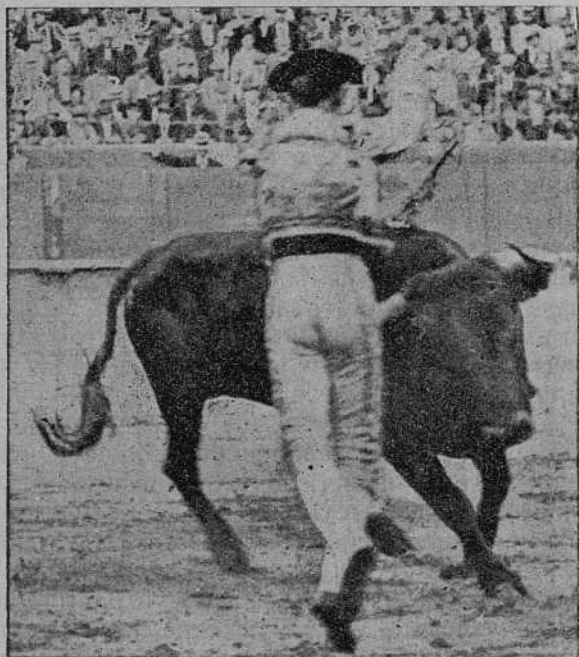
observaréis cómo los aficionados a ese brutal festejo dejan de encontrarle ese deleite que tanto les subyuga. Nosotros suponemos que el Sr. Meliá es un apacible señor que no ha

visto nunca una corrida de toros. Debiera pensar él mismo que la fiesta de toros es fiesta de belleza árabe y, por tanto, de belleza trágica: y que así como en las revueltas populares caen siempre oscuros luchadores, rara vez los caudillos, de la misma forma en los circos surge fatalmente el picador, evitando con sus puyazos el que la res, sobrada de facultades, pueda destrozar el cuerpo de algún lidiador, cuando el picador y el jamelgo caen ensangrentados en el ruedo...

Como coeficiente humano, dentro de la lidia de los toros el picador es inmenso; como gente brutal, ni él ni el caballo supondrá nadie que lo sean, supuesto que a partir de que la autoridad permite la corrida de toros, no se podrá alegar por nadie que aquélla sea conjunto de barbarie, dado el que a juzgar por la suerte de varas, son también las restantes del toreo bastante henchidas de crueldad, no reparando aquéllos más que en la muerte del caballo, para erguirse como Profetas frente a las corridas de toros. En la corrida de toros no hay barbarie: existen, sí, los bárbaros. Son los que apostrofan al picador o al torero, cuando la suerte no les acompaña; pero éstos no pueden confundirse con el público que va a presenciar la corrida. Este acude como devoto colectivo a plenarse de emoción, de alegrías pictóricas, de gallardos arranques de majeza, y no puede ser tachado de bárbaro quien se procura una localidad para presenciar la lucha del torero con el toro, torneo noble en que un hombre solo, en fuerza de inteligencia y de arte, domina la res.

Los censores no pueden negar que en el arte del toreo existen valiosas cualidades indestructibles, tales como la ciencia y la habilidad, la destreza física y la arrogancia, sin cuyos requisitos el toreo no existe. Para que el espectáculo no sea bárbaro, no debe morir ni el caballo, ni el toro... ni el torero, añadimos nosotros, porque tan preciada es la existencia del hombre como la de los animales que en el ruedo mueren. Esto último no lo tienen en cuenta los detractores del arte de torear, quienes pasan por alto en otros deportes muy en boga en España y en el mundo, crueldades infinitas. ¿Por qué? Pues porque para ellos, descartado el argumento de la muerte del caballo, a ningún otro pueden cogerse; sin embargo, ni en

esto aciertan: el caballo, cuando es vendido al contratista, no sirve ya para nada, está en sus postrimerías terrenas; como quiera que es un valor humano que de nada sirve, en tanto a los mendigos se les encarcela o se les recluye las más de las veces y otros seres humanos arrastran hasta la muerte sufrimientos inmensos, superiores al de la muerte—morir es des-



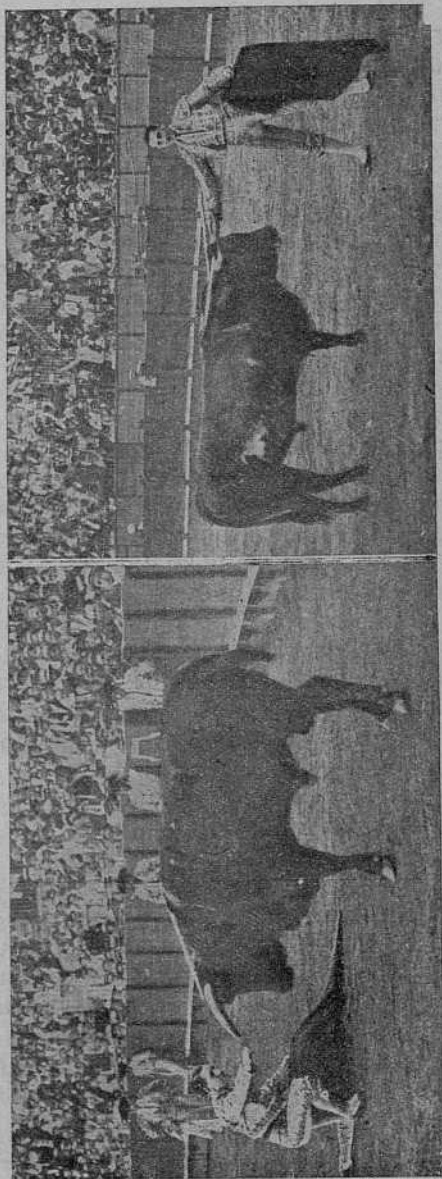
Manolo Granero en un colosal par de banderillas

cansar para los ateos y para quienes siempre anduvieron sin descanso de una parte a otra: morir es resucitar en otros mundos, según los creyentes—, a ellos, a los pobres caballos se les fuerza a morir. Esto es cruel, qué duda cabe; ni falta hacía que apareciese Don Hermógenes blandiendo enérgico el látigo de Juvenal. Pero, ¿qué le vamos a hacer, her-

mano? En el mundo todo es crueldad. El artista pictórico, mejor dicho, el pintor, para montar a veces sobre los lomos de la Fama, ha menester muy a menudo del cuerpo magnífico y señorial, perfecto y rítmico de alguna moza, que por unas monedas ha de vender sus encantos, supuesto que allí encuentra el pan; en los hospitales, los cuerpos de algunos que al morir ni cédula llevan, ni siquiera esa otra cédula espiritual, que es la mirada compasiva de algún amigo o el beso de la amante o de la madre, vienen a servirles a los médicos (para nosotros imponderables, cuando dedícanse a sanar la materia y a esparcir el contento del espíritu) para sus investigaciones, cosa tristísima por demás, contemplado desde el divino mirador del Sentimiento; en los campos de batalla, a veces millones de hombres suelen caer en monte informe, arrastrando hacia el precipicio una bandera y una nacionalidad, que pueden al cabo del tiempo desaparecer y sumergirse en el precipicio de la Inmensidad. Todo esto es cruel, mucho más que la muerte del caballo; y hemos de añadir que si la Vida es así, como diría Pío Baroja, nosotros afirmamos que la guerra, la roturación de los miembros en las salas de disección de los hospitales y la muerte del caballo en la plaza de toros son agentes inmensos de civilización, por cuanto por sobre los barrancos repletos de cadáveres avanza la Ciencia con su paso misterioso y desconcertante, y es sagrado el murmullo que se extiende por sobre todos los sacrificados, no importa si Mendigos o Césares, bestia humana o sér pensante, supuesto que aquél encarna un nuevo giro en el lenguaje divino de las almas, una nueva interpretación de las fuerzas cósmicas y espirituales que rigen los mundos. Supuesto que ello es así, no hay por qué lamentarse de la barbarie de la fiesta de toros.

En la historia de España, el torero y la bailarina—perdone Eugenio Noel la irreverencia y los montones de eruditos de Ateneos y de Redacciones—es lo único que nos queda como valor representativo: fijese el lector que hablamos en un sentido de verismo histórico social, y que sobre ello, sobresale el arte imponderable del torero y de la bailarina (Rafael el Gallo y la Pastora Imperio, bien pueden recorrer Europa, no como embajadores de la España pintoresca—a

ésta bien la representan el leguleyo rural, el escritor a sueldo, el político, vendido a todas las empresas, y el rufián que sube a la tribuna pública o se interna en el Parlamento para hoy afirmar y mañana denegar; siempre con una carencia absoluta de verdades eternas y fraternales que asusta), por cuanto aquéllos encarnan la gracia árabe de sus antepasados: esa gracia árabe, mística y plena de arabescos, que hubieron aquéllos de legarnos en sus composiciones y en sus leyes y en su arte agrícola, y sobre todo en el tejido de piedra de sus Mezquitas; y que florece en los lances y en los recortes del famoso diestro sevillano y en los retorcimientos escalofriantes del cuerpo vibrátil y lascivo de la Pastora, cuando ésta destrenza sobre el tablado (no importa si musicall o teatro) sus danzas, que no bailes, porque al extender los brazos la Pastora, al repique de las castañuelas, lo mismo que al inclinar el busto, con las pupilas plenas de misterios indescifrables, no es el baile gitano lo que florece, sino algo hermético e indefinido, armonioso y desgarrador, que lo mismo puede fundirse con las palmeras del Africa que con las tumbas de los Faraones. Frente a las riñas de gallos, espectáculo que ni merece el que la pluma lo comente; frente al boxeo, en que dos bestias se cruzan a puñetazos, no importándoles el decoro de la sala de espectadores en que actúan, ni la belleza de todos los deportes (ahí están el torero, cayendo a veces bella y trágicamente a los pies de la res, o el soldado que avanza gallardo entre las descargas del enemigo, hasta que un cacho de plomo le parte el corazón), la fiesta de toros es un espectáculo que está muy por sobre ellos, porque excepto detalles de crueldad que no es posible negar, como forja de arte, es acaso la más exquisita. ¿Fiesta de arte? ¿Cómo no, Zoilo amigo? Si lo es antes de empezar la corrida; antes de actuar el torero, que es quien la forja. La fiesta de toros no es un deporte: es la fiesta de la raza. Por algo se celebra en domingo. La fiesta de toros no puede celebrarse más que en España, como las procesiones, que es lo único que nos pone en pie ante Europa, aunque ésta no quiera. En el mundo, si Cristo resplandece, si su Evangelio no amengua, es por los esplendores del Catolicismo: las procesiones son como la reencarnación de la Lati-



Manolo Granero adornándose con la muleta, y eso que no tiene riñones el chico

nidad. Roma reflorece en España con las procesiones y con las corridas de toros. A éstas acude también Marco Aurelio. En aquéllas, el público se estaciona en las aceras; en éstas se desparrama por los tendidos y por los anfiteatros.

La civilización, esa civilización que reclamaba Costa, nos la han importado de París. La civilización (ya se ha visto, amigos y compatriotas), es el tendero sin corazón, atento no más que al vaivén espiritual de sus libros de caja. La civilización, es el lupanar adornado con unas docenas de botellas, unos cuantos frescos y unas camareras: la civilización, es la muchachita fácil que a los quince años ha perdido el sexo, el físico, la salud, la decencia y hasta los apellidos, y que no sabe, por no saber de nada, ni hablar en castellano: la civilización, es adulterarlo todo, bajo el prisma de la cultura, desde el pan hasta la ropa: la civilización, es el corsé elegante, las medias de seda, los zapatos con hebillas de plata, los brazos repletos de amuletos, el fausto de quien, ni allá ni aquí, puede vivir si no entrega la honra y la conciencia, que vale más que un puñado de monedas. ¿Y eso es la civilización, preguntamos nosotros, un poco afrentados, un poco perplejos? ¿La civilización, es esto, volvemos a preguntarnos, espantados, frente a una vasta extensión poblada de cadáveres, en la que acá y acullá no se observan más que edificios derruidos y campos devastados y hogares en los que se desplomó la techumbre material y la techumbre espiritual? Pues si eso es la civilización, más nos valiera acostarnos a las ocho y ser buenos muchachos, pues ahora la gente lee mucho, sí, pero no sabe lo que lee: es muy lista, pero esa listeza bordea, a veces, los Códigos; es muy sabia, a los 20 años, pero sus proezas enfrentan siempre, por lo inocentes, el colegio de señoritas; por lo perversas, la corrección y la cárcel. De modo, hermanos, que nosotros, por ahora, nos quedamos con la fiesta de toros. Esta es fiesta de la raza; que el sol deje de alumbrarnos y la fiesta ha concluído: que la belleza sagrada de nuestras mujeres desaparezca y no sonará en nuestro medio social el ambiente bullanguero de las corridas: que nos extirpen el corazón, este corazón que salta ante la música popular, el gentil taconeo de las mujeres y la lumbrarada augusta del sol, y entonces

nos dedicaremos a correr a pie por paseos y carreteras y dejaremos de ser lo que hasta ahora fuimos: hombres, muy hombres para todo y muy respetuosos, acaso, con exceso. Pues si algo notable existe en España, en estos últimos tiempos, es la gloriosa generación del 68; revolución, periodismo, instrucción y almas gigantes; y la del 98: intelectualidad, entusiasmo y ensueño, poesía y dramática, lo mismo en el teatro que en las almas. Entonces, hermanos, había ya corridas de toros: ahora, hay fiesta de toros. Entonces y ahora la alegría indescriptible de la raza, en los domingos, no podía ni puede nadie copiarla. En el mundo no hay espectáculo que la iguale. Ved la muchedumbre dirigiéndose a los toros: va a la romería espiritual del Arte. No se dirige a ella a oler sangre ni a recrear la mirada con la muerte del caballo ni de los toros: lo comprueba el que no más nombres mágicos en los carteles, le atrae: un día, Lagartijo y Frascuelo; otro, Fuentes y Guerrita; otro, Bomba y Machaco; otro, Rafael, José y Juan. ¿Por qué? Ah, ello es bien fácil. Cuando el brujo hechizo de la plaza se desvanece y suena el pregón anunciando que el toro va a salir de los chiqueros, en la muchedumbre se alza un clamoreo sagrado; es el alma de España: es el español que iba antaño a combatir por su rey y por su patria y que hogaño antes de extinguirse en su corazón la fe acudía presuroso a las barricadas. Hoy día, acude a los toros porque allí encuentra inolvidables sensaciones de arte: porque allí, el lidiador famoso, ejecuta con maestría insuperable las más difíciles suertes del toreo. Ved la muchedumbre. Estaba sentada, quieta, sin una contracción en el rostro. De pronto se levanta enardecida y un ¡olé! clamoroso se extiende por sobre la plaza toda. Es que un mozo cenceño, al lancear, extendió el capote con tanta gracia, tenía el busto tan clásicamente perfilado, que la ovación surgió imponente, frente al dibujo y la elegancia de la suerte. Ese instante ningún otro arte lo engendra.

¿No observáis el clamoreo? Cuando el toro embiste al caballista y parece va a desgarrar el vientre del caballo, un mozo moreno y agitanado se interpone entre la res y el caballo, tiende el capotillo, un poco ladeado, y en sus vuelos el diestro la recoge, llevándola siempre sugestionada...

Avanza un poco hacia los medios, abaniqueando siempre, y cuando el toro, aturdido, aún quiere arrancarse, entonces el mago del toreo remata el quite con una rebolera tan bonita, que parece que de pronto haya brotado la delicadeza



Granero en un pase de pecho

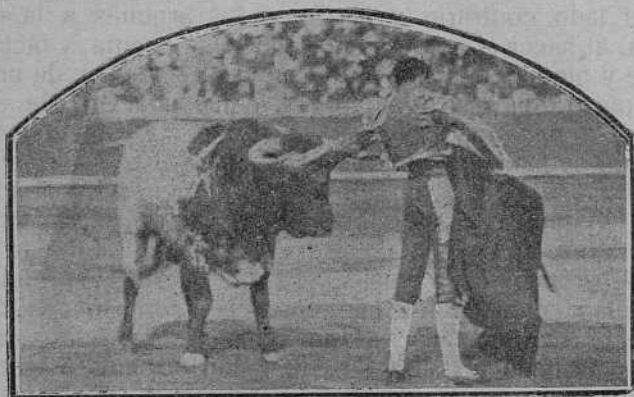
y la suavidad oriental de las cásidas y de los sonos de las guzlas, tan inherentes a la tierra blanca y perfumada del lidiador; Sevilla la clara, bajo el cielo azul y los oros del sol; Sevilla la romántica, bajo la brujería de la luna y sahumada por las rosas, que festonean sus balcones, y Sevilla la

inmortal, cuya alma musulmana, ensueño y arrebató, forja excelsa y en sueños femeninos, sobre el río suave y rumoroso, como una oración.

Los que encuentren exaltadas nuestras líneas anteriores no olviden que el arte de escribir, cuando es arte, es exaltación; y que el mismo amor, y hasta Dios mismo, han menester ser magnificados y del decorado para a veces penetrar los sentidos, adueñándose de todo el sér. El arte grande no existe: no hay más que arte. En la corrida de toros todo es arte, hasta los instantes más intensos. En cuanto la res embiste al diestro, y en un pronto parece va a desgarrarle por completo, entonces, siempre que el torero lo sea, según los que mencionamos en este escrito como excelsos entre los que más, se produce la emoción más intensa que conocieran las artes, supuesto que en ninguna se funden, como en esta del Toreo, de forma tan armónica, la inquietud y la serenidad; esto es: el peligro inminente, dominado, como por ensalmo, por la sabiduría, dentro de la cual escondida se halla siempre y dispuesta a surgir (he aquí el encanto del lidiador) la elegancia del ritmo, quien engendra en la Estatuaria taurina destellos incomparables. ¿Fiesta de belleza la de los toros?, exclaman algunos. Cómo no, y fiesta única. En la corrida de toros, cuando es fiesta de toros por la actuación de los toreros artistas, se ofrece, desde que comienza a sonar la música interpretando el pasodoble hasta que la corrida termina, un conjunto pictórico tan admirable, tan plástico a veces, que es posible que Velázquez titubease al coger el pincel, por cuanto la belleza pagana del circo bajo el sol, en esos instantes, no más que un Dios pudiera reflejarla. Elegid instantes de la lidia. ¿Os place éste? Ahí va. Por sobre la arena candente del circo se estacionan algunos peones; otros, con el capote al brazo, aguardan la embestida de la res; allá lejos, en un extremo del ruedo, un peón, a fuerza de capotazos seguros y eficaces, procura acercar el toro al grupo que forman el picador, sobre su corcel, y los maestros y monosabios que lo rodean. Es un instante no más. Metros tan sólo separan a la res del grupo, en cuyo centro, sobre la montura enhiesto, el varilarguero, encogido el brazo, la puya en ristre, aguarda ojo avizor el momento

en que embista la res. En la muchedumbre se alza, sin palabras, un gran alarido, inquietante y esperanzador.

El toro que, segundos antes de embestir, araña el suelo con sus pies, ante las voces de los monosabios que lo hostigan, se precipita sobre el grupo, hasta que hunde la cabeza en el vientre del caballo. Este instante es de una belleza trágica que pasma, por el colorido y por el ritmo sensual que le encuadra. Si el caballista es certero, la puya se clava sobre las agujas del animal, deteniéndole en su empuje y es entonces, al intentar hundir el toro sus astas afiladas y



Granero en un adorno

enunciadoras de muerte en el vientre del caballo, cuando el gran torero de turno se atraviesa entre la muerte y la vida, ladeado el cuerpo a ras del suelo, epilogando la suerte de varas con unos lances juguetones y señoriles, al cabo de los cuales se perfila, sobre la testuz, el recorte clásico, en el que el toro queda un segundo extrañado junto al torero, quien a la izquierda de aquél se perfila rítmico en la anchurosa circunferencia del ruedo, ceñido al cuerpo el capote, quien ha delineado, junto a la res, un semicírculo vistoso y preciso, en el que la geometría y el arte intervienen, extendiendo como un vuelo ideal sobre la suerte de varas, esa

alegría descriptiva que no más ofrece en la corrida de toros, con relieve inusitado, la susodicha suerte cuando el torero artista actúa.

¿Por qué os levantáis, de improviso, de vuestros asientos? Ah, sí, en verdad no puede permanecer impassible. Fijaros bien en esos dos muchachos, cada uno de los cuales avanza a saltitos hasta buscar el encuentro con la res. Ya están juntos toro y rehiletero. El peón ha levantado los brazos y a seguida, al embestir el toro, le ha puesto un par que ni dibujado. ¿Os gustó la limpieza, la precisión con que llegó y clavó? ¿No? Pues ahí tenéis al compañero llegando por el lado contrario y clavando los arpones a la media vuelta, al hacer el toro un extraño. Qué pronta y fácil, qué alegre y pinturera la suerte. El público aplaude, y de pronto, en la plaza toda, surge un rumor entusiasta: es que el matador, sin nadie pedírselo, sonriente, avanza hacia los medios con un par a su mano derecha sujeto. No le corresponde a él el banderillar, mas como se sabe seguro de la admiración del gentío, entre los sonos de la charanga, dirígese hacia la res, a la que cita entre desplantes pintureros y alegres. Los sonos de la música, el sol, el murmullo prolongado de la plaza, cuajada de gente, enardecen al muchacho, quien, de frente, con ondulaciones suaves y felinas, clava un par cuando el toro acude, tan bien colocado, que los zarcillos quedan uno junto al otro, firmes, enhiestos, como pidiendo la aprobación del infinito, suspendido sobre su cabeza. Otro, otro par—grita entusiasmada la muchedumbre—. Premioso el chaval, le coge, y buscando al toro, ya frente a él, le cita con el pie y con la voz, y al acudir, de poder a poder, clava las banderillas entre el entusiasmo del concurso. Suena el aplauso continuado, y entonces, enardecido el gran torero e inmenso rehiletero, vuelve de nuevo a buscar el toro. Le llama, acude éste con docilidad, y así le lleva al centro de la plaza. En la gran circunferencia del ruedo flota un anhelo inmenso de satisfacción. Música, música—gritan hasta enronquecer los concurrentes—, poseídos de ese entusiasmo de la multitud, bajo el sol y sugestionada por las proezas de los lidiadores. Y es en ese instante cuando al compás de inspirada composición musical, cita de nuevo el torero al toro,

quien acude cabeceando hasta llegar frente al lidiador, quien, sereno, eurítmico, luego de quebrar con el cuerpo, con tanta elegancia, que solamente el lápiz de Ricardo Marín pudiera reflejar, deja caer los palos con tanta seguridad y limpieza, que la ovación es inmensa, indescriptible...

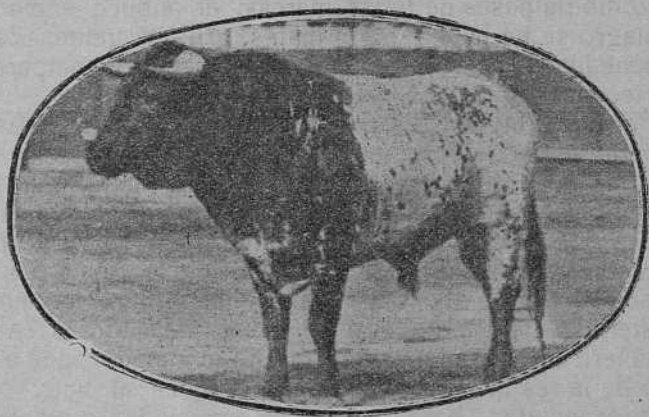
Esperad. ¿No reparais? El toro, manso, huído, recobra bravura; su cabeza agachada, se alza; y entonces el torero de turno, el gran torero que se yergue junto a la res, brujo de la muleta, extiende la tela roja y sobre la cabeza del astado dibuja pases de todas marcas; el público enmudece; el milagro se ha hecho; no lo mates, grita la gente. Es que la muchedumbre sabe que aquellos destellos incomparables de arte, rara vez se observan; de ahí su emoción.

¿Por qué volvéis la cabeza, gentil mujercita? ¿Acaso os ofende la visión de la sangre? Pues reparad en que, pese a la trágica caída de la res, es la suerte de matar, cuando se ejecuta a conciencia, la más bella y alucinante, la única que provoca el alarido en la muchedumbre. ¡Ay! ¡Ay! Reparad que el torero sale ileso de la suerte bella y emocionante. ¿No advertís? ¿No os fijáis? Así, linda mujercita, calmaos. En este instante, pleno de resonancias acuciadoras, la linda compañera se ha tranquilizado, frente al matador, que a unos pasos de la res intenta levantarle la cabeza al buey con el pico de la muleta. Ahora, le grita un espectador, a quien sabe de sobra que va a herir de muerte la res. Es un instante repleto de ansiedades infinitas. La muerte florece en las aceradas puntas del astado.

El diestro avanza un pie, inclina un poco el cuerpo, abre muleta y estoque, y cuando el toro se yergue un poquitín, juntas las dos patas traseras, el diestro, con gentileza y bravura, se vuelve hacia el público a sus espaldas situado, brindándoles la suerte, y entre un silencio sagrado, en el que se escucha el palpar de millares de corazones, alza sobre la roja tela el estoque, y es entonces, al embestir la res, cuando por sobre sus agujas, cruza rápida la hoja acerada, que se hunde en el cuerpo del animal, quien no más que un segundo se mueve como a compás, hasta que cae a los pies del matador, como pesada mole, herida de repente, por una exhalación.

Frente a la res muerta, el torero, victorioso, permanece un instante. ¡Oh, trágica y sojuzgadora emoción del arte y de la muerte, que arrebatada y transporta a la muchedumbre, que le ovaciona sugestionada.

Y como quiera que describir los incidentes y suertes varias del Toreo, debe estar sujeto a la Prágmatica del mismo y no a un humilde comentador de la Fiesta de toros, nosotros vamos a rubricar este trabajo con estas

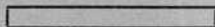


El toro en el que Granero ejecutó una faena inenarrable de muleta

líneas. Estas son: la Fiesta de toros no es bárbara; es cruel para algunos de sus componentes: lo son algunas autoridades al permitir que salgan a torear toreros gañanes, en vez de toreros artistas. Esta selección la va ya imponiendo la fatalidad de las cosas. Rafael el Gallo, Joselito y Belmonte, en estos últimos tiempos; Granero y Chicuelo en estos momentos, están ya rebasando las leyes naturales del Toreo y extirpando, de la fiesta, el analfabetismo y la crueldad con sus dotes inmensas de lidiador. La barbarie de la fiesta no se vé más que en las capeas; como allí no hay arte, a menudo intervienen los sepultureros y el agente de la autoridad. La

belleza imponderable de la Fiesta de toros, no es menester siquiera el mencionarla. El hombre sensible a las manifestaciones divinas de la Belleza, con ver no más una gran corrida, sale de la plaza con una sensación incapaz de definir.

Estos grandes toreros modernos concluirán con la fiesta de toros; es posible que continúe entonces la corrida de toros. Esto no es una simpleza ni una profecía. Es el producto del estudio de la realidad; la profecía no existe, ni en el terreno humano, ni en el terreno misterioso de la Eternidad. Como quiera que lo que ha de ser es, al aceptar el imperio de la Divinidad se destruye por completo la profecía, pues el profeta anuncia una cosa que se va a realizar y que está ya determinada en su tiempo; por tanto, el Profeta no existe; a lo más, como la saeta de los relojes, señala más sin conocimiento intelectual; nada más dice: será; mas ignora por qué y cómo. Decimos esto porque el Toreo alcanza tanta sublimidad con los actuales fenómenos, que es posible el que algunos no puedan ya, en el futuro, superar las bellezas y las arrogancias de estos toreros de hoy. Claro que siempre quedará el gran arte del Toreo, y no cabe negar tampoco, pese a lo expuesto, que a lo largo de los años continuarán las muchedumbres españolas acudiendo a los circos, no para saturarse de emociones más o menos bárbaras, según algunos proclaman, sino para entregar el alma a esa fiesta bella y trágica, que ningún artista pudo reflejar aun en el lienzo, porque ella escapa a todas las técnicas, a todos los colores.





CONFERENCIA DE ULTRATUMBA



DESDE LA INMENSIDAD

El misterio existe, el más allá también. En cuestión de toros y de toreros, y relacionado con la política y sus más resonantes sucesos históricos, no podrá negar nadie que Mariano de Cavia logró despertar la curiosidad de los mortales respecto a la inquietud extrahumana que sentimos todos frente a la Inmensidad. Si el libro lo permitiera, nosotros, de forma harto humilde, trazaríamos unas reflexiones sobre el misterio, que no lo es, supuesto que existen leyes naturales y lógicas en la ley del Universo, ley moral, principio científico, germen fructífero y desarrollo del mismo, hasta rebasar la conciencia humana y fundirse en absoluto con Dios. El misterio de ultratumba asombra a los neófitos, hace sonreír a los escépticos, crispa el entendimiento a los religiosos por su complejidad, aturde a los investigadores; éstos no pueden comprender que la naturaleza humana se interponga, encauzándola la naturaleza divina de las cosas, que siendo esencia de los mundos se mueve dentro de las leyes cósmicas sin transparentarse frente a ningún microscopio, supuesto que siendo imposible el reino espiritual, en mal hora puede el investigador ni otro alguno, por entendido que sea, rasgar aquello que no más puede entreabrir, para su fugaz contemplación el vidente, cuyos órganos divinos (esto no lo percibe el vulgo letrado ni la turbamulta de las letras) les permiten, ¡oh sagrado tesoro que sólo Dios otorga a sus elegidos,

plenarse del claror angélico de los dominios celestes. Sobre nuestras vidas terrenas, de vez en cuando, se alza el rayo incomparable de la Creación, hecho sensaciones e intuición; alguna que otra vez, la centella sagrada de la Inspiración cruza nuestras mentes, y es entonces cuando el Pensamiento, diafanizado, hecho augusta claridad, resplandece, divinizando el sentido obscuro de la reflexión humana, tan exigua, tan falta de vigor y de luz, que más allá del círculo intelectual en que se mueve apenas si logra entrever más que un simple destello, que es como el enunciado de la claridad sagrada del Universo. Esos factores espirituales actúan en las sombras del mundo terrenal: esto, de manera soberbia, lo ha dicho ya Víctor Hugo, el poeta inmortal de la humanidad; y como quiera que sobre nosotros guías espirituales observan nuestras acciones y espían nuestros pasos y enmudecen cuando vamos a actuar, porque es la libertad el principio de la vida intelectual y el resguardo del individuo y de los pueblos (asociaciones de almas más que de edificaciones), se comprende el que a veces algunas de esas deidades espirituales nos hagan ciertos gestos a los que poseemos el secreto del más allá, de la misma forma que debían hacer, a juzgar por sus Despachos del otro mundo, con «Sobaquillo», o sea el brillante escritor D. Mariano de Cavia. Los artistas que en verdad encarnan y representan la excelsitud de la emoción (cuya es la máxima grandeza en Arte) poseen también un alma. Las almas (esto lo saben hasta los niños, nos lo enseñan nuestra religión y nuestras pragmáticas religiosas) suelen discurrir en torno nuestro cuando no remontan el vuelo hacia la inmensidad. Como quiera que a menudo suelen entreabrir sus labios y juzgar, siquiera sea de pasada, los actos de quienes en su profesión reemplazáranles en la tierra, a nadie extrañará el que nosotros hayamos escuchado a los espíritus (alma o espíritu es idéntico, supuesto que el sér que desencarna con pensamientos y con voluntad, voluntad que constriñe Dios y que no actúa más que cuando Aquél ordena) de algunos grandes toreros, cuyas conversaciones vamos a transcribir en limpio castellano (el andaluz es un dialecto que el nacido en Castilla no puede interpretar a conciencia cuando sus pensamientos desean alcanzar pleni-

tud y fluidez) para que aquellos de nuestros lectores que nos sigan hasta estas líneas puedan apreciar, con derecho a la repulsa que más estimen, las observaciones de los artistas más famosos de la Tauromaquia, respecto al arte del toreo y a la forma de torear de Manolo Granero en las plazas de toros.

DIÁLOGOS INMORTALES

Caraancho.—Hermano: estos tiempos, muy otros son. Entonces había toros y dicen que había toreros.

Cúchares.—Dicen que yo innové la tauromaquia. Mas, la verdad por delante, que innovación no es revolución.

Caraancho.—Son términos distintos.

Cúchares.—Como que se repelen. *(Dos sombras más, en silencio avanzan y con gesto humilde parecen querer intervenir en la conversación. Al iluminarse, asoman los rostros del gran Lagartijo, enhiesto y clásico como sus lances, y de Antonio Montes, un poco grave, con cierto temblor nervioso como si aún sintiera el desgarrarse de su materia allá en las tierras inmensas y fraternales de América).*

Montes.—¿Decíais, hermanos?

Cúchares.—Que hoy no es ayer; que todo cambia.

Caraancho.—Ya lo dijo aquel rey sabio de la Biblia. Nada nuevo hay bajo el sol.

Lagartijo.—A veces los sabios se equivocan.

Montes.—Así parece. Fijaros sino en nuestra profesión. Un tiempo había no más unas plazas de toros en nuestra patria.

Cúchares.—Ahora hay más que iglesias.

Caraancho.—Es que la gente se multiplica.

Montes.—La gente y la afición.

Caraancho.—A pesar de los críticos.

Lagartijo.—¿Quién hace caso de los críticos?

Caraancho.—A veces tienen razón.

Cúchares.—En la fiesta de toros nunca. (*Un leve resplandor. Más tarde una sombra. Mas, que al llegar donde se hallan nuestros acompañantes, se ilumina de pronto, encendiéndole el rostro un gesto peculiar y bravo que dice tanto de los tercios de Flandes, como de los héroes oscuros y rutilantes bajo las descargas de fusilería o frente a los peligros más inminentes. Es el Espartero*).

Espartero.—Salud. Y perdonen, hermanos, el haber olvidado que ahora no más un lenguaje podemos usar. ¿Estaban discutiendo algo por lo visto?

Caraancho.—Sobre lo que fuimos.

Lagartijo.—Sobre nuestra profesión.

Cúchares.—Sobre los toros y los toreros.

Espartero.—Ahora es cuando hay toreros.

Montes.—¿Y antes no?

Espartero.—Hombre; antes hubo toreros; ¿no estamos aquí nosotros como justificación?

Cúchares.—Entonces...

Espartero.—Calma, hermano. Entonces, nosotros también lo fuimos. Esto lo saben todos; hubo grandes toreros según la época y puede que algunos para todas las épocas, porque lo sobresaliente jamás se extingue. ¿Quién no recuerda a los más excelsos? Fernando Gómez (Gallo), padre, fué como el rey del quiebro de rodillas, a más de muy buen torero; Hermosilla, luego de ser uno de los más enterados, correspóndele el iniciamiento de las verónicas, porque es él quien comienza a lancear de esa forma; Frascuelo sobresale en las suertes todas del toreo, mas donde culmina es al cruzar el rostro de las reses para clavarles el estoque; su estilo rápido y firme le conquistó entre los aficionados una gran popularidad; el hermano Caraancho aquí presente, con ser uno de los primeros fulgores de la Tauromaquia, ejecutaba muy a menudo el cambio con las banderillas y la suerte de recibir al matar. Estos, hermanos, y otros más, que no es posible enumerar ahora, fueron grandes toreros; mas, frente a éstos que se llaman Juan Belmonte, Rafael y] Joselito Gómez, no son ya tan grandes.

Cúchares.—Pero, hermano, ¿esos que acabáis de mencionar no os parecen demasiado bullangueros?

Espartero.—No; es que son demasiado artistas. Y el arte, que es perfección absoluta, alegría y ciencia, vistosidad y valor sereno y continuado, el más eterno de los valores en las plazas de toros, y acaso fuera de ellas, es lo que determina esa alegría de los grandes lidiadores modernos, quienes han convertido en fiesta verdadera de arte lo que fué antes, salvo rarísimas excepciones, corridas de toros nada más.

Caraancho.—Entonces, para usted, hermano, ¿los grandes toreros de hoy son los más perfectos?

Espartero.—¿Cómo, no? Eso ni respuesta merece, y no os ofendáis por ello. En la vida, siempre ocurrió así, suelen decir los viejos. Todo tiempo pasado fué mejor. Y en todas las clases sociales siempre se alzan algunos diciendo: ahora es todo artificio; les basta con agitar las emociones de la muchedumbre con unos cuantos arrebatos artísticos para apoderarse de aquéllas, y eso, hermanos, es falso. Ahora el gran predicador, el militar valeroso, el escritor eminente y el orador espléndido apenas si conmueven, porque todos ellos se resienten de valor o de elegancia; y en los modernos tiempos, los pueblos sabios ya en percepciones y en sagrados estremecimientos (he aquí el mérito incomparable de la generación que en la tierra se halla), no puede ya más que con los hombres extraordinarios...

Lagartijo.—¿Y esos abundan en el toreo?

Espartero.—Escuchadme: Yo fuí, según los más, muy valiente. Sugestionaba a las muchedumbres con la mano izquierda al pasar de muleta a los toros; el Guerra, por su saber, por su maestría, no tuvo rival, pero fué entonces, en la época en que actuaba; hoy puede que fuera no más un excelente torero. Antonio Fuentes, clásico, sereno, elegante, ahora habría de superarse tanto que, o se acrecía con exceso en sus labores todas, o los públicos harían con él lo que no ha muchos años después hubo de hacer con Rafael González (Machaquito) y con Ricardo Torres (Bombita)] y eso que esos dos, [hermanos, en su

época lo hacían todo, claro que a su manera, pues si Ricardo era la alegría, Rafael era el pundonor.

Montes.—¿Pero es que ahora son fenómenos los toreros actuales?

Espartero.—Todos, no. Algunos de ellos, sí.

Cúchares.—¿Y son ellos...?

Espartero.—Pero si son paisanos, hermano. ¿No escucháis el estrépito de sus faenas? ¿No habéis reparado en que esos muchachos que se llaman Juan Belmonte y Joselito Gómez, son los que dan ahora a la fiesta de toros todo su esplendor?

Caraancho.—¿No exageráis, hermano Manuel?

Espartero.—No; esto que os digo, es cierto. Ahora los toros a veces no son tan grandes; esto no es obstáculo más que para los toreros cortos de talla, porque nunca lo grande inspiró temor, sino lo difícil, y esta dificultad insuperable la tienen siempre la res pequeña o mediana, porque es ella como los hombres de mediana talla, esmirriados las más de las veces, lo que más trabajo cuesta, lo más difícil de dominar. Y eso que el arte supremo de esos muchachos sevillanos y el de Rafael el Gallo no tiene relación alguna con los toros, porque el arte se da lo mismo frente a una silla que ante una res, y como el toreo ha menester del valor y de la elegancia, quien reúne cierta destreza y de valor carece y además no germinan en él ciertos destellos de arte incomparable, como en estos hermanos de quienes nos vamos ocupando, no podrá nunca, en manera alguna, ser un gran lidiador como estos modernos que lo han revuelto todo con sus iniciaciones y con sus alegrías desbordantes. Esto es justo y natural y en ello no aparece nunca el fraude, porque esto no aparece nunca en la plaza de toros. Allí no vale la recomendación: el público, soberano, otorga la popularidad y la excelsitud. A unos hombres es fácil engañarles; a millones de hombres, no; porque pagan sus localidades a un tal alto precio, que ello justifica plenamente la grandeza de esos lidiadores que, con Rafael el Gallo y algún que otro a veces, contentan en todo instante a la afición, transportándola en otros al infinito.

Caraancho.—Los públicos cambian con el tiempo.

Cúchares.—Son como las hembras, variables.

Lagartijo.—Grandes, muy grandes, son Juan, Rafael y José.

Montes.—Lo fueron. Porque ahora ya parece se va extinguiendo su fama.

Espartero.—Eso abona mis palabras, hermanos. ¿El hermano José, ya entre las sombras, en el reino de los muertos, no era, como sabéis, un asombro? ¿Quién como él a los 18 años lo sabía todo en el toreo, descartado el que un toro le había de matar? Sin embargo, como él y Juan Belmonte habían comenzado con el Rafael a sugerir a todos los públicos de España, ocurría ya poco antes de la muerte del José que las gentes les exigían más, supuesto que sus faenas desmerecían ya de las que hubieron de trastornarlo todo en la tauromaquia; pues todos saben que los demás diestros habían de contentarse, con haberlos excelentes, con las corridas que ellos no podían torear.

Cúchares.—¿Y eso, hermano Manuel, no redundaba en perjuicio de la fiesta?

Espartero.—No, pues ésta con esos niños fenómenos se depura tanto que, o se alcanza la cumbre apenas se comienza a actuar en los ruedos, o se corre el peligro de no servir ni para peón.

Montes.—Pues yo he oído decir que esos niños fenómenos no quieren torear toros de respeto.

Espartero.—(Sonriendo). Esos niños, hermano, le habían perdido el respeto hasta a las leyes de la Tauromaquia. ¿No lo ves, hermano? ¿No ves que durante muchos años las plazas las han llenado, toreando a veces seis corridas en una semana? ¿Cuándo se conoció eso? Si la gente es más instruída que nunca y además le cuesta la localidad a un muy alto precio, cosa que nunca ocurrió, ¿cómo va a permitir que le defrauden toreando ganado infantil? ¿No comprendéis que eso son habladurías que ningún valor tienen? ¿No véis que acaso están concluyendo con la fiesta de toros, pues que de tal forma torear, que parece que ningún otro haya de superarles?

Montes.—¿Pues ahora, esos muchachos que tanto suenan

por ahí, también levantan polvareda con sus faenas en las plazas de toros en que actúan?

Lagartijo.—¿Quiénes?

Cúchares.—El Chicuelo... La Rosa... Granero.

Espartero.—Callad, hermanos, que viene José. Creed que me infunde cierto respeto esa criatura.

Se rompe de pronto el conversar entre las almas de los grandes toreros. Es que hacia ellas avanza firme sonriendo tristemente, Joselito Gómez, cual si en la sonrisa que en sus labios florece, quisiera ocultar el dolor infinito de caer en el ruedo de una plaza de pueblo frente a la muchedumbre que le idolatraba y frente a la vida, con sus 25 años, repletos de gloria y de aclamaciones.

José.—Se les saluda, hermanos.

Cúchares.—La paz de Dios sea con todos.

Caraancho.—¿Cómo va eso, hermano José?

José.—Me voy acostumbrando. Después de todo (*Se esboza una sonrisa doliente como la renunciación en sus labios*) a la muerte no se la puede vencer.

Lagartijo.—Siempre murieron jóvenes los elegidos de los Dioses.

Montes.—Pero la vida es grata.

José.—Lo es más la gloria, porque es otra vida. El anuncio de ésta que es la gloria sin aclamaciones.

Espartero.—Cuando llegabas, hermano, nos ocupábamos como sucede en otros instantes, de nuestra profesión.

José.—Es arte solo ya en estos tiempos, hermanos. Hasta ahora fué profesión; esto a muchos compañeros les desplaza, porque les quita el pan, pero ya en la tierra se busca lo sublime en todo, cuando no en la vida real, en la del pensamiento. En el toreo no sé qué va a pasar. O surgen nuevos grandes toreros o la afición no acudirá más que de vez en cuando a las plazas.

Lagartijo.—¿Eso es profecía, hermano?

José.—Realidad, hermano Rafael. Luego de mi muerte, disculpad el que hable de mí, aunque sea de pasada, no quedan más que Rodolfo Gaona, no siempre grande; mi

hermano Rafael, a veces el maestro de todos, y Juan Belmonte, cansado ya de su arte extraordinario.

Cúchares.—¿Y esos chiquillos, que ahora tanto ruido mueven?

Espartero.—Se refiere a La Rosa, Chicuelo y Granero.

José.—Yo creo que los más grandes son el que fué mi paisano, el Chicuelo, y ese muchacho levantino a quién ya conocéis por el nombre que ya tiene dentro del toreo: Manolo Granero, quien sin duda llegará a alcanzar lo que pocos, como no se coloque en el primer lugar, que todo pudiera ser.

Lagartijo.—¿Pues tanta es su maestría?

Cúchares.—¿Acaso es un portentoso?

Espartero.—Dejad que siga José. Cuando él lo dice...

José.—Sí: puede con todos los toros, que es lo esencial en el gran torero. Manolo Granero torea por verónicas, de forma tan clásica e insuperable, que más no se le puede pedir, como así, al quitar, pues realízalo con exquisitez tal, lo mismo que el remate de los quites, bien con una rebolera o con una media verónica, que ni que estuviesen en el ruedo Juan Belmonte y mi hermano Rafael. Con las banderillas Manolo Granero llega, con precisión y estilo, a la misma cara del buey, y con sólo un ligero ondular del cuerpo, clava los pares de forma tan perfecta, por ambos lados, que ni que sus manos guardaran el brujo hechizo de la suerte. Con la muleta es grande, muy grande; en los pases demuestra variedad continua y un gran tecnicismo, que parece revolar siempre entre la tela roja; en ciertos instantes—dicen viejos aficionados—recuerda al hermano Espartero, aquí presente. Al matar, no es perfecto, pero lo será, pues tiene buen estilo; es cuestión de tiempo; según vaya practicando la suerte, irá mejorándola, hasta llegar a ser un gran matador de toros. En la dirección de plaza, bien, demasiado bien, pues no más cuenta 18 años y todos saben que sólo el hermano Luis Mazzantini, fué en ello un coloso. Yo creo, para resumir mis impresiones, que Manolo Granero es el torero más grande que existe, pues ya Juan Belmonte, mi hermano Rafael y Rodolfo Gaona,

se extinguen ante las embestidas de esos muchachos, de quienes hablábamos antes, o sean Chicuelo, La Rosa y este otro, Manolo Granero, que nos ocupa en estos instantes.

Montes.—¿Luego es Manolo Granero, según tú, hermano José, el continuador de las glorias de la tauromaquia?

José.—Sí, hermano, sí.

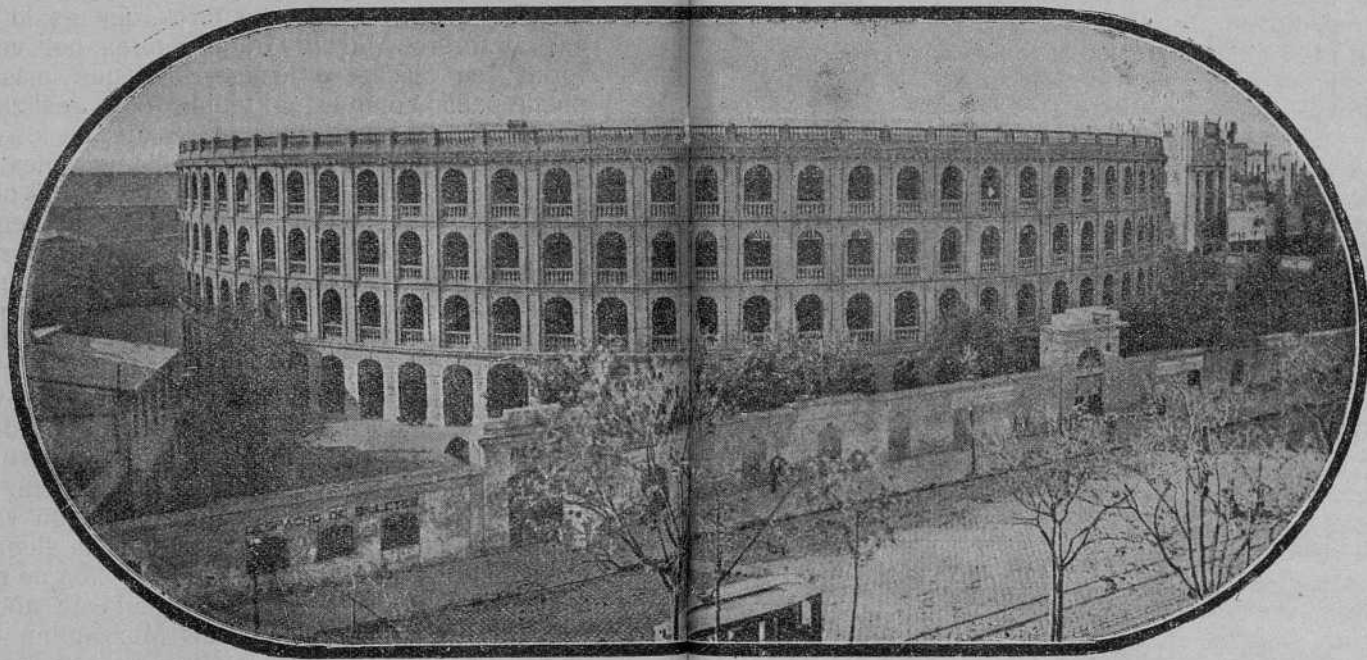
Espartero.—Así debe ser, cuando José lo dice, supuesto que él...

José.—De mí no hablemos ya. Eso ya pasó.

Lagartijo.—Me parece que ya es tarde.

Cúchares.—Alguien viene.

De nuevo se rasgan las sombras y aparece un hermano, blanco y luminoso, como un amanecer. En los hermanos almas hay una gran emoción. El nuevo hermano avanza un poco. Mira con amor a los demás, como si esto fuese una consigna en la eternidad, y desaparece lentamente. Las demás sombras, las almas de los grandes toreros, en silencio, con una gran beatitud en el rostro y en el andar, enfrentan la lejanía... De ésta llegan torrentes de luz y, cabalgando por sobre los mismos, hecho palabras sagradas, un rumor inmortal, que es la oración. Padre nuestro...



Vista exterior de la Plaza de Toros de Valencia



Capítulo dedicado a los toreros de la “tierra,,

La historia de los pueblos no es nunca más que la recopilación de las gestas heroicas y la enumeración de los hombres más representativos. El pueblo no interviene ni como coro. Ausente de sus páginas, es una mole augusta, amasada con millones de esfuerzos y de mentes y de músculos, que apenas si tiene nombre propio, pues tan pronto es pueblo como plebe. Dentro de la torería hay pueblo, plebe y directores; por tanto, hay Historia. Nosotros, atentos no sólo al sentimiento regional, amamos por igual la región y el pueblo; éstos y el universo intentamos describir a la ligera, como homenaje a los toreros de la «tierra», las cualidades artísticas de los banderilleros, peones y varilargueros y matadores nacidos en Valencia.

Supuesto que este libro lo engendra un torero valenciano, nosotros en él (al exaltar a Granero, exaltamos también la fiesta de toros y cuanto en España tiende a depurarla) natural es que hagamos resaltar, siquiera sea de pasada, los méritos y destreza que cada uno de ellos hubo de poseer en su actuación en las plazas de toros.

Los que adviertan o crean hallar cierto exceso al loar a los peones y banderilleros, recuerden que este pueblo valenciano ha dado en el transcurso de la Fiesta Nacional un gran número de artistas en todas partes celebrado. Hacemos esta advertencia para que no se tome como exagerada exaltación lo que no es más que la determinante de sus méritos.

INDICE muy a la ligera de las cualidades artísticas de los toreros valencianos, clasificados, como en su profesión, en matadores, peones, banderilleros y picadores.

Julio Aparici (Fabrilo).—Excelente torero, gran banderillero, experto con la muleta y seguro al herir. Siempre derrochando valor y alegría en la plaza, hasta llegar al instante trágico en que, acaso por pundonor, encuentra la muerte al clavar un par de banderillas.

José Pascual (Valenciano).—Torero mediano y sin filigranas, muy a la «pata la llana». Con el estoque tan certero que las más de las veces caían los toros heridos de muerte a la primera estocada.

Isidoro Martí (Flores).—Muy vistoso toreando y en quites, banderillero notable, muy valiente al entrar a herir.

Punteret.—Muy valiente y habilidoso. Uno de los más notables de su época entre los de segunda fila.

Francisco Aparici (Fabrilo).—Primero, excelente peón, buen banderillero; más tarde, novillero siempre incansable y valiente, hasta que la muerte lo arrebató de entre los vivos al entrar a matar uno de los toros que le correspondían esa fatídica tarde.

José Castillo (Pocho).—Muy apañado, muy nervioso, activo siempre. No pasó de ahí.

Miguel Martí (Petreño).—Con banderillas, gran voluntad y dominio; con el capote, salió siempre del paso; muy valiente al herir.

Mestizo.—Inquieto, con hechuras, pudo ser un buen novillero.

Francisco Vila (Rubio).—Seguro y notable en todo. Elegante y valiente, ha toreado y muerto todo lo que ha salido por los chiqueros. De empujarle podía llegar muy lejos.

Copao.—Con la capa, activo siempre; bien en la suerte de banderillas. Con la muleta y el estoque mostró siempre una gran voluntad.

Gordet.—Lo sabía todo. Nervioso; evocaba siempre en la

plaza a Enrique Vargas «Minuto»; era alegre y pinturero en la calle y en los ruedos.

Dauder.—Valor, cierta serenidad, tanto al lancear como al pasar de muleta. Algunas veces, al entrar a matar, lo hizo a conciencia.

Cortijano.—En principio, voluntarioso y valiente.

Carpio.—En la escuela de Juan Belmonte, el más clásico adaptador de su estilo sobrio e inimitable. Un instante, su nombre llenó todas las plazas. Ya comenzaba a sonreírle la fama, cuando un toro cortó sus ensueños y su vida.

Llaverito.—Muy alegre toreando. Siempre en su sitio. Al matar, no siempre mostró decisión. Mejor torero que matador.

Ortells.—Una gran afición. Un gran deseo de llegar.

Rosario Olmos.—Con el capote y la muleta, cierta seguridad que puede hagan de él un excelente torero.

Gallardito.—En sus comienzos parecía que iba a destacar. Ya veremos lo que pasa.

Torerito.—Muy movido, muy decididor, siempre con deseos de agradar.

Vaquerito.—Evoca a Gordet por lo que gusta de agitarse; siempre lo mismo cuando torea por verónicas que en las demás suertes.

Gabardito.—Torero voluntarioso. En banderillas, superior siempre; a veces, al clavar los rehiletos, por su clasicismo al levantar los brazos y clavar de diferentes formas los zarcillos, ha provocado el entusiasmo de las muchedumbres.

Luis Jordán (Gallardo).—Fué excelente novillero. Con los palos se distinguió bastante.

Vicente Ferrer.—Notable en su tiempo, entre los de su clase.

Manuel Hernández (España).—Con los Pocho, los Gordet y los Colibri, se distinguió bastante.

Salvador Aparici (Fabrilo).—Bien siempre, dentro de la suerte de banderillas, y mejor con el capote y con la muleta.

Chatfn de Valencia.—Se distinguió bastante como novillero. Pudo ser.

Bartolomé Antonio.—Fué un valiente novillero, excelente peón y gran banderillero. Entrando a matar se dislocó la pierna, quedando inútil.

El célebre Parra.—Matador de toros, el cual actuó en la plaza de toros vieja de la calle de Guillem de Castro. Toreó varias veces con los hermanos Havid y con Curro Cúchares.

José Calatayud (Juanillo).—Novillero, buen torero.

Emilio Casesnoves.—Novillero.

Rosario Aragón, carnicero.—Novillero.

Pascual Zaragoza.—Se distinguió en su tiempo como banderillero y como matador de novillos.

Sandalio Fandos (Señorito).—Novillero y buen banderillero.

Gregorio Castellano (Gravita).—Fué un excelente novillero.

Cojuelo.—Novillero, quiso figurar y no pudo por carencia de facultades físicas.

Peones y banderilleros

Pajalarga.—Peón de confianza, incansable siempre. Buen banderillero de castigo.

Zaragozá.—La providencia en la plaza; seguro y siempre en su sitio.

Chatfn.—Excelente peón; gran banderillero.

Santeret.—Siempre bullendo en la plaza, con el capote extendido frente a los toros.

Enrique Belenguer (Blanquet).—Inteligente y gran peón de confianza y excelente banderillero.

Chicorro.—Buen peón. Cierta elegancia al llegar frente a las reses.

Salao.—Con banderillas y capote, bien; a veces, notable. Esto lo hacen siempre los toros.

Pepín Balbastre.—Incansable con el capote. Alegre y pronto al clavar los rehiletos.

Trallero.—Pudo ser un gran peón, un excelente banderi-

llero; una fuerte conmoción cerebral le ha impedido ser de los mejores en su profesión.

Pepillo.—Fué novillero; hoy buen peón y banderillero.

Chatillo.—Bueno como banderillero; con el capote, seguro y eficaz. Fué novillero.

Carranza.—Alegre con las banderillas. Clava pronto, seguro y bien. Con el capote ayuda a sus compañeros.

Rufaito.—Muy bien siempre, tanto al torear de capa como al clavar los arpones.

Morenito de Valencia.—El gran peón no ha menester de elogios. Alto, erguido, con el capote llama siempre la atención. Con las banderillas lo hace todo de forma inimitable. Lo mismo coloca bien y pronto, unas veces con presteza, otras con elegancia el par de castigo, como el par de rehiletos que parecen sólo adorno muy vistoso, por cierto sobre las agujas de la res.

David.—Buen banderillero y mejor peón.

Alpargaterito.—Este muchacho es ligero como un gamo; con el capote no desmerece nunca; con las banderillas, con decir que nunca pasa un par, está hecho su mejor elogio.

Metralla.—Diminuto; suple con valor y vista las deficiencias físicas de su falla. Con el capote, sobresale; con banderillas, procura salir del paso lo más pronto posible.

Pastoret.—Sin cansancio siempre en las dos suertes. Los buenos aficionados aún le recuerdan con alborozo.

Blanco.—Hay en él una voluntad enorme cuando sale a los medios a desempeñar sus labores.

Tabernerito.—Buen peón, mejor banderillero.

Rubio II.—Buen peón, mejor banderillero; incansable bregando.

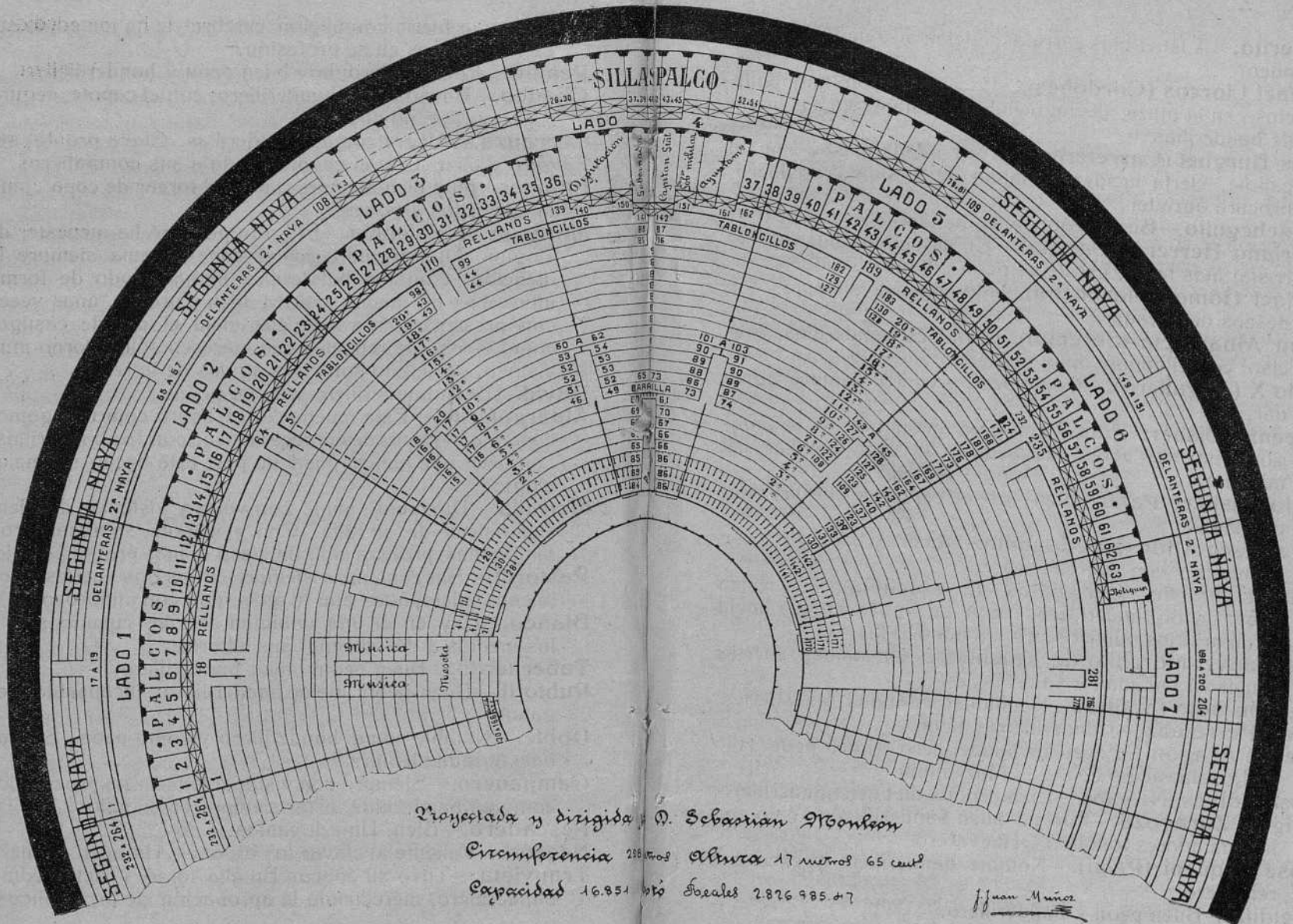
Doble.—Notable como banderillero y como peón. Su trabajo agrada siempre.

Campanero.—Siempre con vista; al lancear ha procurado, como en banderillas, estar siempre en su sitio.

Pescadero.—Bien. Uno de tantos.

Negrón.—Valiente al clavar los arpones. Un buen peón.

Tranvieta.—Tuvo su época. En ella toreó y actuó como banderillero, mereciendo la aprobación de los públicos.



Proyectada y dirigida por D. Sebastian Monleon

Circunferencia 288 metros Altura 17 metros 65 cent.

Capacidad 16.854 sillas Escaleras 2.826 985.47

Juan Muñoz

Solerito.—A tener más corridas, adelantaría mucho. Torea poco.

Rafael Lloréns (Cordobés).—Excelente peón, muy bullicioso en la plaza, distinguiéndose bastante en la suerte de banderillas.

Luis Burguet (Carreterito).—Con banderillas y con el capote, cierta lucidez. Cuando actúa como novillero, procura agradar.

Mancheguito.—Buen peón y buen banderillero.

Mariano Herrero (Carusa).—En principio, buen becerrista; más tarde, excelente peón y banderillero.

Rafael Gómez (Martíncho).—Moviéndose siempre, con deseos de agradar.

Juan Albarracín (Serenito).—Con las banderillas, preciso; con el capote, muy trabajador.

Julio X (Anguilero).—Como peón procuró siempre agradar.

Vicente Gisbert Pala.—Un gran peón por lo voluntarioso; por sus pares de castigo, un gran auxiliar del matador.

Julio Gisbert Pala.—Bien con el capote y con las banderillas.

Francisco Alfonso Redondillo.—Alegre y habilidoso con el capote y con los rehiletes.

Manuel Martín (Cerrajillas de Valencia).—Un buen peón: mejor banderillero. Tuvo su época en que hacía levantar a los públicos con las banderillas.

Casanove (Morenito de Valencia).—En ambas suertes demostró voluntad y valor.

Ramón Soto (Sotillo).—Habilidoso en todas las suertes.

Juan Ferrándiz.—Banderillero y peón.

Felipe Aragón.—Excelente banderillero y buen peón. Hijo de Ruzafa; actuó con Luis Mazzantini.

José Solves (Ñespla).—En su época un buen banderillero.

Miguel Zaragoza.—Fue un buen banderillero. Actuó con los matadores Relojero y Huevarero.

José Requeni (Pelut).—Notable banderillero y excelente rehiletero.

Beldita.—Buen peón y banderillero.

Rosalito.—Incansable como peón y como banderillero.

Mascona.—Buen peón y banderillero.

Manuel Navarro (Navarrito).—Banderillero y peón.

Picadores

Francisco Alabau.—Fué un excelente picador. Sus puyazos fueron certeros.

Torero.—No hay por qué censurarle. Cuando quiere, llama poderosamente la atención.

Churro.—Fué un picador valiente. Fuera de la plaza, una bala acabó con el infortunado varilarguero.

Barana.—Bien picando; sabedor de su arte y muy dueño de su dignidad al actuar en las plazas.

Papelero.—Es de los que figuran como sustitutos. Al picar, procura ganar el sitio que espera ocupar oficialmente.

Alabau, sobrino.—Sale siempre a picar con unos deseos enormes de no desmerecer junto a sus compañeros.

Ricardo y Felipe Alabau.—Fueron dos excelentes picadores, queriendo siempre agradar.

Curro Melenas.—Con la pica alcanzó grandes aplausos.

Vicente Escudero.—Fué de los que no retrocedieron nunca ante el empuje de ningún toro.

Tambor.—Popularísimo.

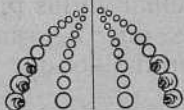
Emilio Alabau.—Fué valiente y excelente picador de toros.

Mona.—Fué, como saben muchos, el célebre rey de las capeas, por su destreza y habilidad con esa clase de toros.

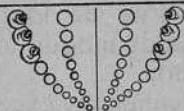
Papelero.—Popular monosabio, uno de los mejores, el mejor. Muy trabajador y eficaz para librar de percances a los picadores.

Pepet.—Durante muchos años fué el encargado de los servicios de los corrales de la Plaza de Toros de Valencia. El fué hasta la hora de su muerte, el que por su afición y amor propio amañaba los toros de lidia.

Charlot's, Llapisera y su Botones.—Estos artistas son los iniciadores de su género. La inmensa popularidad de que disfrutaban hace innecesario el elogio.



== PRECIO ==
2 PESETAS





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

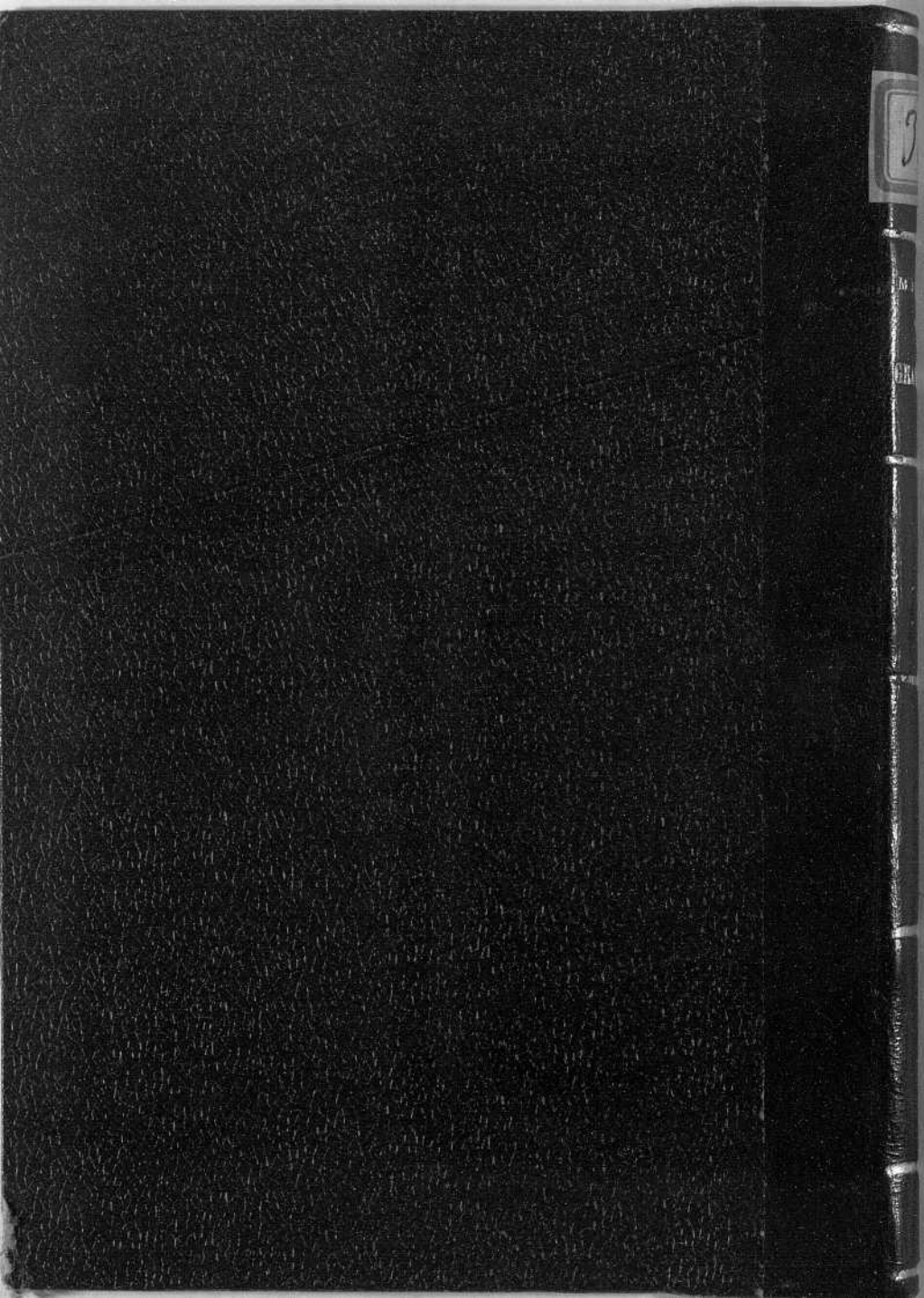
Pesetas.

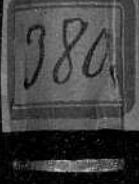
Número. 380 Precio de la obra..... ..

Estante... 6 Precio de adquisición

Tabla..... 2 Valoración actual..... ..

Número de tomos.. ..





M B A N

GRANERO